



**Pedro Romero Mendoza**

**Don Juan Valera**  
(estudio biográfico-crítico, con notas)

## Índice

Fallo del jurado
Capítulo I
Vida y carácter de don Juan
Capítulo II
El humanista
Capítulo III
El poeta
Capítulo IV
El buen gusto y el sentido común
Capítulo V
El teatro, el periódico y el cuento
Capítulo VI
El novelista
Bibliografía

Fallo del jurado  
El jurado al que este año se le había confiado la misión de adjudicar el premio Don Juan Valera, 1935, declara, ante todo, que si los trabajos presentados al concurso eran pocos en número, todos ellos reunían condiciones muy estimables y mostraban sagacidad crítica y buen arte

literario en el desarrollo del tema propuesto: Vida y obra de don Juan Valera. En este sentido el concurso de este año puede considerarse no menos brillante que los de años anteriores, lo que debe ser motivo de satisfacción para la Sociedad organizadora y para cuantos nos interesamos por la suerte de nuestros valores literarios.

Cinco trabajos se presentaron al concurso, reveladores de cinco escritores indiscutibles, con méritos todos para justificar la concesión de un premio que, por loable disposición de sus fundadores, no puede repartirse ni declararse desierto. La elección habría sido difícil, de no figurar entre ellos uno, el señalado con el lema UTILE DULCI, que sobre todos descollaba, imponiéndose desde el primer instante, por reunir en plenitud los méritos parciales de sus competidores: hondura psicológica, penetración crítica, documentación y -lo que confirma definitivamente una obra- bello estilo.

Por todo lo cual, los que componíamos el Jurado, unánimemente acordamos discernir el premio Don Juan Valera, 1935, a tan feliz trabajo, estudio acertado y completo, hecho con fina sensibilidad y moderno espíritu, de la vida y la obra del gran escritor egabrense.

Y para que conste firmamos la presente acta en Madrid, a 12 de junio de 1935.

Concha Espina, José Francés, R. Cansinos Assens.

## Capítulo I

### Vida y carácter de don Juan

Bajo el cielo luminoso de Andalucía, perfumada de rosas y adormecida por la canción de cuna de acequias y arroyuelos, surge entre álamos, nogales e higueras de dulce y bienhechora sombra, la ciudad de Cabra. Si hemos de creer al incauto seminarista don Luis, cuya idolátrica admiración por el paisaje egabrense está bien probada en las páginas de Pepita Jiménez, nada habrá más lindo y pintoresco que los alrededores de esta villa. El agua cristalina y susurrante discurre entre aromáticas hierbas y variadísimas flores. Crecen por doquiera las humildes violetas. El aire huele a rosas, y los caminos, valleados de madreselvas y zarzamoras, serpentean bajo improvisados toldos de árboles frutales.

En este pequeño paraíso de la provincia de Córdoba abrió los ojos a la luz en 18 de octubre de 1824, don Juan Valera y Alcalá Galiano, hijo de don José Valera y Viaña y de doña María de los Dolores Alcalá Galiano y Pareja<sup>1</sup>. De la villa de Doña Mencía y teniente de navío retirado, de la Real Armada, el primero, y marquesa de la Paniega y natural de Écija, la segunda. Familia distinguida, mas no sobrada, ni mucho menos, de hacienda y numerario. En la interesante correspondencia del ilustre autor de Doña

Luz, abundan testimonios de esta parvedad de recursos, pues laméntase don Juan de su situación económica y diputa imposible casi el abrirse camino en una sociedad ahíta de vanidades y pretensiones, y en la cual, de ordinario, por no decir siempre, es preferido el dinero al talento.

Sin embargo, tuvo que agradecer don Juan a la Providencia lo esclarecido de su origen, pues si es gran verdad que las artes y la pobreza suelen ir del brazo, ni fue hijo de infortunado labrador, como Roberto Burns, ni se vio impelido por la desgracia a fabricar conejos y amaestrar liebres, como el poeta inglés William Cowper. El padre de don Juan cual otros tantos liberalotes de principios de siglo, sufrió persecuciones por sus ideas políticas. No estaba el horno para bollos en aquellas calendas en que el Narizotas, como llamaban al Borbón, impedía voluptuosamente cualquier asomo de vida civil y democrática. Don José Valera dio con sus huesos en la cárcel, y quizá la ingrata lección constriñole a vivir en Doña Mencía<sup>2</sup> unas veces y en Cabra otras, dado a la afanosa y difícil tarea de administrar sobria y honestamente su mermado patrimonio.

La marquesa de la Paniega -título instituido en la segunda mitad del siglo XVIII para premiar, sin duda, los méritos de don Juan Alcalá Galiano y Flores- pasó penalidades y privaciones que, a pesar de su carácter austero y de su alma resignada y sufrida, han trascendido, en más de una ocasión, a su epistolario con don Juan.

Mucho tenía que agradecer Valera a sus progenitores, ya que dadas las circunstancias económicas de uno y otro, y de haberles faltado esa entereza heroica del espíritu que nos saca a flote en los naufragios de la vida, nuestro ilustre autor habría seguramente perecido a los primeros contratiempos, y su destino glorioso no tendría los holgados límites que alcanzó, sino más bien el estrecho ámbito del vivir provinciano o lugareño.

La sobriedad en los gastos, que a sí mismo se impuso don José, como único remedio contra la escasez de recursos, y la duplicación en doña Dolores de altas y excelsas virtudes de austeridad y sabio gobierno de la casa, no habrían sido suficientes armas que aportar a la lucha para la conquista y logro del porvenir. Las propiedades de los Valera en tierras de Cabra, Baena y Doña Mencía, reducíanse a poca cosa: un mayorazgo y una capellanía que, aun sujetos a esmerada administración, apenas si daban para subvenir a las atenciones más perentorias<sup>3</sup>.

Intentó don Juan, a raíz de haberse trasladado desde su tierra natal a la Villa y Corte, hacer senador a don José<sup>4</sup>. Guiábale, principalmente, la interesada y egoísta idea de que, conseguida la problemática senaduría, abriéranse más fácilmente, de par en par, las puertas de la diplomacia. Pero don José debió estimar más discreto y juicioso el permanecer en el lugarejo al frente de sus exhaustas heredades. La misma resolución adoptó al ser nombrado comandante de Marina, de Puerto Rico<sup>5</sup>.

Como ya hubiera cursado don Juan los primeros estudios en Cabra, don José<sup>6</sup> hízole perseverar en ellos, primero en el Seminario de Málaga, donde estudió Filosofía desde el 37 al 40, y después en el Colegio del Sacro Monte, de Granada, en el cual estudió Leyes. Cursó el segundo año en la Universidad de dicha ciudad, donde después de hacer el tercero en la de Madrid, obtuvo, en 1844, el título de Bachiller en Jurisprudencia y el de Licenciado, en el 46<sup>7</sup>.

Estos estudios oficiales apenas si moldearon el espíritu egregio y sin par de nuestro biografiado. Entonces, como ahora, los alumnos de nuestros Institutos y Universidades, salvadas rarísimas excepciones -exceptio probat regulam-, salían de las aulas con la cabeza monda y lironda. Así lo proclama Valera: «A decir verdad, nada aprendí nunca en la escuela, ni en el estudio, ni en la Universidad; todo lo que sé, que es bien poco, lo he aprendido conmigo mismo, sin orden, sin maestro y sin un fin determinado»<sup>8</sup>.

Cuando se estableció en Madrid, allá por el 46 y dispuesto a probar fortuna, poseía un bagaje cultural raro y poco común, si se tiene bien presente los escasos años que contaba. Por entonces había mantenido ya algunos coloquios con las Musas<sup>9</sup> y borrajado cuartillas en prosa. Su pasión por los versos fue tan grande como medianas sus aptitudes para escribirlos. Estaba en plena época romántica. El duque de Rivas -linaje con el que había de emparentar más tarde al contraer matrimonio don Luis, hijo de don Juan Valera, y la marquesa de Villasinda, doña Clemencia Ramírez de Saavedra y Alfonso -el duque de Rivas, decíamos, había gustado ya hasta saciarse las mieles del triunfo, con la representación apoteósica del Don Álvaro. Y Espronceda, de retorno de Inglaterra y Francia y bien saturado de romanticismo, disfrutaba ya de la admiración del público. Como el hacer versos no ha sido nunca oficio de pingües ganancias -recordemos la capa rota con que Cervantes hubo de presentarse a Apolo, en su Viaje del Parnaso-, nuestro ilustre don Juan tanteó, o al menos estos fueron sus propósitos, el ejercicio de la abogacía, el cual en aquel tiempo y con motivo de la política desvinculadora, era entre las profesiones liberales, la de más brillante y seguro porvenir. Pero como a pesar de todos los pesares, los pleitos no estaban al volver de las esquinas, tuvo que renunciar a sus ilusiones rabulescas y encarrilarse por el camino de la diplomacia, más concorde con su carácter y gustos. He aquí, en desenfadado estilo, la referencia de todo esto: «... Me vine a Madrid con el intento de buscarme alguna ocupación lucrativa y honrosa, con cuyo objeto venía decidido a pasar un año con un abogado y después abrir bufete; pero como mi fuerte no es el trabajo, y menos de esta clase, ahorqué la toga, quemé la golilla, y aprovechándome de una buena coyuntura, me metí de patitas en la diplomacia, donde con bailar bien la polka y comer pasta de foiegras está todo hecho»<sup>10</sup>.

Lo que no hizo el dinero, pues no hay mejor ganzúa que ésta para abrir todas las puertas del mundo, lograronlo las muchas y buenas relaciones políticas y sociales de la familia de don Juan.

Los Valera descendían de Juan Valera, uno de los veinticinco conquistadores de la villa de Luque, en la provincia de Córdoba. En poder de doña Sofía Valera y Álvarez de Sotomayor existe el árbol genealógico de esta ilustre casa. Tan precioso documento comprende, entrelazadas, a las familias de Valera y Roldán. Oriundos los Valera, al parecer, de la montaña leonesa, vinieron a Andalucía, donde en tiempos de la Reconquista ya había antecedentes de este apellido. Por la línea materna, don Juan estaba emparentado con los Alcalá Galiano, linaje ilustre, en el que descuella el tribuno y repúblico don Antonio. Procedía éste de familia de marinos. Notables algunos de ellos, como su padre don Dionisio, que encontró la muerte en la memorable batalla de Trafalgar. Don Antonio -de

tumultuosa y desgarrada vida, mujeriego y amigo de jarana y bullanga-había sido el adalid de nuestra Revolución del año 20. Su padre, al igual que don José Valera con su hijo don Juan, se opuso a que siguiese la profesión de marino, dedicándole, en cambio, a la diplomacia. Con este motivo ingresó en la Primera Secretaría de Estado y desempeñó después el cargo de secretario en la Legación de Estocolmo. Fue liberal acérrimo y empedernido, y tuvo puesto muy relevante entre los conspiradores de La Fontana de Oro. Fernando VII sintió por Alcalá Galiano la más viva repulsa. El caso no era para menos, pues don Antonio había intentado, en sesión de Cortes presidida por él, incapacitar al rey y declararle semidemente. Como escritor, disputó con Böhl de Faber sobre el romanticismo, dogma literario que hubo de seguir más tarde y cuyas excelencias y méritos proclamó en el prólogo -especie de manifiesto romántico- a El Moro Expósito.

Esta limpia y acrisolada estirpe de don Juan, juntamente con sus prendas personales, en cuya enumeración y estudio habremos de detenernos después, granjeole crédito y estima en las altas esferas de la política, de la sociedad y del arte. La marquesa de la Paniega, al revés de su marido, «retirado y filosóficamente hundido en la ilustre villa de Doña Mencía»<sup>11</sup>, cultivó en Granada valiosas amistades y remozó, al reanudar el trato, antiguos conocimientos.

Parece ser que la distinguida dama no andaba muy al unísono y concordancia con el espíritu de la época, dado al materialismo más odioso y desenfrenado. Doña Dolores tenía un carácter simpático, pero austero. No compartía las ideas liberales de su esposo, ni podía suponer que un pueblo, tan abyecto y corrompido en aquellos días como el nuestro, estuviera en condiciones de ejercitar los decantados derechos del hombre. Había contribuido a la elaboración de este juicio tan desengañado y pesimista, de una parte, el panorama moral y político de España, y de otra, la situación económica, bastante desesperada, de la casa, y por consiguiente obstáculo formidable para ver la realidad con buenos ojos. Entra por mucho, de ordinario, en nuestras íntimas apreciaciones de la vida, la fortuna y la suerte de cada uno. En las mocedades de doña Dolores, el estado de este país, sufrido y heroico, era por demás calamitoso. La pena de muerte y más aún la de proscripción, estaban a la orden del día. El porvenir de las personas, lo mismo para arribar a la holgura y la abundancia, como para conseguir un modesto pasar, dependía de las deshonestas manos de unos cuantos favorecidos del Poder, que hacían mangas y capirotos de la nación, sin que nadie les exigiera cuentas de su comportamiento. Por ciertas regiones de España no se podía andar sin temor a ser desvalijados o muertos. Había que granjearse, a fuerza de dinero o a cambio de determinadas mercedes, un salvoconducto de José María, el Tempranillo o de Jaime el Barbudo, los cuales, aprovechando la maleza y quebraduras del terreno, hacían su apaño, con el consiguiente susto de inermes y desvalidos viajeros. La sociedad española que, según don Eugenio de Ochoa, «rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del Príncipe de la Paz», no había mudado gran cosa el semblante en los promedios del XIX. Seguía siendo santurrón y depravada; un «presidio rebelado»<sup>12</sup>; entregada a la audacia y la desvergüenza, si bien provista de ingenio natural. Corrían malos vientos

para las personas chapadas a la antigua. En los salones aristocráticos dábanse cita elementos y personajillos, si desemejantes y contradictorios en la apariencia, muy parecidos en el fondo, por estar unidos por trabazón de homogéneos rasgos íntimos y psicológicos. Ninguna de estas particularidades de la vida de relación conveníase con el natural serio, digno y honesto de la madre de nuestro biografiado. Mas las circunstancias no eran ciertamente propicias para aislarse en el castillo roquero de nuestros gustos e inclinaciones. Una persona retirada del mundo es un cero a la izquierda. Don Juan, instalado en Madrid a cambio de sacrificios y austeridades de la familia, precisaba lo mismo ayuda contante y sonante que brazos amigos y protectores. El talento, hasta triunfar, prefiere estar bien asistido de todo linaje de colaboraciones a andar entre timideces y soledades, que un hombre solo -al parecer de Schopenhauer- es un Robinsón abandonado. De aquí que doña Dolores, durante su estancia en la ciudad del Darro, entrase en relaciones con el duque de la Torre, capitán general de la región en aquel entonces.

En nuestro siglo XIX se dio muchas veces el caso de que el único palo de la baraja política fuese el de espadas. Doña Dolores, pues, se acreditó de aguda y perspicaz al entablar amistosas relaciones con el ilustre prócer ya mentado, a quien don Juan debió más tarde, allá en 1868 y triunfante la Revolución, la ambicionada, pero más que merecida prebenda de la Subsecretaría de Estado. No se remonta a esta fecha la participación bastante decisiva que tuvo el general Serrano en la vida diplomática y política de nuestro autor. Cuando Valera daba sus primeros pasos vacilantes en la corte de España, ya cultivaba el trato del general y preveía algún beneficio, si bien no inmediato, pues admitir por el año 50 un empleo del Gobierno de Narváez hubiera sido tanto como «suicidarse antes de nacer»<sup>13</sup>.

Concurrían en don Juan las condiciones precisas para triunfar en toda la línea. Si en sus primeros tanteos cortesanos no apreciaron en su justo valor estos méritos, acháquese a la ceguera del público ignaro y a la envidia y malevolencia de los doctos. Poseía brillante talento y un ingenio salpimentado de esa gracia y garabato andaluces que tanta amenidad, picardía y donaire dan a las cosas. De buena estatura y porte varonil, sin afectación ni física petulancia, y trajeado con distinción vecina del buen gusto y de la elegancia nativa. Acicalado y pulcro, incluso en la intimidad. Tenía los ojos verdes y muy hermosos, con unas pestañas negras y cortas, pero tupidas. La tez, de una blancura mate, contrastaba con el pelo, negro como el azabache. Ancha y despejada la frente, como corresponde a un entendimiento vigoroso. La nariz breve, quizá pecase de demasiado gruesa; en cambio la boca era perfecta y estaba realzada por una dentadura muy bonita. Los ojos vivos y penetrantes, y como adormecidos después por efecto de la miopía. Por lo común llevaba cuello foque y chalina de seda. La altivez de su mirada no promovía a la hostilidad, ni al recelo siquiera. Venía a ser como el complemento de la figura, rematada por una distinción nativa y sin par. En Doña Mencía se afirma que nuestro autor heredó el talento de su madre, más bien fea, a juzgar por los retratos que de ella se conservan, y la belleza de su padre, que pasaba por ser el hombre más guapo de toda Andalucía. El trato exquisito de don Juan era arma eficazísima para lograr crédito y

renombre en salones y tertulias aristocráticos. Conquistose fama, bien ganada, de dicharachero y cortejador. Pero su abierta y decidida oposición a todo lo que fuese amor ideal y platónico, despertó justificados recelos en el elemento femenino, como ocurriole en Nápoles con la marquesa de Bedmar. Sus prendas personales tenían el acicate y estímulo de una ambición desmedida. En el copioso epistolario de don Juan hay más de un testimonio de este ardiente afán de encumbrarse. Cuando don José, sitiado de apuros económicos, le instiga a abandonar la Corte, respóndele que primero morir. «Usted no se apure por mí -le escribe en el año 49, al regreso de Nápoles-; si no puede enviarme cincuenta, envíeme cuarenta o treinta duros y yo me retiraré a vivir aunque sea en una buhardilla; pero de ningún modo voy por ahí, si no es a hacer a usted una visita, y esto cuando lo pueda hacer sin el temor de no tener después dinero para volver aquí. Mi amor propio está comprometido y debo de ser algo o reventar»<sup>14</sup>. Su obsesión creciente era abrirse paso en aquel mundo de aristócratas y advenedizos, de personas en verdad elegantes y de petimetres, lechuguinos y currutacos. Otros individuos menos ciertos de su valía habían logrado hacer fortuna y reputación. Con esta idea frecuenta la casa de Montijo -la futura emperatriz distinguió y protegió mucho a una hermana de don Juan, llamada Sofía, que contrajo matrimonio con el duque de Malakof<sup>15</sup> -, de Frías, Cabarrús, Heredia, Weis-Weiler, Paulo, Pérez Seoane y otras familias aristocráticas y encopetadas. Apenas llegado a Madrid proclama tener muchas relaciones y estar en su elemento. Concorre al Liceo y a las tertulias de escritores y poetas, como la del Café del Príncipe, donde a la sazón se reunía el «Parnazuelo completo», y colabora gratis et amore en periódicos políticos y literarios de la época, como El Siglo Pintoresco, donde publica su oda a lo fray Luis de León, El fuego divino.

La situación política y cultural de España había variado notablemente. Acaso la sociedad fuera la misma. De todos modos, justo será reconocer que se advertía cierto refinamiento del gusto y de las comodidades del hogar. Habíamos pasado del cierre de Universidades y del grito ominoso de ¡Vivan las caenas! de la época fernandina, al florecimiento artístico y literario del romanticismo. Coincidió con esta exuberancia y frondosidad de la literatura romántica, el auge no menos esplendoroso del periodismo, que fue excelente vehículo y propagador de la nueva escuela. A las fiestas del Liceo, recientemente inaugurado bajo los auspicios de un ramillete de notables literatos, acudía lo más selecto de la intelectualidad. No así la flor y nata de la sociedad madrileña, que tenía por cursis y de mal tono estas reuniones. En las tablas compartían los aplausos entusiastas del público las hermanas Lamadrid, Matilde Díez, Romea, Lombía y Valero. Empingorotadas damas, maestras en el arte del tocador y de la frivolidad, lucían el pomposo miriñaque y los lindos tirabuzones en el teatro del Príncipe. Desaparecido el Ministerio Relámpago entre la rechifla general y devuelto el Poder a Narváez, entró a formar parte del nuevo Gobierno el conde de San Luis, que aspiró, no desprovisto de títulos para ello, al sobrenombre glorioso de Mecenas. Su resuelta protección a las artes y la brillantez y oportunidad de sus iniciativas proporcionáronle plácemes a granel, y ganó con todo la cultura española, abatida y desmedrada hasta bien entrado el siglo, mas copiosa y floreciente al promediar.

La carrera diplomática de don Juan se inicia con el nombramiento de

Attaché ad honorem de la Legación española de Nápoles; merced honorífica que recibe de manos de su tío Agustín. Con este pretexto reitéranse a casa las peticiones de numerario. Hay que hacerse el flamante uniforme y prepararse para el viaje a Nápoles<sup>16</sup>. Dos años y medio (1847-1849) duró su estancia en la hermosa ciudad del mar Tirreno. En este tiempo cultiva nuevas amistades -duques de Bivona, Fernandina y Miranda y condes de Scláfani-; visita los museos y aledaños más interesantes de Nápoles -Sorrento, Castellamare, Capo di Monte-; afianza su conocimiento del alemán y estudia el italiano<sup>17</sup> para gustar en su propia lengua las bellezas de forma de Leopardi. ¡Qué famosas son sus cartas a doña Dolores! ¡Qué ingenua erudición las realza y esmalta! Representan las primeras manifestaciones de un espíritu crítico y observador. En ellas se canta la hermosura sin igual del paisaje, las bellezas y curiosidades que atesora el Museo Borbónico, y se explica el significado mitológico de los nombres de ciertos lugares del litoral. ¡Con qué regustado placer serán devoradas en Doña Mencía o en Cabra estas largas epístolas en las que se derrocha con liberalísima prodigalidad el saber de Historia y de fábulas y mitos griegos! Mas pasada la primera impresión deleitosa de este nuevo y pequeño mundo, declara su aburrimiento, cuyo testimonio irrecusable está bien placentero en cierta propensión satírica de sus cartas. Ni el cargo gratuito que desempeña, ni la atmósfera espiritual de Nápoles habrán de retenerle durante mucho tiempo. Desea triunfar: propósito que le obsesiona y atormenta como una pesadilla. Comprende que ni la gloria literaria, ni el porvenir de su carrera avecinan en Nápoles. Sólo una mujer, Lucía Paladí<sup>18</sup>, a quien dedicará unos versos fogosos e inspirados<sup>19</sup>, y a quien recordará siempre con la emoción de una amistad íntima e intelectual, nimbada de platónico amor, podría sujetarle en el perchel de sus espirituales atractivos; pero ya hemos insinuado que don Juan era corteador poco inclinado a la contemplación, que propendía más bien al erotismo y voluptuosidad de los sentidos. ¿A qué atribuir esta pasión tan injustificada, dado el temperamento erótico de don Juan y la parquedad de alicientes femeninos de la Muerta, si hemos de atenernos al remoquete con que la designa en sus cartas nuestro propio autor?<sup>20</sup> Lucía Paladí era una mujer inteligente y disertada. El milagro, pues, de esta pasión que tiranizó en algún tiempo a don Juan, corresponde al fino y cultivado espíritu de la dama, que prestaba a ésta singular realce y disimulaba, a la vez, el otoño de una hermosura exigua y pobretona aun en lejanos días de plenitud moceril. Sin embargo, el amor, acostumbrado a aherrojarnos en su dorada jaula, no tuvo ataderos firmes y robustos que retuvieran al joven Attaché, y don Juan tornó a Madrid en noviembre de 1849.

¡Qué desencanto a su llegada! La impaciencia de volver a Madrid se trueca, ahora en hastío y desilusión. Surge en su espíritu el contraste inevitable. De un lado Castilla, desolada y uniforme como un páramo; de otro, Nápoles y sus pintorescos alrededores. Capo di Monte con su espléndido palacio y sus jardines incomparables; la vetusta ciudad de Nocera, Vetri, el golfo de Salerno, Éboli... No le produce la sociedad madrileña impresión menos desfavorable. El futuro autor de Pepita Jiménez une a su buen gusto y elegancia nativa el espíritu cultivado y egregio. Deplora, como excelente catador del alma femenina, la espiritual ramplonería de la mujer española. ¡Quién de éstas podría compararse con



Lucía Paladi! Los escritores le parecen mal educados y de una pedantería insufrible. Saben cuatro vulgaridades y se las echan de Merlines y filósofos. En el trato social hay una cortesía fingida, porque en el fondo las personas más encopetadas denotan cierta plebeyez inaguantable. Esta triste realidad, juntamente con la nebulosa de su destino, pues no es tan accesible como parece a nuestros ilusionados ojos el camino de la fortuna material y de la gloria, desalienta y abate a don Juan, que ha de hacer frente también a su lamentable situación económica, agravada con las noticias que llegan de Cabra y Doña Mencía. Por otra parte, la inspiración poética no está siempre a punto de venir en su ayuda. Los planes literarios son muchos -una colección de cartas satíricas y novelescas en las que se hablará de política, costumbres, amores y desafíos; un drama en colaboración con Baralt; unos versos patrióticos con motivo del Dos de Mayo-; mas ninguno de estos proyectos sale adelante. La prosa hácesele cuesta arriba y en el Helicón no son oídas ni sus quejas ni sus apremiantes llamadas. En este estado de ánimo estudia Economía Política e idea, para su uso particular, cierto sistema filosófico «muy parecido al de Kant»<sup>21</sup>. A fin de sobrellevar mejor sus inquietudes y amarguras que sojuzgan su espíritu, pero sin llegar a esclavizarle, frecuenta de nuevo las casas de Montijo y Pérez Seoane; corteja a Malvina Saavedra<sup>22</sup>, la divina culebrosa, versátil y atrayente... y reniega, como otras tantas veces, de la falta de peculio que le impide alternar con la gente de buen tono, pródiga y despilfarrada.

Los devaneos amorosos de don Juan no le privan del sentido de la utilidad. El amor en un espíritu equilibrado y reflexivo como el de Valera, puede ser el condimento, la salsa de la vida, pero en ningún caso el objeto o centro de ella. Incluso Lucía Paladi le ayuda eficazmente en sus estudios del griego<sup>23</sup>. Su presencia en los salones aristocráticos de la Corte no responde tan sólo a un prurito de liviandad y divertimento. En casa de Montijo entra en relaciones con Narváez y Sartorius y habla por primera vez con Tassara, cuya amistad ha de permitirle, fácilmente, el acceso a las columnas de El País<sup>24</sup>. Le tienta la literatura, pero la premiosidad con que se manifiesta su facultad creadora le produce congoja y desilusión. Sin embargo, tiene la mente atiborrada de lectura, y pese a su esquivo numen y a la torpeza de su pluma para exteriorizar con cierta disciplina cuantas ideas le bullen y escarabajean dentro, repútase superior a la mayoría de los que le rodean y hasta se considera capaz de dar lecciones a algunos que pasan por sabios y eminentes. Si el hastío y la falta de fe en sí mismo -pues no escasean tampoco las crisis de desconfianza en sus propios méritos- se adueñan de su alma, sentirá la nostalgia de Nápoles. La sociedad madrileña está desprovista, por lo general, de buen tono y elegancia. Sus mujeres son ignorantes y mal educadas. Carecen de atractivo espiritual porque no se cuidan de cultivar sus facultades intelectivas. No salen los hombres mejor parados del análisis a que los somete. Los eruditos tienen una educación deplorable, y además «son sucios y pedantes». Y los «limpios y cortesanos, tan mentecatos que no hay medio de poderlos aguantar». En nuestro país el ingenio, lozano y fértil, ha servido en muchas ocasiones para disimular la ignorancia. Porque se estudia poco y mal, sin método, orden, ni disciplina. Flórez Estrada, como economista, y Balmes, como filósofo, no

«pasan de medianos»<sup>25</sup>.

Esta inclinación a la crítica severa, implacable, ha de trocarse en bondadosa tolerancia cuando la dicacidad y arremetedor prurito de los años juveniles son reemplazados por un espíritu comprensivo e indulgente. Si la marquesa de Paniega le incita a escribir y procurarse de este modo reputación y estima, respóndele con Boileau: Avant donc que d'écrire, apprenez a penser. Porque este joven apuesto y decididor con las damas, zumbón y volteriano en sus juicios y apreciaciones de las cosas y de talento agudo y penetrante como aguijón de abeja -con su poquito de veneno en estos primeros pasos de iniciación literaria- es indolente y premioso para comunicar sus ideas a los demás por medio de la letra de molde. La epístola íntima es el yunque donde, a fuerza de martillazos, se hizo Valera excelente forjador de la palabra escrita. No habrá, de seguro, correspondencia más copiosa que la de don Juan<sup>26</sup>. Cada carta es como un trazo robusto, vigoroso de la vida y carácter del ilustre egabrense. Hasta bien entrado el 1854, Valera no afrontó la responsabilidad pública de sus juicios literarios. Su primer ensayo de crítica -Del romanticismo en España y de Espronceda- apareció en septiembre de dicho año en las columnas flamantes de la Revista Española de Ambos Mundos. Las anteriores tentativas literarias no rebasan los límites de un epistolario doméstico y familiar. Aquí es donde salen a luz sus primeras impresiones de lector impenitente. Hay en ellas certeros atisbos, despierto y sagaz espíritu observador y vislumbres de desenfadado y castizo estilo. Sin embargo, nótanse algunos lapsus gramaticales, de escritor incipiente y bisoño<sup>27</sup>. Aspiración primordial y acuciante de Valera fue el ser diputado a Cortes. Conocía al dedillo los caminos que con más derechura conducen hasta la posesión del Poder y el logro tentador de los laureles del triunfo. En aquellos días eran contadas las profesiones liberales. No había más que abogados y médicos. El conde de San Luis acababa de crear la Escuela de Ingenieros de Montes. De aquí que la diplomacia, la política y la literatura, ya por separado, ya conjuntamente, fueran los atajos más cortos en el camino de la celebridad. Pero, como dice el refrán, no hay atajo sin trabajo. Nuestro ilustre autor, que, desde su arribada a Madrid, acariciaba la idea de ser diputado, creyendo contar con la valiosísima ayuda del conde de San Luis y aprovechando la enemistad de Ríos Rosas con el Gobierno de Narváez, presentó su candidatura por Málaga. La derrota la sobrellevó con heroica conformidad. Espíritu juicioso y analítico, previó el peligro que habría sufrido de salir triunfante. El Ministerio de Narváez, a pesar de la nutrida mayoría que el arte de Sartorius en el muñir elecciones había conseguido, tenía sus días contados. ¿Cómo lanzarse entonces en brazos del partido progresista, cuyo ideario político estaba más en consonancia con su manera de pensar y sentir, si procedía de la borregada que los conservadores habían llevado a las Cortes? Valera recibió en Lisboa la noticia de su fracaso electoral. El Gobierno, que había apoyado tibiamente su candidatura, hábale favorecido, en cambio, con el nombramiento de Attaché con sueldo a la Legación de España en Lisboa. No difiere gran cosa la vida que hizo don Juan en esta ciudad de la de Nápoles. Aventuras amorosas y galanteos apremiantes, que producen el natural escándalo en la sociedad donde es emplazada la artillería amatoria<sup>28</sup>. Excursiones en compañía de algunos amigos de la Legación por

los alrededores de la bella ciudad del Tajo. Asistencia a San Carlos, donde nuestra compatriota la Stolz y la Novello disputan la hegemonía lírica. Todo esto claro que es compatible con el estudio del portugués y de la Historia, interesante y sugestiva, de este país peninsular.

Don Juan vive con comodidad, pero sin lujo ni ostentación, que no caben dado el modestísimo presupuesto de que dispone. En la casa y comida se le van dos onzas al mes. Los gastos del lavado de ropa y del criado son aparte. Consta su vivienda de tres habitaciones. Una sala con dos balcones que dan a la calle. Dos mesas, una con espejo; varias sillas de caoba, dos amplias y cómodas butacas, un elegante sofá y un velador con la cubierta de jaspe. Las cortinas de los balcones son blancas y encarnadas. Contigua está la alcoba, con cama de caoba, como las sillas de la sala; mesa de tocador, cómoda, percha y otros útiles precisos para el aseo personal. Dispone además de una tercera habitación que le sirve de cuarto de baño. En esta vivienda alegre y confortable, se pasa muchas horas del día enredado en el estudio y la lectura. Sus zalemas y galanterías a Laura Blanco y sus conversaciones de alta filosofía amorosa con cierta dama galante que reside en Lisboa, no le distraen tanto como para abandonar o relegar a segundo término sus proyectos literarios y sueños de gloria inmarcesible. De buena gana escribiría la historia de los reyes de la casa de Austria. Pero además de que para una cosa así sería necesario, como para todo, dinero, pues habría que revolver polvorientos archivos y visitar determinadas ciudades, la desidia, el desaliento habitual, desgánale y abate, sin que por desgracia se decida a poner manos a la obra.

A punto estuvo Valera de contraer matrimonio en la capital lusitana con la hija<sup>29</sup> de una tal Josefa Pacheco, oriunda de Extremadura. Alentaba a nuestro ilustre autor la holgada situación económica de la novia, en cuya circunstancia veía, de momento, la liberación de su vida en el aspecto crematístico. Mas de una parte su natural «antiexclusivista» en materia de amor, y de otra su desmedido afán de «pindonguearse» soltero aún en fiestas y correrías propias de la mocedad y del buen humor, decidieronle más tarde a romper todo compromiso de futuro enlace.

Su traslado al Brasil como secretario de la Legación de España, fue un ascenso en su carrera<sup>30</sup>. ¡Modestísima mejora económica que le deparaba seis mil reales más de sueldo! Sin embargo, esto era lo de menos para él. Aunque apegado a las cosas tangibles, que casi siempre se traducen en comodidad del cuerpo y bienestar del alma, Valera fue al Brasil movido de sus ideas poéticas y no por material conveniencia. A fines de 1851 arribó a Río Janeiro<sup>31</sup>. Aficionadísimo a los viajes, contemplador de la Naturaleza y atento observador de la vida urbana, cruza el Atlántico con el incentivo de conocer y admirar aquel mundo tentador. Recorrerá las Repúblicas españolas del Río de la Plata, Montevideo y Paraguay. Y si no le faltan las fuerzas ni el dinero, pues tiempo habrá de sobrarle de seguro, se llegará a Córdoba y, salvadas las cordilleras andinas, incluso a Chile. La realidad fue menos propicia. El Brasil le brinda la fiebre amarilla. La vida en Río Janeiro es cara y difícil. Los naturales del país no son nada abiertos con los de allende el mar. Hay tiempo para aburrirse aunque acudamos al paliativo de los libros. Valera se lamenta de la soledad y aislamiento en que vive<sup>32</sup>. ¿Cómo soportar este nuevo estilo de

vivir un hombre como él tan dado al trato social? Aprovecha los ocios interminables para componer versos o departir epistolarmente con sus amigos. La correspondencia de don Juan se enriquece y avalora. Escribe al poeta García de Quevedo, a Tassara, a Estébanez Calderón. Cartas en las que asoma, con vigorosos trazos, el crítico de Fausto y del Quijote. La variadísima lectura y el detenido estudio están patentes en estas largas epístolas. A su amigo Heriberto le reprocha con abundancia de doctrina estética -que ya propugna ardorosamente la fórmula literaria del arte por el arte- su desatinado propósito de componer un «vasto poema humanitario». ¡Qué lejos están estas epístolas de aquellas Cartas Americanas que sobre temas de literatura y filosofía hubo de escribir ya en el declive de su vida! Distantes en el tiempo y en la manera o estilo. Las cartas al poeta García de Quevedo parecen troqueladas en el crisol de la severidad crítica de un Aristarco. Los años paliarán este rigor censorino y la crítica intencionada tomará el vial de la ironía bondadosa y elegante. En carta al glorioso autor del Himno al Mesías, exculpa a Donoso Cortés de las lanzadas que por su Ensayo sobre el Catolicismo le propinan los teólogos de París.

Valera afianza los nexos afectivos y literarios con el castizo autor de las Escenas Andaluzas. Ya había entablado con Estébanez amenas e instructivas charlas durante la estancia de ambos en Nápoles. Don Juan admiraba a El Solitario. Veía en él a un excelente cultivador del habla de Castilla, y tenía por maestro y amigo. Estébanez leía y aplaudía los versos de don Juan e inculcábale también el amor a los libros viejos y trasolvidados<sup>33</sup>.

Del Brasil regresó en septiembre del 1853. Detúvose en Lisboa. Riñó definitivamente con la hija de doña Josefa Pacheco e intentó, en colaboración con el literato lusitano Latino Coelho, fundar, a dos lenguas, la Revista Ibérica. Paladín esforzado de la unión peninsular, proclamó este sentimiento en sus ensayos literarios. Por entonces abundaban bastante los seguidores de esta doctrina política. No cuajó el noble empeño de dar a la estampa la mentada publicación bilingüe, pero dos años más tarde salió a luz la Revista Peninsular, en la que colaboró asidua y variadamente, con absoluta omisión de temas políticos<sup>34</sup>.

El escaso tacto de los moderados, cuya política, por demás reaccionaria, concitó contra sí el general descontento, fue causa principalísima, por no decir única, de la Revolución del 54. Triunfante el partido progresista, Valera fue enviado a Dresde<sup>35</sup>. Su vida en esta ciudad alemana se redujo a pasar frío y a aburrirse. Buscó como otras veces una compensación amorosa o galante. Pero sobre este particular no tenemos noticias ciertas más que las atinentes a una tal señorita Wallis, «larguirucha, aérea, vaporosa y sublime» que le reía mucho las gracias a don Juan<sup>36</sup>.

Ni la educación intelectual de Valera, ni sus gustos, podían arrastrarle a tomar parte en la política profesional. Hizo siempre ascos de las revoluciones que vienen de abajo a arriba, ya que no pueden ocultar su plebeyo origen. Aunque por exigencias de sus ambiciones personales militó en diversos partidos, fue de ideas democráticas, como probó en más de una ocasión y de manera muy notoria en las Constituyentes del 69, en que siendo diputado por Montilla, presentó una enmienda relativa a la libertad de cultos, más avanzada y radical de como entendía ésta la Comisión

parlamentaria. Su pasividad política -hábil e ingenioso estar entre cortinas- le permitía andar en buenas relaciones con las figuras más destacadas del gubernamentalismo. A su regreso de Dresde, el general Zavala le nombró oficial del Ministerio de Estado, con categoría de primer secretario. Durante su permanencia en Madrid -tres años aproximadamente- reanudó sus relaciones sociales y literarias. A esta época corresponden sus ensayos de crítica. Cultiva por primera vez la teatral<sup>37</sup> y compone versos o traduce y parafrasea a poetas extranjeros<sup>38</sup>. Sin prescindir de sus visitas a casa de Montijo, ni de sus devaneos amorios y galantes, que constituyen, como si dijéramos, su segunda naturaleza.

Por cartas de Valera que no han sido aún dadas a las prensas, tenemos noticias del desaliento que se adueña de él al cotejar sus aspiraciones con la realidad. Sus pensamientos, más veloces que la luz, toman parsimoniosamente forma tangible. Quisiera imprimir a su vida personal más acelerado ritmo. Así su ánimo cuando, sin perder el puesto en el Ministerio, acompañó al duque de Osuna en la encomienda que, bien entrado el otoño de 1856, llevó a Rusia<sup>39</sup>. Esta designación debiósele al marqués de Valmar, en aquellos días subsecretario de Estado.

Para un espíritu tan curioso e inquieto como el de don Juan, el viaje<sup>40</sup> a la corte de los zares había de constituir un regalado obsequio de la fortuna. De su estancia en Rusia estamos prolija y donosamente enterados por sus cartas a don Leopoldo Augusto de Cueto<sup>41</sup>. Aquella propensión satírica que la madre de don Juan reprochaba a éste, muéstrase con ostensibles trazos en dichas epístolas. A ratos el estilo adopta el tono descarado e incluso procaz de Rabelais. Abundan los vejigatorios. Así hubo de entenderlo el ridiculizado Quiñones de León, cuando, informado por algún correveidile o soplancete de las cartas de Valera a Cueto, pone al duque de Osuna -que también tuvo su parte en la sangrienta y chispeante burla- al tanto de lo ocurrido.

Las famosas epístolas, destinadas a la intimidad, mas dadas por Cueto a la estampa, chorrean gracia e ingenio. Reconoce don Juan, al enterarse de todo, haber puesto más de una vez en la picota del ridículo al cogotudo embajador y a su ayudante Quiñones de León; pero no descubre en estas bromas inocentes la hiel que pone en ellas algún hipocondríaco y desamorado amigo. ¡Con qué desenfado y sutil picardía procura salir del atolladero! «La risa es un movimiento jubilador y simpático de los nervios que sólo deben inspirar los amigos o las personas de imaginación y de otras buenas cualidades. Pues que ¿no encuentra usted absurdo que una cosa tan humana como la risa, una cosa que nos distingue de los demás animales, porque no le hay irracional que sepa reírse, pueda infundírnosla el que lo es de todas veras? Por desgracia, el profanum vulgus no alcanza estas filosofías, y es, además, mal intencionado y propenso a malquistar a la gente y a abultar lo malo y a encubrir lo bueno»<sup>42</sup>.

Rusia, descomunal y pintoresca, le da ocasión en que ejercitar su curiosidad de impenitente viajero. El espíritu burlón de Valera asiste sorprendido y gustoso a los actos oficiales organizados en honor de la embajada. Don Juan visita los Museos, donde admira la riqueza de pinturas y lindos objetos de orfebrería y cerámica; presencia los desfiles militares, cuya ostentación responde a una opulenta y aparatosa organización marcial, y aprovecha las prerrogativas del cargo para

concurrir a saraos y ágapes que denotan el lujo fastuoso de la sociedad moscovita. «Esclavos negros, con turbantes y muchos oros y colorines, y unos ciudadanos, con unas mitras singularísimas de las cuales salen penachos de plumas de avestruz que caen formando ramos como los de las palmeras, nos sirvieron de comer y de beber...» «El duque iba resplandeciente como un sol, todo él lleno de relumbrones, collares y bandas»<sup>43</sup>. La burlería a que propendió siempre don Juan clavó el agujón más de una vez en la hierática tiesura de nuestros diplomáticos. Regocijábale la gravedad de éstos, nacida sin duda de la trascendental misión que les atañe. Oteaba benignamente nuestra Historia y no descubría por ningún lado a los Talleyrand ni a los Cavour. Por eso tomaba a fiesta y tararira el empaque de algunos embajadores. No tenía gran fe en los resultados de esta profesión. Gustábanle, como hombre muy enamorado del trato social, las afinidades de la carrera diplomática con la vida mundana y elegante. Pero no mostró nunca la menor afición a los negocios canchillerescos, ni creemos que se le ocurriera en ningún momento emular, con habilidades e intuiciones propias del genio diplomático, a los grandes maestros en el oficio.

No podía faltar en este viaje de Valera a San Petersburgo el capítulo erótico. Magdalena Brohan<sup>44</sup>, actuante a la sazón en el Teatro Imperial de San Petersburgo, mostró interés de conocer a don Juan. No figuraba éste en la nutrida lista de cortejadores: príncipes, diplomáticos y aristócratas. Algo apartado Valera, si bien momentáneamente, pues otra cosa habría sido desmentir su natural erótico de las consabidas prácticas de la galantería, no ocurriósele poner cerco a la actriz y tantear si se trataba o no de inexpugnable plaza. Bastó, claro es, una insinuación de la dama para que don Juan acudiese a la demanda. El camino fue breve y por demás accesible. Pero no era la tal Magdalena de las que, en vena de concesiones, llegan, como la de nuestra casticísima copla, al más solicitado favor. Imploró Valera, escribiola cartas inflamadas de pasión, forcejeó, lloró y pataleó. Todo inútilmente. En este punto, Magdalena Brohan, que era en demasía dadivosa y espléndida en otros, mostrose más invulnerable que Lucrecia o Penélope. Y como estos «ejercicios andróginos» exasperaran al infortunado don Juan, acabó por sufrir ataque de bilis. En resumidas cuentas, que la aventura tuvo una purga como remate.

¡Con qué gracejo y naturalidad zolesca -a pesar de la aversión que más tarde hubo de sentir Valera por el pontífice del naturalismo- narra a Cueto este episodio tan pintoresco de su vida mundana! Al marqués de Valmar debieron temblarle las carnes, como a azogado, y hacérsele los dientes agua.

Al tornar Valera de San Petersburgo<sup>45</sup> gozaba de justo renombre literario. Sus cartas a Cueto, llenas de erudición y de atinadísimas observaciones sobre política, creencias religiosas y costumbres, si bien desprovistas de noticias literarias, debido sin duda a desconocer la lengua eslava; sus estudios de crítica, dados a luz en las publicaciones más importantes de la península, y su carácter simpático y expansivo, granjeáronle fama de hombre singular. Los anteriores fracasos electorales se ven compensados ahora con el triunfo como diputado a Cortes por el distrito de Archidona. Corría el año 1858. En la contienda comicial había derrotado al candidato del Gobierno<sup>46</sup>. Aunque Valera profesaba ideas liberales y tenía de la

política del Estado una concepción democrática, frente a los excesos del partido moderado, mariposeó más de la cuenta de unos en otros. Además, su crédito intelectual lo permitía esta independencia. No estaba, pues, cosido a los faldones de la levita de ningún personaje gubernamental. Por este lado bien merecía disculpa su inconsecuencia política. Había, sin embargo, una parte flaca y vulnerable a todas luces: la conveniencia personal como dirimente en los cambios de conducta y de sitio.

Militó don Juan en el partido moderado, si bien su parecer en materia religiosa acarreole la enemiga de algunos correligionarios. La falta de arraigo de determinadas doctrinas, nacida de cierto indiferentismo filosófico, hízole ecléctico y ponderado: de aquí su inclinación a situarse ideológicamente entre el absolutismo de los antiguos moderados y la táctica, en extremo radical, de los progresistas. Así lo proclamó O'Donnell al decir, con agudo sentido de la realidad, que don Juan era de los ministeriales que tenía en la oposición. En compañía de Albareda, Fabié y otros, combatió al Ministerio presidido por Narváez, figurando después como disidente en la fracción parlamentaria de Alonso Martínez, a la que volvió en 1876, sin perjuicio de propugnar en las Constituyentes la política conservadora de Cánovas.

Su rango cultural extraordinario despertó siempre en torno recelos e inquietudes. Los que pasaban por conspicuos le temían y envidiaban, y los ignorantes -inofensivos si no suplían la falta de seso con cierta instintiva picardía y gramática parda-, poníanse de por medio, sin otro título que su servilismo personal, pero que era bastante si no olvidamos lo bien retribuidos que están estos oficios. Únase a todo cuanto va dicho la palabra premiosa y titubeante de Valera en sus intervenciones parlamentarias. Aquel artífice de la lengua<sup>47</sup> cuando peroraba en el Congreso o en el Senado, mostrábase torpe discursador, descolorido y balbuceante, como novicio parlamentario que se quitase el entredicho de la vergüenza ante la asustadora curiosidad de la asamblea.

En los años siguientes a su arribada triunfal a la política como representante parlamentario de Archidona, Valera fue festejado y solicitadísimo. Recibió varias recompensas honoríficas<sup>48</sup>, formó parte de tribunales de oposiciones a cátedras del Conservatorio y de Institutos<sup>49</sup>, fue elegido académico de la Española<sup>50</sup> en la vacante de don Jerónimo del Campo, y nombrado vicepresidente de la Sección de Literatura y Bellas Artes del Ateneo de Madrid<sup>51</sup>, en el que había dado varias lecciones sobre Filosofía de lo bello (1859) e Historia crítica de nuestra poesía (1860). Empieza a recoger los frutos de una labor concienzuda y profunda. Quedan, en parte, pagadas sus actividades de escritor ya maduro y macerado por el estudio habitual y la copiosa lectura. Parecen cumplirse sus ambiciones de poder y de gloria. Es la edad en que se paladean muy gustosamente las mieles del triunfo. Valera, no obstante sus impacencias que sirviéronle de acicate poderoso, disfrutó bien joven de los laureles del éxito. No fue nunca, ni en los momentos más propicios en que la naturaleza de su arte literario podía haberse atraído al gran público, escritor gustado por todos: conspicuos e ignorantes. Las modalidades de su espíritu señorial estaban reservadas a los menos. Mas la vida oficial y académica abriole de par en par las puertas y recibíole bajo palio.

La polémica con Castelar<sup>52</sup>, recién llegado de Rusia don Juan, suscitó

agrias censuras entre los partidarios de aquél. Valera contaba a la sazón treinta y tres años. ¿Cómo iban a perdonarle los amigos del gran tribuno la osadía de arremeter con él y zarandearle de lo lindo? Pero la atrevida actitud de don Juan valió también la acogida benévola de los que no formaban en las filas de los coribantes y aduladores de Castelar. Dicha disputa -en el noble sentido que los escolásticos daban a esta palabra- tuvo una segunda parte entre el adalid republicano, que puso fin y término a la del 73, y don Ramón de Campoamor. También en la resucitada controversia echó su cuarto a espadas don Juan.

Alternaba los ensayos de crítica filosófica, como *De la doctrina del progreso* y otros<sup>53</sup>, con los juicios literarios y el componer poesías, que siempre fue predilecto quehacer de Valera. El gran debate entablado con ocasión de la filosofía krausista, motivó varios trabajos de don Juan, como *El Dios Yo* y *La carta de Roque a Petra*<sup>54</sup>. Cultivaba la crítica literaria con cierta regularidad. La política absorbía tan sólo las actividades subalternas de su espíritu. Aunque se ha observado por algún comentador de Valera<sup>55</sup> que no llegó a ser nunca esclavo de la pluma, lo cierto es que la vida de don Juan está llena de testimonios en contrario. Su verdadera y única afición, juntamente con su enamoramiento de la vida mundana y aristocrática, es la literatura. No escribió nunca con sujeción a un plan determinado. Faltan en la lista de sus obras completas los estudios largos y profundos que cabía esperar de un erudito como Valera. ¿Quién podía vanagloriarse como él de estar en posesión de todos los resortes de la cultura? ¿Qué arsenal de conocimientos filosóficos y literarios cabría oponer, con ventaja al suyo? Pero todo este saber se dispersó en ensayos y en artículos de periódico o de revista<sup>56</sup>, formando, eso sí, en su conjunto, una obra proteica y admirable.

El 12 de marzo de 1862 leyó su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua. Versó sobre la «poesía popular como ejemplo del punto en que debieran coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana»<sup>57</sup>. Pretendió don Juan escribir un estudio duradero por su sabia doctrina filosófico-literaria y por su estilo, y como correspondía a la solemnidad del momento. Acudieron a oírle las figuras más salientes de la intelectualidad madrileña. El discurso, notable en muchos puntos de su larga trayectoria, ofreció alguna que otra parte vulnerable. Don Francisco de Paula Canalejas, muy enterado de la poesía épica en la Antigüedad y en la Edad Media, impugnó en la *Revista Ibérica*<sup>58</sup> el trabajo de Valera. También en nuestros días, Cejador<sup>59</sup> ha propinado a don Juan algunos torniscones por la misma causa. No habrá, de seguro, sobre el haz de la literatura española, dos escritores más antagónicos que Cejador y Valera. Difieren en sus gustos e inclinaciones y han de divergir, naturalmente, en su orientación crítica. De aquí proviene, sin duda, lo excesivamente severo que estuvo el gran filólogo al juzgar el discurso de Valera. La psicología de don Juan y su posición en los dominios del arte, han de explicarnos este tropiezo. La Edad Media pugnaba con las costumbres y la educación intelectual y el sentido aristocrático de la vida que se había forjado nuestro autor. Desdeñaba lo popular en el arte, como abominaba de los ademanes groseros y de la mala crianza. Su cultura clásica propendía a disuadirle de que los tiempos medievales eran el vacío intelectual. No comprendía más que las letras áureas de la Antigüedad -griegos y latinos-



y el Renacimiento, como retorno al ideal clásico. La Edad Media representaba para él un largo período histórico de barbarie y mal gusto. De aquí que prefiriese a la poesía ruda y agreste del Cantar de Mío Cid o del Romancero, la retocada y pulida de los poetas eruditos. Horacio le había antecedido en esta repugnancia. No se atribuya a otra cosa la equivocada apreciación de Valera en lo concerniente a la poesía medieval. A un erudito como él no se le puede suponer, sin pecar de ligeros, ayuno de determinada literatura. Don Juan conocía la poesía popular de la Edad Media, entre otras razones, porque fueron de él acontecimientos coetáneos La primavera y flor de romances, de Wolf y Hofmann (1856) y las Observaciones sobre la poesía popular (1853), de Milá y Fontanals<sup>60</sup>, además de que la Silva de romances viejos (1815), de Grimm, y los excelentes estudios de don Agustín Durán sobre el mismo tema<sup>61</sup>, debían de ser conocidos de Valera.

La razón de su actitud respecto de la poesía anónima anterior al siglo XVI, es el desamor, el desapego que siente por este género poético. Porque hay dos maneras de llegar al conocimiento de las cosas. Sólo se conoce a fondo lo que se ama. Los ojos y los oídos no son más que ventanas por las cuales nuestra alma ve y oye. Fenestrae animi, que dijo Cicerón. Pongamos delante de la Minerva, de Fidias, o de la Venus, de Praxiteles, a un hombre desprovisto de toda emoción estética. Para comprender y penetrar la belleza que tiene delante de sí le falta ese sentimiento íntimo que duerme en el fondo del alma y que se alborota y exalta con la contemplación de lo bello objetivo. Su alma no es un espejo donde se reproduzcan, sublimadas por la propia emoción, las dos estatuas clásicas. Este es el conocimiento físico de las cosas. Santa Teresa veía a Dios porque le tenía en el centro del alma. De aquí sus éxtasis. Valera no vio de este modo la poesía popular; por eso no descubrió en ella ni su lozanía, ni su hermosura, ni su sentimiento.

En esta época de don Juan se desplegaron más intensamente sus actividades políticas. Fue nombrado secretario del Congreso<sup>62</sup> e intervino en los debates parlamentarios, entreverando sus discursos de referencias y alusiones eruditas o de ingeniosidades y chirigotas que, si hacían reír a la Cámara, despertaban también acres censuras de algunos diputados circunspectos y sesudos. Pero don Juan, como filósofo sutil epicúreo y optimista, daba gran importancia al acto de reír<sup>63</sup>, teniéndolo por excelente profilaxis -si se nos permite la palabra- de la vida de relación, cualquiera que fuese la órbita en que ésta se verificase. De aquí, precisamente, que interpolara en los asuntos más trascendentales del Parlamento el chiste fino, y la sátira sin hiel. Sus constantes derivaciones a lo erudito, de que son buen testimonio algunos pasajes de sus novelas, no habían de faltar tampoco en sus discursos políticos, aun cuando lo prosaico y servil del tema fuese más para tratado a ras de tierra que para remontarse al Olimpo.

En 1864 y vuelto Narváez al Poder, ocupó Valera la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio<sup>64</sup>. En los primeros días del año siguiente<sup>65</sup> juraba el cargo de diputado por el distrito de Priego (Córdoba) y meses después<sup>66</sup> volvía a la carrera diplomática como ministro plenipotenciario en Francfort.

Estuvo don Juan en Río Janeiro a las órdenes de don José Delavat y Rincón,

de la carrera diplomática y descendiente de aquel Pierre De Lavat, víctima de la Revolución francesa. Don José había contraído matrimonio con una joven brasileña, de la que tuvo dos hijos: José y Dolores. A la arribada de nuestro autor al Brasil (1851), Dolores contaría cinco o seis años. Como don Juan ocupaba el piso bajo de la vivienda del señor Delavat, reuníase en el precioso jardín que la circundaba con los hijos de su jefe, participando, no obstante la diferencia de edad, en sus juegos y travesuras<sup>67</sup>. Tres lustros después (1867) celebrábase las nupcias de doña Dolores y don Juan en París, en la iglesia parroquial de San Pedro de Chaillot. ¿Qué razones mediaron para que este enlace se llevase a efecto? La juventud y lo agraciado de doña Dolores, que a la sazón tendría veintiún años -la mitad de los de Valera- debieron ser los únicos estímulos que le impulsaron a cortejarla y tomarla por esposa. Don Juan vivía ahora sin los apuros de su juventud, no porque la posición económica de la marquesa de la Paniega -el marqués había muerto en Madrid en 1859- hubiese cambiado favorablemente, sino porque a la vez que se elevaba el rango político y social de Valera, hacía más holgada su situación. Doña Dolores sentiríase halagada por las gentilezas de un hombre como don Juan, de sólido prestigio literario, traído y llevado en el gran mundo y llamado a escalar otros puestos más altos que los que hasta el momento presente, en la política y la diplomacia. Atribuir a razones de crematística esta coyunda, no sería ciertamente juicioso. La señorita de Delavat aportó al matrimonio una fortuna más bien modesta, y a don Juan hay que suponer que no le habrían faltado ocasiones de canjear su fama y nombradía por una brillante posición económica.

En 1868 y establecida la residencia en Madrid, fundó la Revista de España, en la que colaboraron los escritores más esclarecidos y famosos del último tercio del XIX, y contestó con un brillante discurso sobre La libertad en el arte<sup>68</sup> al de recepción en la Academia Española, de Cánovas del Castillo.

Las tropelías y desafueros de los moderados que, con Narváez al frente, dirigían nuestros destinos, y la influencia tardía y anacrónica de los enciclopedistas y de la Revolución francesa, dieron al traste, de momento, con la dinastía borbónica. Agraviados y perseguidos los unionistas, demócratas y progresistas, agrupáronse en apretado haz para derribar a la reina Isabel. Principales figuras de la Revolución fueron el almirante Topete y los generales Serrano y Prim. A no contar con esta vigorosa ayuda, ni los políticos, desacreditados o mediocres en su mayoría, ni la fuerza popular, desarticulada e impotente, habrían conseguido su objeto. Derrocado el régimen monárquico y abiertas las Cortes para elaborar una nueva Constitución, decidieron éstas, con el voto adverso de valiosos elementos demócratas que propugnaban la República federal, por una monarquía democrática, comprensiva y conciliadora, encarnada en nueva dinastía y respetuosa, a virtud de la libertad de cultos, con los principios religiosos.

Durante este lapso, Valera aprovechó sus buenas relaciones con el duque de la Torre, para dar un avance en su carrera política. A fines del 68 obtuvo la Subsecretaría de Estado. Advino a ella con la intención de renovar y mejorar el Cuerpo diplomático. En parte, porque la reforma no debía demorarse un minuto más, y también por las apremiantes mudanzas que impone

todo cambio de régimen. En las innovaciones llevadas a cabo por don Juan hubo víctimas inevitables. No faltó tampoco la huella del nepotismo<sup>69</sup>. Pero lo peor del caso fue que, a pesar de las buenas intenciones de nuestro autor como en España el árbol de la diplomacia dio generalmente fruto insípido y poco aprovechable, continuamos sin que aparecieran por ningún lado los Bülow ni los Metternich.

Esta Subsecretaría fue, en la carrera política de don Juan, el puesto más preeminente<sup>70</sup>. Da grima ver cómo en un país en que cualquier pelafustán o chiquilicuatro alcanza codiciados cargos en la Administración pública, Valera, tras mil vicisitudes y eventos, quedase en la antesala de los despachos ministeriales. Contribuyó, sin duda, a este fenómeno habitual en nuestra historia política, la ausencia en don Juan de condiciones oratorias. Cualquiera papagayo, con la cabeza monda y lironda y un modesto hatillo cultural a la espalda, pero hábil y diestro en el arte de engañar a los demás -como llamaba Kant a la elocuencia- escala y corona las cimas de la política. Valera desconfiaba mucho de sus aptitudes en este orden. Conversador ameno y chispeante, digno émulo de Ixión, de cuya entretenidísima locuacidad se hace lenguas la Mitología, en cuanto intervenía en las Cámaras tornábase premioso y vacilante y se habría hecho del todo inaguantable si la ironía y el garabato que le rezumaban por doquiera no diesen cierto atractivo a sus discursos.

La resolución tomada por las Constituyentes de 1869 de restaurar el régimen monárquico, pero a base de una monarquía constitucional y democrática, cuyos principales postulados serían la libertad de cultos, de enseñanza y de imprenta, dio motivo al primer conflicto: la elección de monarca. España ofrecía un trono a los príncipes extranjeros, como se puede brindar la casa a un amigo o persona conocida. Don Juan formó parte de la Comisión que ofreció en Florencia el trono, vacante al duque de Aosta. El discurso que debía haber pronunciado Ruiz Zorrilla ante el rey Víctor Manuel, de no mediar la circunstancia de su publicación, con anterioridad a la ceremonia palatina, en cierto periódico de Madrid<sup>71</sup>, había sido escrito por Valera. Sin embargo, no se mostró éste inclinado a la dinastía saboyana, cuyo estéril esfuerzo por reconciliar a los partidos políticos, pronosticó. Su voto fue favorable al duque de Génova, que parecía reunir todas las condiciones precisas para la designación<sup>72</sup>. De todas maneras, el resultado habría diferido muy poco. La búsqueda atosigante y acuciosa de un rey para la vacante de España representa, a mi juicio, uno de los episodios más pintorescos de nuestra historia política.

Proclamada la República del 73 y desarraigado de sus hombres más representativos, la vida de don Juan entra en una fase delicada y difícil. El despego e incluso la inquina con que ve la nueva situación política, trascienden a sus artículos de crítica literaria y filosófica. La aparición de los Estudios sobre la Edad Media, de Pi y Margall, le brinda un pretexto para desfogar contra la República y el presidente del Poder Ejecutivo. «Cualquiera que haya hojeado a Hegel y más aún a sus discípulos de extrema izquierda, a Fierbach, por ejemplo -arguye don Juan<sup>73</sup>-, ¿qué encontrará en el pobre aborto del señor Pi sino cuatro ideas de las más perversas, cogidas al vuelo y estropeadas al plantarlas en el papel?» El método o plan de la obra de Pi y Margall «es tan sencillito como poco

ingenioso», (el autor es «un literato extraviado y confuso» que «con sus locuras y extravagancias» ha causado «males infinitos»). Pertenece a esa casta de hombres que no son malos, pero sí ilusos: «inteligencias a quienes un pasto espiritual sobrado fuerte para ellas ha hecho caer en algo como una borrachera peligrosa, y que en vez de curarse por la abstinencia, se entregan luego por vanidad a una orgía desenfrenada». Como siempre, la puntería de nuestro don Juan es certera y precisa. Muchos de los reparos que formula al autor de *Las Nacionalidades* están en su punto y son verdaderamente irreprochables, mas... ¿no habrá un poquito de pasión política en los demás? ¿No influirán algo en la severidad de sus juicios las circunstancias que rodean a nuestro biografiado? Equidistante de todos los extremismos, de todas las exageraciones, no es menos su acritud cuando juzga las ideas político-filosóficas del señor Aparisi y Guijarro. El insigne autor de *Pepita Jiménez* erígese en cancerbero de la paz nacional en momentos difíciles y casi angustiosos, que degeneran en la violencia motinesca e incendiaria de Alcoy o en la rivalidad fratricida de la guerra civil.

Desde su regreso de Francfort no había vuelto a desempeñar cargo alguno diplomático. La situación económica de su casa era por demás comprometida. Su madre, doña Dolores, a pesar de sus equilibrios y estrecheces, no había logrado reponer la hacienda. El caudal traído al matrimonio por la señorita de Delavat había tenido que hacer frente a situaciones creadas por la familia y la vida oficial y mundana de Valera. Retoñan las inquietudes y apuros de la juventud, más difíciles ahora de conjurar. Pese a su ingénito optimismo, apodérase de su alma una honda e íntima pesadumbre, en cuya elaboración han sido parte principalísima ciertas desavenencias conyugales, nacidas tal vez del antipodismo psicológico de ambos y de la postura de cada uno frente a la realidad circunstante. Los años que median de doña Dolores a don Juan hacen también menos realizable la espiritual compenetración. Otras preocupaciones conturban el ánimo de nuestro autor. La literatura no da dinero. ¡Ni lo dio ni lo dará nunca! De aquí que tengamos que simultanear el ejercicio de la pluma con otras profesiones u oficios más productivos. En la antigüedad clásica ni los oradores, ni los filósofos desdeñaban el trabajo manual. Eran sabios y artesanos, como también lo fueron, siglos después, Rousseau y Spinosa. Don Juan asiste al espectáculo de su vida literaria con la misma desilusión de quien, tras de haber dado cuidadoso cultivo a un pedazo de tierra, se entera de que es estéril como la de la parábola. A lo largo de su extensa producción hallaremos innumerables lamentaciones en este sentido. *Pepita Jiménez*, que fue la más leída y celebrada de sus novelas, no le dio ni para comprarle a doña Dolores un traje de sociedad. Desgajado de la política y sin ocupación diplomática, Valera da una escapada a su tierra natal. Réstanle unas viñas y unos olivares en el término de Cabra y Doña Mencía. Bien es cierto que nunca sintió la menor inclinación por las cosas del campo. De haber estado don Juan en el pellejo de Fray Luis de León o de Carlos V, ni habría escrito la famosa oda a la vida campestre, ni se habría recluido a esperar la muerte en las soledades de Yuste. Acostumbrado al trato social y al bullicio alocado y gárrulo de las grandes urbes, detesta el vivir idílico y patriarcal de los burgos españoles.

En 1874 apareció por primera vez en la Revista de España la novela Pepita Jiménez. No corresponde a don Juan, aun retrayéndonos a la tentativa de Mariquita y Antonio, la iniciación de la novela realista. Fernán Caballero había antecedido a Valera en el género novelesco. Correspóndele, eso sí, el acierto y la maestría con que dio forma material al asunto de Pepita Jiménez.

Reintegrado don Juan a la política, figuró en las Constituyentes del 76 en el grupo de Alonso Martínez, sin perjuicio de apoyar a Cánovas. No estuvo ociosa su pluma. Replicó en la Academia a Núñez de Arce con motivo de la recepción del ilustre poeta. Menudearon como siempre sus artículos de crítica en periódicos y revistas, y salió en defensa de Campoamor, combatido por plagiarío<sup>74</sup>. A estos años corresponde también la producción novelesca de don Juan. El lisonjero éxito de Pepita Jiménez y el florecimiento en España de este género literario como consecuencia del grande apogeo que había logrado en las principales naciones europeas, incitaron a nuestro autor a persistir en él, por lo que, en revistas y periódicos primeramente y en volumen después, salieron al público Las ilusiones del doctor Faustino, El Comendador Mendoza, Pasarse de listo, Doña Luz y la primorosa traducción de Dafnis y Cloe.

Exaltado al Poder don Práxedes Sagasta, volvió a la carrera diplomática, siendo nombrado ministro plenipotenciario en Lisboa. Este retorno a la diplomacia dura hasta 1896, en que se jubiló. En todo este lapso de tiempo regentó las Legaciones de Washington y Bruselas, y la Embajada de Viena<sup>75</sup>. No debían de ser pesada carga las ocupaciones de Valera como tal diplomático, sobre todo en la capital de Austria, donde, según se afirma, tuvo por única misión casi, el desahuciar a los conservadores del corazón y de la mente de la archiduquesa Isabel, madre de nuestra Regente.

En Lisboa echa de menos a la divertida sociedad madrileña, con sus tertulias literarias y galantes. Le encocora la afectación y el finchamiento de los portugueses, muy pagados de sí mismos. Cultiva la amistad del polígrafo Latino Coelho, que sería una excelente persona si no fuera por la reserva, e incluso hurañía, de su carácter. Desidioso don Juan de suyo y poco disciplinado para el trabajo, falta a sus compromisos con editores y compañeros de letras. Para que tengamos cabal idea de la pereza de nuestro insigne egabrense, bastará hacer notar que se fue al otro mundo sin traducir aquella parte del teatro de Esquilo que le hubo de corresponder en su reparto con Menéndez y Pelayo, y que las apremiantes solicitudes del ilustre montañés no lograron sacarle de su habitual indolencia. Así y todo comentó con severa prolijidad La Historia de los Heterodoxos desde las columnas de la Revista de España (1880), dio a la estampa dos volúmenes: Cuentos y Diálogos (Sevilla, 1882) y Algo de todo (Sevilla, 1883), recopilación ambos de trabajos ya aparecidos en la prensa, y comenzó sus cartas a Campoamor bajo el título de Metafísica a la ligera, continuadas en Cabra y Doña Mencía.

La escasez de numerario, ciertos disgustos de familia y, sobre todo, una maligna enfermedad que pone en trance de muerte a su hija doña Carmen, acongojan de tal modo a don Juan que se apodera de él, contra su acostumbrado buen humor, el más negro pesimismo. Pero estas crisis de preocupación y abatimiento son, por fortuna, pasajeras. La alegría vuelve a su alma y los proyectos literarios tornan a perfilarse en su

pensamiento: «Quiero, anotar y prologar con usted -escribe a Menéndez y Pelayo el 23 de marzo de 1882- nuestros discursos místicos. Quiero concluir tres novelas que hace un siglo tengo empezadas: Mariquita y Antonio, Lulú, princesa de Zabulistán, y Zarina. Quiero hacer la traducción del Fausto -ambas partes- para un editor de Barcelona que lo paga bien. Quiero hacer la traducción de los poetas hispano-judaicos. Quiero escribir mi novela de Abu-Hafaz. Quiero escribir mis Meditaciones de amor o filosofía de la voluntad. Quiero escribir mi Breve compendio de la historia del linaje humano.» Pero... añade más abajo: «El tiempo, no obstante, vuela, se va y nada realizo."

El más duro golpe de cuantos la adversidad, muy suave y benigna con él, le deparase, lo recibió en Washington. Su primogénito Carlos había muerto del tifus a los dieciséis años. Don Juan, que veía en su hijo como un trasunto de su persona en aquello de que podía sentirse orgulloso, y otras buenas cualidades que estuvo siempre muy lejos de poseer, lloró amargamente esta amputación de su alma, que si en cualquier momento hubiese sido tremenda, fueo mucho más en aquellas circunstancias, ya que, lejos de los suyos, el dolor se hacía más terrible.

El tránsito de Carlos a otra vida mejor, despierta en don Juan «el casto y severo pensamiento de la muerte, que nos induce a meditar y a emplearnos en las cosas más graves». Como los dos hijos que le quedan, don Luis y doña Carmen, no habrán de heredar más bienes de fortuna que el caudalejo de don Juan que pueda representar el fruto de su ingenio, se siente con doble ánimo para seguir llamando a las musas y acrecentar de este modo su patrimonio literario. Además, esta como depuración y aquilatamiento de su propio valer, dará cierto atractivo y simpatía a la persona de sus hijos y contribuirá a que se conserve sobre la tierra el grato recuerdo de una vida ejemplar dentro del arte. Por otro lado, la ruda prueba con que el Destino experimenta el temple espiritual de Valera, indúcele a formular nuevas protestas de amor y fidelidad a doña Dolores.

No sé hasta qué punto nos estará consentido trasponer la penumbra sagrada de la intimidad conyugal. A juzgar por ciertos pormenores que la correspondencia de Valera saca a luz, las relaciones matrimoniales de don Juan y doña Dolores resentíanse a veces de falta de cordialidad y compenetración. Bien sea debido a la diferencia de caracteres y gustos, bien a la idea más adversa que favorable que doña Dolores tenía del práctico valer de nuestro autor, las contrariedades y los disgustos debieron poner trabas a la alegría hogareña; pero nos parece que estas rencillas y resquemores mutuos eran como la niebla que intercepta el paso del sol o deslustra al menos su brillo y que, esfumada a su contacto, contribuye a hermosearle y hacerle más deseado.

No debemos tener por artículo de fe la creencia bastante extendida de que Valera fue infiel a doña Dolores. Me temo que esta afirmación provenga de la fama de mujeriego y galanteador que tenía don Juan; pero acaso no sea juicioso inferir de ella esas pasajeras desavenencias que ya hemos notado. Inclínome a pensar que doña Dolores tuvo mucha culpa de todo esto, y aunque sea para mí duro trance el condenar a una dama para absolver a quien pasa por autor reincidente de un delito de infidelidad, tampoco sería lícito volverse de espaldas a la realidad.

Doña Dolores, que era muy linda, gentil e instruida; que hablaba

primorosamente el portugués y el francés, y que recitaba con singular maestría y melodiosa voz a Leopardi y Lamartine, había sido tan mimada por todos, que se hizo voluntariosa y rebelde, no admitiendo que se la llevara la contraria y convirtiéndose en una tiranuela. Aunque aficionada a la sociedad, la timidez de su carácter y los caprichos que padecía apartábanla en ocasiones de la vida mundana. Don Juan la adoraba, como prueban algunas cartas suyas, donde tras de lamentar desdenes y agravios de su mujer, la pide que «le quiera por amor de Dios»<sup>76</sup>, y declara solemnemente que todas las rabietas que con ella tiene proceden del enojo de no sentirse amado. ¡Y cómo no había de quererla si, además de ser muy bonita, era generosa, inteligente y llena de gracia en la intimidad! Valera hacía cuanto ella quería. Si alguna vez se rebelaba contra las genialidades de su mujer, bastaba que ésta le regalase con un mimo o zalamería para que se le pasara el enfado.

Gustábale mucho a don Juan que doña Dolores le leyese, ya que además de la voz armoniosa que tenía, sabía darle a la lectura la debida expresión, sin faltar nunca a la naturalidad. Pero doña Dolores era poco complaciente a este respecto, acaso porque la literatura no la atraía lo más mínimo. Otra contrariedad súbita e inesperada atormentó también el dolorido espíritu de Valera. No es raro, ni mucho menos, que un hombre de singular talento y nombradía despierte, ya en las cumbres de la vida, una pasión amorosa extemporánea e imposible, sobre todo si quien la inspira es persona de cabal honradez. Una mujercita norteamericana, favorablemente impresionada por la varonil arrogancia de Valera, que a la sazón contaba sesenta y un años, prendose de él y en forma tal que no fue bastante a convencerla y desilusionarla la juiciosa y digna conducta de don Juan. Debía de tener la mocita un corazón fácilmente inflamable y no es extraño que la amena y garbosa cháchara de nuestro autor, el felicísimo ingenio y el renombre literario -que dábanle lustre y atractivo- y otras circunstancias y agentes ocultos que siempre influyen en la determinación de estos estados, tuvieran la culpa de dicha pasión amorosa. Lo tristísimo del caso fue el fatal veredicto que la joven se dictó a sí misma, de poner fin a su vida.

Ni la labor diplomática, ni las aficiones mundanas de nuestro autor le apartaron en ningún momento de sus tareas literarias. Don Juan tenía tiempo para todo y su mente prodigiosa era infatigable. Procuraba rodearse de aquellas personas que le distraían con su ingenio o su saber. Atendía él mismo a despachar su copiosa correspondencia y nunca le faltó un hueco entre sus ocupaciones profesionales, visitas, tertulias y teatros, que dedicar a sus gratos coloquios con las musas, a filosofar y a escribir obras de entretenimiento. Durante su estancia en Washington tradujo o parafraseó a varios poetas norteamericanos. Como la filosofía era para él predilecto ejercicio de la mente disputó con Campoamor sobre la metafísica y la poesía. Deliciosa y chispeante polémica en la cual uno y otro ingenio lucieron bizarría y gracia. Corresponden también a estos años sus estudios críticos de historia y política y sus Cartas americanas (1888-1900). Y en el género poético, si entendemos por tal todo lo que es creación de la fantasía, escribió en Viena el primoroso cuento La buena fama, y dictó, ya de retorno en Madrid, Juanita la Larga, Genio y figura... y Morsamor. Iníciase el declive de su vida. No en lo moral, sino en lo deleznable y

perecedero de la hermosa fábrica humana. El espíritu de Valera no envejeció nunca. Próxima y en acecho la muerte, compuso uno de los más bellos y enjundiosos trabajos de cuantos dio a la estampa, y desde luego el último. Esta espiritual lozanía le ahorró de las negruras y del sobresalto que aparece en nuestro pensamiento cuando se acerca su término. Hay, a pesar de todo, en sus escritos de estos años, quejas y lamentaciones motivadas por desdichas de familia y quebrantos de una salud averiada y mortecina. Enhiesta su alma como un mástil, y circuida de esa suave luz otoñal con que vamos coronando las cumbres de nuestra vida, o se emplea don Juan en la breve narración novelesca o en la crítica, muy solicitada por los periódicos; cuando no desemboca en el eterno soliloquio a que propende la mente activa y vigorosa. Los achaques del cuerpo reducen el ámbito de la vida de relación. Apenas sale de casa si no es para asistir los jueves a la Academia Española. Hombre de sociedad, conversador ameno y acostumbrado a visitas y tertulias, se habría muerto de tedio de no frecuentar su morada buena pléyade de escritores, políticos y artistas. Tarde y noche celebrábanse animadas reuniones a las que solían concurrir Menéndez y Pelayo, el conde de las Navas y don Narciso Campillo, los más asiduos, juntamente con los hijos de doña Ramona Valera, don Alonso Mesía de la Cerda, marqués de Caicedo, y doña Antonia, que después heredó el título, al fallecimiento de don Alonso.

Los alifafes con que la vejez se manifiesta apenas alteran, fuera de la clausura de don Juan, sus hábitos y sus voluntarias ocupaciones. No se olvidará nunca del baño, que viene como a rejuvenecernos y alegrarnos. Ni abandonará el discreto acicalamiento de su persona. Como la mente no se resigna a enmudecer, nuestro insigne egabrense dicta cartas o artículos y narraciones novelescas a su secretario don Pedro de la Gala. Otras veces le leen en distintos idiomas o le piden parecer sobre la última producción literaria.

Se le escuchaba siempre con verdadero placer. La senectud no echó agua al vino de su ingenio, ni convirtió en desabrido manjar el fruto copioso de su pensamiento. El garabato y la picardía, entre candorosa e intencionada, jamás faltáronle como guiso y aderezo de su conversación. Sus chascarrillos y las mil entretenidas anécdotas de una vida longeva y mundana como la suya, eran la pimienta de aquellas tertulias, donde tampoco se daba de lado a graves distracciones y quehaceres. Todas las semanas se reunían una vez por lo menos para conocer tales o cuales trabajos literarios. Asistían a estas reuniones los hermanos Quintero, doña Blanca de los Ríos y su marido el señor Lampérez, Marquina, doña Emilia Pardo Bazán, Rubén Darío, don Alfonso Danvila y los hijos de don Juan, los marqueses de Villasinda. También fueron asiduos contertulios de Valera en estas postrimerías de su vida, el conde de Casa Valencia, el marqués de los Ojijares, la marquesa de Caracena y sus hijos, don Lorenzo Coullant Valera, el Padre Alarcón, el marqués del Cenete y otros que omito por no hacer esta relación interminable.

Llamado por segunda vez a la Academia de Ciencias Morales y Políticas<sup>77</sup>, versó en su discurso de recepción sobre Cánovas como pensador político y teórico. Fue éste el último acto público y solemne a que concurrió y en el que desempeñó el papel principal.

Ciego del todo, derrumbado su cuerpo en una poltrona o sillón y



somnoliento a ratos, tuvo ánimos aún para comentar, con la misma lucidez y fino sentido crítico de otros días, la inmortal novela. Fue el último abrazo de su mente a la belleza eterna. ¿Cómo reconstituir con los rasgos fisonómicos de ahora y la figura apoplética aquel varonil empaque de la juventud, el cual conservó hasta pocos años antes de morir? Encanecida la cabeza, abultados los párpados y desbordado el cuello por encima de la chalina, el instante supremo y terrible puede llegar de pronto. Así y todo, tendrá arrestos para erguir el cuerpo y mirar, sin luz en los ojos, cara a cara, a quien le interrogue. La muerte no sorprenderá ocioso al entendimiento. Entre las brumas de una somnolencia intermitente y bajo la amenaza de la congestión cerebral, todavía el espíritu egregio despide de sí el resplandor de su lumbrarada.

Murió el 18 de abril de 1905, a las doce de la noche<sup>78</sup>.

Nos falta espacio, dados los límites que nos hemos trazado, para hacer la etopeya de don Juan. Intentaremos, sin embargo, destacar los rasgos más típicos. No quisiéramos perdernos en el laberinto de su alma. Su sentido epicúreo de la vida y el natural optimismo que fluye de su espíritu, nacen a mi ver de la salud física y de la buena armonía y ponderación de sus facultades intelectuales. De aquí proviene también la tolerancia con que juzgaba las obras de los demás. «Yo soy muy hiperbólico, como buen español; pero lo soy más en el elogio que en la censura»<sup>79</sup>. «...ensalzando mucho a los que valen poco y ensalzando poco a los que valen mucho, propendo... a nivelar, a pasar sobre todos el rasero y a suprimir eminencias»<sup>80</sup>. Esta inclinación a la hipérbole y a la idolatría es arma de dos filos. Como la vena humorística es abundante, el ditirambo encubrirá muchas veces la guasa fina. Nunca hemos reído con tanta gana como cuando leíamos los comentarios de Valera a la teoría filosófica que sobre el perfeccionismo absoluto explanó, en un libro de este título, el pensador mejicano señor Ceballos Dosamantes<sup>81</sup>. Su carácter francamente optimista, con oscilaciones pasajeras entre la alegría y el dolor, quizá sea el elemento más valioso en la arquitectura de su obra literaria. Como humanista, ha bañado el espíritu en la linfa clara del arte griego. Esta parte importantísima de su bagaje cultural es la razón de sus pasos firmes y seguros en el camino estético. La fórmula del arte por el arte y su desvío de la ciencia experimental como asunto y colaborador literarios, es de origen clásico. Si tiende a disculpar los yerros ajenos es porque en su concepto de la vida y del hombre no caben las desigualdades, sino los matices. No cree en el superhombre. Pero este escepticismo es elegante y bello, sin la ponzoña de Leopardi o de Heine. Nace de su indiferencia frente a las cosas. El seminarista don Luis de Vargas sucumbe en el heroico esfuerzo de abrazar a Dios en el fondo del alma. Pepita, hábil y sagaz, más por instinto o intuición del amor que por raciocinio, conturba el espíritu de don Luis, donde la imagen de Dios ha cedido el paso a la de la viuda. Movido de una curiosidad ardiente e irresistible, Valera se asoma a todas las ventanas del pensamiento filosófico. Va de unas en otras sin sentir las ansias del mareo. No encuentra tan abominable la vida. Toma la metafísica por nobilísimo ejercicio de la mente, cuya fantasía se enseñoera de las cosas, construye teorías que son concesiones a nuestra propensión escrutadora, pero sin aprehender a la verdad, que se disipa ante nuestros ojos ávidos, como la nube al contacto del sol. Su

neutralidad ideológica le priva de criterio fijo y determinado en el orden filosófico o el religioso, pero le permite, en cambio, asomarse al Ponto proceloso de las ideas, sin sentir, como Helles, el vértigo del abismo. Con esta manera de ser aumenta su poder de asimilación, ya que el espíritu, en su independencia o albedrío respecto del pensamiento metafísico, no tiene las cortapisas que estipula, en filosofía, el particularismo. Su alma, como la rosa náutica, puede mirar a todos los vientos. No es un incrédulo empedernido, lleno de soberbia y despecho, como Nietzsche. Vacila entre la duda y la fe, y en estas fluctuaciones influye tanto la razón calculadora y fría como el sentimiento afectivo. En su juventud se deja arrastrar de la corriente racionalista imperante y disputa a Dios de fabuloso y mítico, emparejándole con las leyendas paganas<sup>82</sup>. No tiene que pactar con Mefistófeles, como Fausto, porque su desengaño con relación a la ciencia no es tan tardío, y mientras satisfacía el noble deseo de saber, menos ambicioso que el del doctor alemán, hacía concesiones a sus sentidos en torno del amor sensual y erótico.

Si no se tomase a mala parte nuestra comparación, nos serviríamos del siguiente símil: el espíritu de Valera nos parece una cámara frigorífica en donde se conservan, sin estropearse lo más mínimo, todas las ideas imaginables. De ser su espíritu ardiente y fogoso, derretiríanse las ideas cuya forjadura no aguantase el fuego vivo y perenne, como la escoria respecto del oro; mas las bien templadas haríanse eternas. Su mente razonadora y libérrima está más cerca de la serenidad de Goethe que del viril ímpetu del cantor de Zaratustra. Este eclecticismo filosófico no le dejaba ser dogmático y solemne en sus juicios.<sup>83</sup>, y andaba de una a otra parte, como el pájaro en las matas, sopesando el pro y el contra de las ideas, sin decidirse por ninguna. Parece un Don Juan de la filosofía. Todas las opiniones, todos los estudios especulativos le hacen feliz, pero con la misma momentánea felicidad que proporcionara al galante conquistador de Tirso y Zorrilla la posesión de las mujeres al azar logradas. Y como el Don Juan de Zorrilla, después de mariposear de unas en otras hasta toparse en el camino con Doña Inés, acaba por abjurar de sus errores, y creer en Dios. No obstante su liberalismo filosófico, propende más a lo aristocrático que a lo popular. Educado en el gran mundo y diplomático por añadidura, prefiere los modales finos y exquisitos a los vulgares y rudos. En el arte sienta igual doctrina. Opta por la alquitara del buen gusto que todo lo depura y quintaesencia. Tan sutil y ultrafino se muestra que de la realidad externa sólo toma pormenores que completen la acción y discurso de sus novelas. De aquí que repugnase el naturalismo. Tiende a la novela psicológica, mas desatada de vínculos materiales y objetivos. Fantasea sin perder nunca pie en las cosas tangibles. No hace más que empinarse para eludir en lo hacedero las impurezas de la vida. Su idealismo no cambia, ni aun desfigura la castiza y peculiar fisonomía de los hechos reales.

El sentido común es otra característica muy singular de Valera. La paradoja de esta denominación, pues no deja de ser arbitrario o peregrino, al menos, que se llame común el sentido menos común de todos, no rezaba con él. Lo poseía y muy abundantemente por cierto. Este sentido, que es el módulo con que la inteligencia mide el pro y el contra de las cosas,

contribuyó sin duda a la ponderación y equilibrio de sus obras literarias.

No insistimos sobre el presente punto en razón a dedicarle más holgado comentario en otro capítulo de este libro.

Sus viajes al extranjero y su estancia en las grandes capitales de Europa, diéronle aire cosmopolita y mundano. Amaba las cosas propias, sin desdeñar las ajenas, y pensó, en alto muchas veces, que la originalidad de las ideas de un país no está en cerrarle el paso a las extrañas, sino en adaptarlas a la psicología nacional. Psicólogo y analítico ahonda en el interior de las almas, descubriendo sus arcanos más íntimos. Este alarde de sus potencias anímicas está bien placentero en sus ensayos de crítica literaria y filosófica y en sus novelas. Es un observador sutil y profundo, poco aficionado a andarse por las ramas, como suele decirse, sino a penetrar el secreto de la idea. Su mente, a pesar de haberse derramado en demasía en el conocimiento y juicio de los fenómenos abstractos, llegó a la senectud sin la fatiga de Sísifo, más bien firme y pujante. La salud del cuerpo y del alma se transvasaba a sus libros donde, rarísima vez, apunta la sátira perversa y felina. Una serenidad olímpica, aprendida en la contemplación de las estatuas griegas y sacada del tuétano de sus filósofos predilectos, da valor eterno al espíritu de Valera. Más ingenioso que cordial, la llama de su intuición creadora alumbraba, pero no quemaba.

Don Juan amó con la cabeza o con los sentidos. Amor intelectual, como el que sintió por la marquesa de Bedmar, en Nápoles, o sensual y materialista, como el que le inspirara Magdalena Brohan. No supo amar con el corazón, que es el verdadero amor, porque nace de un sentimiento afectivo y desinteresado. Amor que se detiene a pensar, no es amor. La venda que lleva Eros en los ojos es la manifestación externa de una ceguera mental. El amor nace en el pecho, lo idealiza y sublima la inteligencia creadora y toma forma material a través de los sentidos. A don Juan el objeto amado no le incitaba o promovía a la contemplación, al éxtasis. De aquí que en la tremenda batalla de Pepita y don Luis, triunfe el amor a la vida, impetuosa y arrolladora como una tromba. Cuando la inteligencia interviene en sus lances amorosos es a título de elemento refinador de la voluptuosidad. Se ríe del idealismo erótico del Petrarca, y en el pellejo de Dante hubiera preferido una Beatriz de carne y hueso, complaciente y dadivosa camino del Infierno, a aquella abstracción humanada que sirve al poeta de la Divina Comedia de lazarillo para entrar en el Cielo. Tan confiado está en la fuerza de este amor, que cifra en él el poder de los cíclopes y titanes. En Pepita Jiménez tiene todo el valor de un ariete lanzado contra la vida gloriosa del espíritu. La dialéctica de don Luis perece a manos de la viuda. ¡Interesante torneo entre esta vida y la otra! Pagano como Goethe, con cierto sentido panteísta e idolátrico de la naturaleza, reconstituye a su modo el mito del amor realizado por Dafnis y Cloe.

¡Qué difícil es dar con sujetos como don Juan, tan sanos por dentro y por fuera! La cabeza de un filósofo sobre los hombros de un gañán. Rousseau fue huracán y misántropo; Voltaire, satírico y pérfido; Schopenhauer, misógino y pesimista. En el alma crecen unas facultades a expensas de otras. Donde brilla la imaginación como riquísimo joyel, falta la

inteligencia razonadora. La bondad no florece de ordinario en las gélidas regiones del raciocinio. La mente reflexiva, analítica, desmenuzadora de don Juan pocas veces se alía con el corazón. Y no es que estén cegadas del todo las fuentes del sentimiento. Mas es preciso que algún suceso inesperado y súbito irradie su luz patética sobre el espíritu para que los afectos se manifiesten vigorosos. La muerte de Carlos abre de par en par las puertas de la efusión, y las fibras cordiales, mudas hacía mucho tiempo, como el arpa de Bécquer, vibran ahora al unísono, y los ojos miopes, tras los quevedos de oro, se arrasan de lágrimas, y las palabras se hacen más blandas y suaves, no por razón de estilo, sino en virtud del sentimiento que las abrasa y derrite, como el fuego al plomo. Los hombres de mundo, salvo raras excepciones, son muy aficionados a los chistes y chascarrillos picantes. Don Antonio Alcalá Galiano, tío de nuestro don Juan, tenía fama de excelente conversador en este linaje de parlerías, y el duque de Rivas, con su propensión a los cuentos licenciosos y a las desvergüenzas<sup>84</sup>, infundía verdadero pánico a las señoras, que no comprendían cómo un poeta de tan subidos quilates hacía tales concesiones al mal gusto. Olvidaban sin duda las gentiles contertulias del duque, que las narraciones de Boccaccio y del Aretino, con ser éstos altísimos ingenios, parecían por lo picantes untadas de ajo y restregadas de guindilla. Valera también cultivó en conversaciones y libros<sup>85</sup> esta literatura menor, aderezada de las sales áticas de su ingenio y tomadas del acervo popular. Don Juan tenía de la risa un concepto muy elevado, reputándola de preciadísimo don de los dioses. Pero en su insuficiencia afectiva no discriminaba la risa mortificante y malévolá de la que fluye a la boca y a los ojos en una explosión súbita y espontánea de nuestro ser, y sin herir además ningún sentimiento respetable.

Como buen epicúreo, enamorado de la vida material, en la que los sentidos inferiores colman sus apetitos, Valera tenía sus debilidades gastronómicas, sin llegar, ni con mucho, al nivel de los Apicios y Lúculos. No padecía, por suerte, ninguna de esas afecciones del aparato digestivo que imponen ciertas cortapisas a los placeres de la mesa. De aquí su favorable disposición para toda clase de guisos, pues su eclecticismo, en esto como en todo, permitíale promiscuar sin hacer ascos ni melindres. En sus libros hay copiosos testimonios de esta filosofía conciliadora y sincrética de la cocina. Parecía que un diplomático, acostumbrado a los refinamientos de la mesa, añoraría los primores de un Nereo de Quíos o de un Algis de Roda. Nada de eso. Prefería los platos regionales, sabrosos e indigestos. Las arropías, y los pestiños, y las gachas de mosto, y el piñonate, juntamente con los morcones y embuchados, la ropa vieja y la asadura en chanfaina. De su afición a los pipiripaos al aire libre y bajo el cielo luminoso de Andalucía, tenemos muchos ejemplos en las páginas de Pepita Jiménez y Mariquita y Antonio.

Si vamos atando cabos, de todos estos pormenores de la vida de don Juan colegiremos, como conclusión, la ufanía, el placer de vivir que rezuma por todos los poros de su cuerpo y de su espíritu. Es bastante común que las personas ahítas de saber, de vuelta siempre en todas las cosas, muy corridas y mundaneras, hartas de carne como el diablo, se sientan morir de hastío por estimar que nada puede existir ya que no hayan gustado y

saboreado. Bien por imperio de la naturaleza, bien por artificio y superchería de aparentar lo que no se es en el fondo, abundan estos seres desamorados de la vida, desasidos de ella, como náufragos que cansados de luchar con el océano y desvanecida en la mente toda idea de supervivencia, abandonan la tabla de salvación. Valera, por el contrario, manifiesta siempre su satisfacción de vivir. La alegría y el optimismo, en floración perenne, surgen como hermosísimo vergel en el ancho ámbito de su obra literaria. La vida no le parece aborrecible, ni siquiera ingrata<sup>86</sup>. Piensa jubilosamente que todo está muy bien organizado y como respondiendo a una mente ordenadora que preside y dirige hasta el más leve movimiento. Quien no acierte a descubrir esta universal armonía es que tiene cerrados los ojos a la evidencia. Para él no reza la consabida frase de que este mundo es un valle de lágrimas. El dolor, la desesperación, el pesimismo derivánse de nuestro desacuerdo con la vida, de nuestra torpeza para gustarla e interpretarla. Un espíritu sano, jocundo, atarácico, viene a la vida no para disputar con ella, sino para abrazarla efusiva y cordialmente, sin recelos ni prejuicios, que son los primeros síntomas de desavenencia y divorcio. El arte de vivir consiste en nuestra absoluta compenetración con el mundo, porque lo mismo que en el amor, en la vida, nuestra cópula con ella supone la suprema exaltación de la alegría de existir. A la vida se la conquista de frente, pero no en concepto de adversarios, sino de amigos. Esta filosofía del mundo malogra todo sentimiento patético y sublime. Su avenencia con las cosas impide la manifestación del dolor como ley punitiva y suprema de la vida. La ponderación de los factores que intervienen en sus obras literarias es propio del arte bello, mas no de la sublimidad, que nace precisamente del desorden y de la desproporción. Su panfilismo rehusó de la vida lo que hay en ella de pavoroso y trágico. De aquí que las novelas de don Juan, transpirando salud y alegría, hayan sido comparadas con una colección de hermosas estatuas griegas<sup>87</sup>. Los encontronazos del artista con la realidad son los elementos generadores de lo sublime, pero nuestro don Juan esquiva el golpe, sortea hábilmente las aristas de los hechos, aprovecha un resquicio cualquiera para escapar por él, y su espíritu indemne, como una lámpara de luz suave y acariciadora, circunda o baña de claridad las cosas, sin que éstas nos cieguen ni deslumbren. No es el torrente que se desborda y ruge, sino el agua mansa que discurre, si acaso, entre meandros y recodos, pero sin hervir ni despeñarse.

¿De dónde proviene este natural optimista, esta conformidad con las cosas? Excepto lo que había de ingénito, de nativo en este modo de ser de nuestro don Juan, su optimismo tuvo como puntal más firme la propia y favorable fortuna de que, con ligeras y distanciadas interrupciones, se vio asistido. Laméntase Valera, sobre todo en sus primeros tanteos literarios y políticos, de su suerte adversa; mas en rigor de verdad y sin olvidarnos de que estas quejas tienen un valor efímero y esporádico, don Juan nació de pies, como afirma Cejador<sup>88</sup>, y no le faltó nunca su buena estrella. El horóscopo de Valera se habría reducido a poner delante de los ojos del insigne egabrense un horizonte color de rosa. Comparemos la vida de don Juan con la de Bécquer, con la de Leopardi, con la de Schopenhauer. Ni se vio prisionero de la vulgaridad y del asco en torno, como el glorioso autor de las Rimas, ni fue enclenque y revejido, como el desesperado

Leopardi, ni tuvo una madre despreocupada y hasta cruel, como el gran pesimista de la filosofía. Cumplíase en él la juiciosa fórmula de Juvenal de un alma sana en cuerpo sano; vivía rodeado de personas de mucho valimiento y de amigos y admiradores que le festejaban y aplaudían, y no fue nunca alanceado por un destino esquivo.

Mucho se ha disputado sobre la influencia del llamado medio social, del clima y del paisaje en la obra de arte. Nuestro don Juan no desmiente que procede de un país alegre y luminoso, cuyo firmamento tiene fulgores que deslumbran y ciegan. La naturaleza no puede ser tampoco ni más hermosa ni más variada. Desde la cumbre eternamente blanca del Mulhacén empinado sobre la ancha base de la sierra más alta de la Península, hasta el Estrecho, ¡qué gradación de matices! Por algo los griegos que pusieron los pies por vez primera en la Península, llamaronla Sicania, que vale tanto como «país rico y feliz».

A nuestro juicio, combinados estos elementos naturales en el espíritu de Valera, predispuesto a recibirlos merced al complemento de un cuerpo sano y vigoroso, influyeron convenientemente en la elaboración de su obra poética, e incluso en el equilibrio y serenidad de sus opiniones de pensador y de crítico. Pero si algún escéptico comentarista dudase de este ascendiente, de lo que no cabe dudar, porque sería negar la evidencia de hechos reales y objetivos, es del empleo de todo este material pictórico en las obras de imaginación. Pudo Valera colocar los asuntos de sus novelas en otros escenarios que, por lo que respecta a primores y hechizos naturales, en nada tienen que envidiar a los que sirvieron de marco condigno a sus narraciones. Sin embargo, prefirió valerse de cuantas bellezas en el orden físico nos ofrece exuberantemente su país natal, ya que posponerlas habría sido traicionar sentimientos de noble y sincero patriotismo. Y este ilustre escritor, que estuvo tan poco sumiso a los dictados de la literatura regional y que hasta extrañó la mentada denominación<sup>89</sup>, fue en cierto modo un precursor del regionalismo literario, ya que dio acomodo en sus novelas a tipos y cosas bien impregnados del aroma característico, genuino, de su tierra nativa. Junto al elemento autobiográfico, discretamente disimulado bajo la ficción novelesca, prodíganse personajes cuya identificación verdadera no sería difícil<sup>90</sup> y rincones y villas donde pasaron las horas ensoñadas, emotivas de una edad copiosa en travesuras y audacias<sup>91</sup>.

¡Con qué cara ilusión vuelve los ojos a Cabra y Doña Mencía! Rebotado su espíritu de la vida hipócrita y malhadada de las grandes urbes, se mece y acuna en la tersa e idílica paz de los pueblos, al amor hogareño de antiguas amistades y como recostado en esta inercia ideal. De la comunión de su alma ferviente y prolífica con las cosas que la rodean, nacen sus obras de inventiva, en cuyas páginas, tamizadas de luz cenital y perfumadas de salvia, tomillo y mastranto, se miran como en hechizado espejo las huertas de Cabra, bajo cuyos toldos de árboles frutales discurren acequias y arroyuelos rumorosos que llevan en la plácida corriente pétalos de rosas y que dan frescura a las violetas y madreselvas nacidas en las márgenes; y la alegría del cielo que parece como un resplandor de la naturaleza; y típicos lugares de Doña Mencía; y la agreste y brava Sierra Elvira, avizorada desde el camino de la Alhambra y el Generalife; y el Darro, aurífero como el Pactolo y mísero como el

Rubicón; y tantos otros parajes de la templada y risueña Andalucía. ¡Qué mejor escenario que éste, tan lleno de luz, ungido de la gracia de Dios, alegre y jocundo como unas castañuelas y sano en sus tradiciones y costumbres, para que por él discurran unas vidas sosegadas, apacibles, bellas, sin complicadas psicologías ni patético dinamismo? Si no hubiera en la extensa obra de nuestro don Juan incontables antecedentes de su amor a España, tan mortificada siempre con la tendencia exótica de innovadores y modernizantes, bastaría esta predilección por el terruño para que afirmásemos cuán honda y recia era la raíz de su españolismo.

En todas las cosas hay una razón de ser que les da un valor específico. La prosa elegante, castiza y verdaderamente ejemplar de nuestro autor, tiene su causa eficiente en el aristocrático espíritu de Valera. La elegancia espiritual de don Juan se traduce al exterior en incontables pormenores de orden físico y moral. En el indumento de Valera no hay un solo detalle de mal gusto. Viste con distinción y pulcritud. Sin preocuparse exageradamente de la ropa, como esos petimetres y currutacos que intentan disimular su vulgaridad bajo el último y más extremado figurín de la moda, todo su varonil atavío denota buen tono y ese no sé qué que los franceses llaman chic. Cuando su situación económica se lo permite acude a los mejores sastres. El aseo de su persona y los detalles de la vestimenta son notorios incluso en la intimidad. En las actitudes y ademanes no falta nunca el sello de hombre de calidad y buen ver, educado en la misma escuela del duque de Rivas y de don Antonio Alcalá Galiano, que tanto influyeron, por otra parte, en su formación cultural. La íntima elegancia de Valera, manifestada en multitud de pormenores, es también causa eficiente de su prosa, en donde, si hay mucho esmero y hermosura, no se advierte por ningún lado el artificio ni la fatiga de una premiosa elaboración, ya que el lenguaje fluye con natural gallardía y donaire, troquelado en los mejores moldes, y que para hallarle parigual acaso sea preciso remontarse a la altura de los místicos. Su arraigada creencia de que el arte es forma, le estimula a cuidar el estilo, en el que espejea la gracia y el garabato, que en nada tienen que envidiar las sales del más fértil y rico ingenio. En el lenguaje no hay una nota de mal gusto. Ni chabacanería, ni obscuridad. Las imágenes, tropos y comparaciones están exentos de toda exageración y extravagancia. La mente razonadora y alerta contra cualquiera descarrío expurga y depura la forma que adoptan las ideas al exteriorizarse por medio de la palabra.

Es frecuente en los escritores que, por medio de personificaciones odiosas y repugnantes, se venguen de los agravios recibidos, de las antipatías de las cosas y hasta de las ideas contrarias a las que ellos profesan. Galdós traía sistemáticamente a sus novelas a clérigos hipócritas, sucios e ignorantes. Voltaire se burló en *La Doncella del sentimiento religioso del pueblo francés*, y Aristófanes, en *Las Nubes*, de Sócrates y de su escuela. Como don Juan reproduce en sus obras de imaginación la parte más apacible y bella de la vida, y de su conformidad filosófica con las cosas nace la tolerancia y benignidad de sus juicios, nadie podrá atribuirle el prurito de dirimir en sus novelas enconos personales respecto de estos o aquellos hechos e ideas. No diré yo que de ninguna de sus obras pueda obtenerse una moraleja. Los novelistas menos docentes llegan a alguna conclusión moral. Pero no está el arte supeditado a la idea, convirtiendo su albedrío en

servilismo y su belleza en utilidad.

Como cifra y resumen de cuanto va escrito no estará de más que hagamos estas afirmaciones. En filosofía, Valera se acogió al elegante y cómodo eclecticismo; en religión, fue incrédulo en la primera fase de su vida, indiferente en la plenitud y poseído en las postrimerías de una fe más consoladora y reconfortante que honda y fundamental. A la bella literatura arribó con su fórmula del Arte por el arte. En la crítica pecó de indulgente y benévolo, substituyendo la hiel de la sátira por una ironía de guante blanco. Como hombre de mundo fue excelente conversador, muy festejado por las damas, que es el mejor elogio que cabe hacer de su ingenio cortesano y de su cautivadora simpatía. Y en política, liberal y acomodaticio, como tantos otros, cuya tolerante ideología permitioles, sin rubor ni personal menoscabo, emigrar de unos partidos a otros<sup>92</sup>.

## Capítulo II El humanista

### I. «Dafnis y Cloe»<sup>93</sup>

La crítica moderna da a la palabra humanidades un sentido más amplio del que tuviera en sus orígenes. La razón de esto procede de la evolución y pluralidad de la cultura. Antiguamente el humanista era un artista literario dedicado al estudio de las letras clásicas. A medida que los pueblos han formado una cultura propia, el humanista ha ido perdiendo la restringida significación de sus albores. De este concepto o noción de las humanidades se desprende el siguiente corolario: que el humanismo de don Juan Valera es más complejo y extenso que el de Petrarca, Leonardo Bruni, Boccaccio, Teodoro Gaza y otros poetas y eruditos del Renacimiento, ya que comprende otras culturas aparecidas más tarde. ¿ Son estas humanidades las mismas de que nos habla la Historia? A mi entender, no. El humanismo está informado por el estudio exclusivo de la literatura clásica y tiene su antecedente en las Humaniores Litterae de los romanos. Extender el humanismo al estudio de las lenguas vivas es darle un sentido demasiado elástico. Este camino nos llevaría a la conclusión de que Taine, Sainte-Beuve, Brandes y otros críticos modernos eran humanistas como estudiosos investigadores y eruditos de la cultura europea. La condición de humanista pertenece a los siglos XIV, XV y XVI, que son el retorno al helenismo y al latinismo, como verdaderas civilizaciones progenitoras, y el desprecio de las lenguas vivas.

Entendido así el humanismo, el de don Juan Valera consistirá en haber traducido a la lengua de Cervantes las Pastorales, de Longo, o de quien fuesen, y en haber escrito un diálogo de filosofía erótica bajo el título



de Asclepigenia, sin perjuicio, claro es, de que los estudios clásicos y las frecuentes lecturas de los mejores textos griegos y latinos a que se dedicara el autor de *Pasarse de listo*, hayan influido de manera muy visible en el resto de sus concepciones.

Las Pastorales tienen por escenario una linda heredad situada a doscientos estadios de Mitilene, en el territorio de Lesbos. Un cabrero llamado Lamón encuentra a un niño que era amamantado por una cabra. (El mismo caso de Júpiter y la cabra Amaltea, del monte Ida, por no citar otros muchos parecidos de las leyendas mitológicas, con la sola diferencia de que el dios del Olimpo tenía una madre tierna y amantísima, Rea, y a dáctilos ideos encargados de su instrucción, y el futuro Dafnis carecía de tan buenos maestros y del afecto maternal.) Dos años después de este curioso hallazgo, otro pastor, Dryas de nombre, descubre en una gruta consagrada a las Ninfas a una niña, criada también por una oveja que del ható habíale desaparecido a aquél. Impúsosele al niño el nombre de Dafnis y a la niña el de Cloe; crecieron ambos en medio de Natura, pródiga y exuberante, amenizada por «el susurro de las abejas y el gorjeo de pajarillos», y de la mutua contemplación de sus cuerpos hermosos nació aquel afecto que, más tarde, y merced a las lecciones de Lycemia, había de llegar a su plenitud.

Esta es en síntesis la fábula o mito de Dafnis y Cloe. Pero con ser mucho el encanto de estas Pastorales, de cuya irresistible atracción es buen testimonio la numerosa prole de sus imitadores (Goethe, Longfellow, Saint-Pierre, Campoamor, Núñez de Arce y Pérez de Ayala, que yo recuerde), el mérito que conviene hacer resaltar aquí es el de don Juan, a quien bastaría esta traducción del griego para acreditarse de prosista elegante y pulcro. En este sentido, la novelita de Longo es de un valor inestimable.

Sabido es que de todas las lenguas romances o neolatinas, la que más se acerca a la riqueza y abundancia del vocabulario griego, musicalidad y variedad de sonidos, de formas gramaticales y de recursos sintácticos, es la que Juan de Valdés, Cervantes y ambos Luises elevaron al más alto grado de perfección. De aquí que la primorosa versión de Valera, cuyo arte en manejar nuestra habla, pese al rigor censorino del Padre Sbarbi, es bien notorio, puede parangonarse sin desdoro ni detrimento con las demás traducciones que de la novelita griega se hicieron, incluso con las de Amyot y Courier, de las más exactas y felices.

Dicho esto y dado que al referirnos a una traducción, lo que parece lógico poner de resalte es la fidelidad del intérprete y el arte del prosista, debiéramos pasar al segundo ejemplo humanístico de don Juan, esto es, a Asclepigenia. Pero como quiera que en el orden estético también cabe exigir cuentas al traductor, ya que en la elección de obra interviene mucho su gusto, añadamos algunas palabras en lo atinente a este punto.

Dafnis y Cloe es una novela de autor desconocido. Mientras no se resuelva si Longo, a quien se atribuyen Las Pastorales, es autor o mero copista, será preferible achacarlas a la musa anónima. La crítica sabia, aunque con ciertas reservas, coloca Las Pastorales en la época llamada de decadencia griega. ¿Debe dudarse por esta circunstancia del valor artístico de Dafnis y Cloe? ¿Puede producirse en época de decadencia una joya literaria? Si el dictado de «época de decadencia» surge de la comparación de un determinado

ciclo literario con el siglo de oro de las mismas letras, bien puesto está dicho dictado. Efectivamente, nuestro siglo XVIII, en términos generales, es inferior a las dos anteriores centurias. Como nuestra poesía del siglo XIX lo es respecto de la del Siglo de Oro. Pero esto no quiere decir que en las épocas llamadas de decadencia no haya valores aislados o minorías que no desmerezcan respecto de tales o cuales períodos de apogeo y magnificencia. Desde este punto de vista, no hay por lo general época de decadencia que no admita ciertas salvedades. El siglo XVIII, antes citado, tiene a Feijoo, a Forner, a Jovellanos, a Meléndez Valdés, y en sus postrimerías a Moratín, hijo, escritores cuyos méritos no es fácil negar. Lo mismo podría decirse de la época de decadencia griega, que empieza en los promedios del siglo IV, antes de Jesucristo, y se extiende hasta el IV de la Era cristiana. Ha pasado el esplendor del siglo de Pericles, que es, como se sabe, el siglo de la elocuencia, de la filosofía, del arte dramático, de la estatuaria. A la época fecunda de las concepciones geniales sigue otra menos creadora y más analítica y expositiva. Es el fenómeno que se da en todas las literaturas. Es nuestro Siglo de Oro y nuestro siglo XVIII, llamado de las Poéticas; es la época de Luis XIV y la de los enciclopedistas. Concretándonos al período alejandrino, a la época post-clásica griega, que es cuando aparece, según se cree, Dafnis y Cloe, no es posible disputarle la gloria al gran satírico Luciano de Samosata, tan imitado por nuestros escritores del Siglo de Oro; cuya influencia en Los Sueños, de Quevedo, y en El diablo Cojuelo, de Vélez de Guevara, por no citar otras muchas obras, hay que dar por cierta y descontada; ni a Plutarco, el magistral pintor de retratos literarios; ni a Plotino, a quien, como es sabido, se debe la restauración de la filosofía platónica, ni a los grandes poetas líricos, padres de la égloga y del idilio, Teócrito y Mosco, de Siracusa, y Bión, de Esmirna. Sean o no sean vigorosas individualidades en medio de la vulgaridad de otros escritores, filósofos y poetas menos gloriosos, nadie podrá aplicarles el rasero de la decadencia. Queda, pues, probado que en el período de tiempo en que se supone que vio la luz por primera vez Dafnis y Cloe, a pesar del nombre con que se designa dicho período, se produjeron algunas joyas literarias y hubo especulaciones filosóficas, como las de la llamada escuela de Alejandría, cuya doctrina neoplatónica tanto había de influir, precisamente, en don Juan Valera.

Admitida la idoneidad, la aptitud de la época para producir obras de mérito, ¿es Dafnis y Cloe una de ellas? Contestar afirmativamente y sin reservas a esta pregunta sería algo aventurado. El mérito de esta novela consiste en el sentimiento de la naturaleza de que están impregnadas sus páginas, si bien no sea tan sencillo, tan fuera de todo artificio, como el que se respiraba en los primitivos poetas. Es pues un idilio convencional, fruto del estudio y de la imitación -seguramente tuvo por modelo a los bucólicos antes citados: Teócrito, Mosco y Bión- más que de la espontaneidad. Así y todo no puede negarse el atractivo de estas páginas eróticas, de esta fábula tejida en torno del amor sensual. La sencillez y el candor con que está escrita, la naturalidad con que se manifiestan los instintos de la carne, y la rústica poesía que como una túnica vaporosa, transparente y alada envuelve a los amantes, ponen a esta novela por cima de otras del mismo género y de la misma época acaso, como la ternísima

historia de amor que nos dejara escrita el obispo Heliodoro, y la Eubea, lindo idilio de caza, de Dión Crisóstomo.

¿Hizo bien don Juan al suprimir algunas escenas del libro IV, según nos advierte en sus notas a Dafnis y Cloe?<sup>94</sup>. Si el propósito de Valera hubiese sido hacer una edición erudita, con destino a escogido y selecto grupo de lectores, contestaríamos a la pregunta en forma negativa. Escenas y lances monstruosos abundan en el Satyricón, de Petronio, en el Asno, de Luciano o de Lucio de Patras, y en los Epigramas, de Marcial, sin que los traductores los hayan suprimido en la versión. Pero don Juan tradujo las Pastorales sin pensar en otro público que el corriente, cuyos legítimos escrúpulos y falta de cultura e imaginación para colocarse en la época de Dafnis y Cloe sería un serio obstáculo opuesto al éxito de la novela: anhelo y fin únicos del ilustre traductor.

## II. «Asclepigenia»<sup>95</sup>

De más breves dimensiones y forma dramática es el capricho de filosofía erótica que lleva el título de Asclepigenia. Hija ésta del filósofo Plutarco, está unida con vínculo de espiritual afecto al filósofo Proclo, a quien inicia «en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia». Para salvar de toda impureza material el amor que ambos se profesan, deciden separarse. Pero una vez que Venus Urania revela a Proclo que ha desaparecido el peligro, parte el filósofo neoplatónico en busca de Asclepigenia. Y, ¡oh desventura!, la hija de Plutarco no le había sido fiel, ya que sin pretexto de filosofía frecuentó el trato del mancebo Eumorfo y vendió su belleza al rico Crematurgo. Cuando los tres rivales piden explicaciones de su conducta a la hermosa Asclepigenia, ésta se vale de una linda parábola para justificarse. De aquí resulta que Asclepigenia es un rosal; Crematurgo, el mantillo que necesita el rosal para su lozanía; Eumorfo, la mariposa que libó el jugo de la rosa, y Proclo, «la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella».

Proclo, discípulo de Plotino, había pretendido elevarse por cima de la naturaleza, de la inteligencia y de la causa, hasta alcanzar la unión con lo que el autor llama «el principio indefinible del ser». Pero todo fue ilusión de un vanidosillo espíritu filosófico que, percatado de su fracaso a la luz resplandeciente de la belleza material (Asclepigenia), cae desde la altura inasequible del Unum neoplatónico, donde se contiene la esencia divina y la realidad cósmica, en medio de la impureza y del sensualismo. Trócase, pues, la doctrina de Plotino en la de Epicuro.

Proclo es, en cierto modo, un precursor del doctor Fausto, tal como surgió de las manos de Goethe. Filósofo el uno, hombre de ciencia el otro, sienten la desilusión y el fracaso de sus vidas, consagradas, respectivamente, a las especulaciones metafísicas y a las redomas y alambiques de medieval laboratorio. Si el héroe de Goethe cuenta con el

auxilio del diablo, Proclo, en virtud de la teurgia, no menos maravillosa que las habilidades de Mefistófeles, puede traer al mundo real, entre luces de bengala y exclamaciones de asombro de los presentes, a las deidades énicas y hacer todavía algo más inverosímil, si cabe lo inverosímil dentro de la teurgia: convertir la hermosura, la juventud y la riqueza en dones perennes y eternos, sin tener que dar a cambio el alma, como hizo el legendario doctor alemán.

Diremos para concluir, que este diálogo de filosofía erótica lleva entreverada la gracia satírica de Luciano.

El humanismo de Valera tiene dos uno corpóreo, objetivo y concreto, el que acabamos de ver; otro difuso y sutil, menos perceptible al vulgo, como una urdimbre o tejido de principios estéticos y filosóficos tomados de la cultura clásica. De este último hallaremos numerosos ejemplos a lo largo de su obra literaria. El mismo nos dice en el prólogo de *Las Pastorales*, que al escribir su novela titulada *Pepita Jiménez* tuvo presente el idilio de *Dafnis y Cloe*.

Aquella diligencia que pusiera en el estudio de los clásicos griegos e italianos durante los dos años transcurridos en Nápoles como agregado ad honorem a la Legación española, y la preferencia dedicada en lo sucesivo a las letras helénicas, no han sido estériles, ni mucho menos. Bastará leer sus poesías para que nos convenzamos de esta influencia, que si de una parte fue saludable y provechosa, sobre todo en cuanto atañe a la crítica, en la cual, aun cuando se aplicara a insignificantes y pueriles ensayos de literatos neófitos siempre se aprendía algo substancioso y fecundo, de otra ahogó lo que hubiera de nativo y espontáneo en las facultades poéticas de don Juan, contribuyendo en grado sumo a la falta de efusión cordial de sus versos y a la condición un tanto plástica de sus novelas, labradas, como ya se ha dicho, en mármol de Paros.

## I. Ni volteriano, ni romántico

Refieren los biógrafos de don Juan que era éste, en sus mocedades, volteriano y romántico, mas es lo cierto que si presumió de tales cosas, por poco tiempo fue. El escepticismo de Valera es dulce y amable. Enemigo de las negaciones rotundas, no podía compartir las salidas de tono y el ateísmo del autor de *La Doncella*. Una esmerada educación clásica, que ya en la juventud de don Juan prometía esa sazón lograda más tarde, y una tolerancia nativa, pocas veces negada en el decurso de su labor literaria, le tenían tan distante de Voltaire como de Víctor Hugo. Para dar, pues, con el romanticismo del uno y el espíritu diabólico del otro, habrá que remontarse a una edad en la que es prematuro todo encasillamiento. En el mismo instante en que los ensayos poéticos de don Juan merecen los honores del comentario, tenemos dibujada perfectamente su figura, de perfil y contorno clásicos. Los resplandores de la época romántica no deslumbraron

a nuestro poeta, ni influyeron lo más mínimo en sus versos. La poesía de Espronceda, de Zorrilla, del duque de Rivas, es cordial, efusiva, arrebatada: lenguaje del entusiasmo y de la pasión. Nada hay en ella de cerebral y erudito, porque como es sabido, nuestros románticos abominaban de la cultura por considerarla perjudicial a la inspiración, al estro poético.

... ..  
¡mis estudios dejé a los quince años,  
y me entregué del mundo a los engaños!,

decía el autor del Canto a Teresa. (Bien podríamos señalar como antecedente de estos versos, aquellos otros de Lope de Vega, que por algo fue Lope un precursor del romanticismo, que dicen así:

Que cuando no estaban llenos  
de tantos libros ajenos  
como van dejando atrás,  
sabían los hombres más  
porque estudiaban en menos.

La distancia enorme que separa a Espronceda de Goethe, e incluso de lord Byron, no depende de la inspiración, ni de las facultades nativas de poeta, sino de la falta de estudios del primero y de la ciencia y arte de los autores de Fausto y Don Juan. Y aunque al siglo XIX le viene muy holgada la poesía épica, de no haber carecido de una buena preparación científica y literaria, otra cosa habría sido de El Diablo Mundo. El amor a la reflexión y al estudio, al orden y a la simetría; el contacto diario con los buenos modelos de la literatura, sepultaron para siempre aquellas débiles inclinaciones románticas de don Juan, nacidas sin duda de su trato superficial con los autores de La canción del pirata y La protección de un sastre. De otro lado faltábale calor y entusiasmo, fantasía y sentimiento, para enrolarse en las filas románticas. Los versos de don Juan son algo así como el compendio lírico de sus ideas filosóficas y estéticas. De esta afición a vestir, con el lenguaje de la rima, el fruto copiosísimo de su saber, deducía Menéndez y Pelayo el desvío con que los versos de don Juan eran recibidos por «la masa del público», hecha excepción de escritores como Cánovas del Castillo y don Aureliano Fernández Guerra, que prestaron a tales novedades líricas la debida atención.

Herido don Juan en su orgullo de poeta, recoge la tirada entera de sus Ensayos poéticos, que en Granada y con un prólogo de don José Jiménez

Serrano, habían visto la luz pública por primera vez en 1844, y que, según nos cuenta uno de sus biógrafos, fueron a parar a la casa que en Doña Mencía tenía el autor.

Pero es achaque del genio encariñarse con aquello que está más fuera de sus posibilidades. Recordemos si no a Cervantes, cultivando con tan poco tino y fortuna el arte de Talía, y a Lope, la novela con igual éxito. Así vuelve don Juan a la liza por los laureles que se le negaron en su primera salida, sin que, por desgracia, le sea menos adverso el fallo del público al volumen de poesías que, prologado por el tío del autor, don Antonio Alcalá Galiano, vino al mundo en 1858.

Valera habría necesitado un público en el que entraran por igual la comprensión y la benevolencia. Y un público así no es fácil improvisarlo. De otra parte, aún sonaban en los oídos de la gente las viriles estrofas del autor de Granada, cuyo fresco e inmarchitable numen sobrevivió a la escuela romántica. Campoamor y Tassara no habían hecho más que desenfundar la flamante lira, de fuertes tonos realistas, con pujos filosóficos y sociales. Todo lo cual contribuía a que pasasen inadvertidos para el pueblo, que al fin y al cabo es el que otorga o niega la gloria, los versos fríos y académicos del futuro autor de Pepita Jiménez.

## II. El vaso ático

La curiosidad impenitente de Valera, algo así como la voracidad de Gargantúa aplicada a la letra de molde -ya decía don Juan en sus cartas que no hay «cosa que más le divierta y entretenga que la lectura; ni mayor deseo después del de tener dinero que el saber»-, hízole espigar en todos los campos de las ideas y postrarse de hinojos ante la Belleza, con la misma exaltada devoción del idólatra frente al objeto de su fervor arrebatado. De aquí que sus poesías sirvan de lindo engarce a sus pensamientos filosóficos, troquelados unas veces en el crisol platónico -pues Valera siguió siempre con manifiesta incondicionalidad al autor de La República, así como a Plotino, restaurador de la filosofía de Platón en la escuela de Alejandría-, y destilados otras del alambique del misticismo, cuando no desempeñan el papel de introductoras de una musa desconocida para España, como ocurre con las traducciones y paráfrasis de Russell Lowell o Whittier, o propugnan, con la cordial admiración del traductor, las glorias de Goethe, Luis Ulhand y Thomas Moore. Este cometido, tan alto y nobilísimo de los versos de don Juan -bastante descaminado de los fines peculiares de la poesía-, va en menoscabo del sentimiento y de la pasión que, de ordinario, pulsán las cuerdas de la lira. El arte, cuanto más nos toca en el corazón, más sublime nos parece. Y las poesías de Valera, irreprochables en la forma y de un sentido eminentemente filosófico, ni entusiasman, ni arrebatan, como cualquier estrofa de Espronceda o Núñez de Arce. Más bien parece cada una de ellas un vaso ático, donde una musa, nacida de la cabeza de Minerva, escanciase el néctar de la sabiduría.

Aun aquellos versos en los que el corazón del poeta rinde homenaje a la amada, como los que llevan por título A Lucía, inspirados según parece por la marquesa de Bedmar, encierran, cual precioso estuche o joyero, las ideas platónicas del autor en torno del amor y de la hermosura. Ya lo notó con su acostumbrada perspicacia Menéndez y Pelayo al comentar, a ruegos de Valera, las poesías que éste reimprimió con el título de Canciones, Romances y Poemas<sup>96</sup>.

Esta poesía sabia y reflexiva, que nada tuvo que ver con la romántica, desaparecida a la sazón; ni con la realista, de tendencia filosófica y social, en su plenitud entonces, ofrece indudable originalidad; y aunque el autor de la Literatura española en el siglo XIX, por exigencias de brevedad más que por razón de parentesco o analogía, incluya a Valera entre los poetas neoclásicos, es lo cierto que sus versos forman aparte, como flores vivificadas por distinta savia que la de los demás.

Característica que, como veremos a su debido tiempo, se extiende a sus novelas psicológicas, sin antecedentes en nuestras letras, de no retrotraernos al siglo XV, en el cual ensayaron el mismo género, mezclado con otros elementos literarios, Rodríguez de la Cámara y Diego de San Pedro.

### III. «Fuego divino» y «Las aventuras de Cide-Yahye»

Descartadas aquellas poesías eróticas que por la edad en que fueron compuestas descubren a las claras la ingenua inspiración que las dictó, y muchas otras de mérito indudable -como la Fábula de Euforión, la silva A Glafira de dominó negro y Sueños-, pero cuyo comentario no cabe en los límites de este trabajo, réstanos decir algo, aunque muy someramente, de las dos poesías que a mi entender -una por la nitidez y sobriedad de la forma, y otra por el originalísimo pensamiento que encierra- merecen principal mención. Me refiero a las tituladas Fuego divino y Las aventuras de Cide-Yahye.

La primera no puede ocultar su parentesco, en cuanto respecta a la forma métrica y a la sobriedad horaciana de sus ornatos, con aquellas poesías de Fray Luis de León, como La noche serena, A Francisco Salinas y Morada del cielo, donde el ilustre agustino vuelca los fervores místicos de su alma. Pero la afinidad es meramente exterior. Como veremos después, a Valera le faltó siempre ternura de corazón y beatitud de espíritu, sin las cuales no se puede pulsar el arpa sublime y dulcísima del Doctor extático. El misticismo de Valera es contrahecho y deforme, como corresponde a un neoplatónico. El alma de los místicos, inflamada por el amor de Dios, desasida de cuanto la rodea, vuelta hacia dentro, si así puede decirse, para concentrarse más en el amor divino, departe en suavísimo coloquio con quien le inspira. Por el contrario, el alma de Valera ha cruzado las gélidas regiones del análisis; busca a Dios con el entendimiento, como cualquier pensador de su siglo que, bogando en los mares de la duda, intenta llegar a puerto de salvación sin más brújula que la del

raciocinio.

Las aventuras de Cide-Yahye pertenecen al género épico. Se trata de un intento frustrado de epopeya. Frustrado porque quedó sin concluir ésta y porque, aun realizada, en todas sus partes, habríale faltado aquel requisito -que el poeta cante una civilización-, sin el cual no puede darse la epopeya según los preceptistas. Por eso, a nuestro entender, en toda la literatura no hay más que tres verdaderas epopeyas: La Iliada, que canta el ideal clásico; El Ramáyana, la civilización oriental, y La Divina Comedia, última en el tiempo, pero no en mérito, por medio de la cual el vate florentino ensalza y sublima la civilización cristiana.

Era también de este parecer don Juan, según puede verse en algunos de sus trabajos de crítica. De aquí que atribuya la razón, en contrario, de su intento épico, a haberse originado éste en la mocedad de nuestro autor.

Fúndase el poema de Cide-Yahye en un cuento de Boccaccio: frívolo, cómico y deshonesto. Don Juan convierte esta materia picaresca del autor del Corbacho en tema trascendental y patético, con sus ribetes y trazas de buen humor; manifestado éste por virtud de ciertas digresiones, como las de lord Byron en su Don Juan o como las de Ariosto, en su Orlando. El pensamiento, vestido de forma rítmica por nuestro poeta, es el siguiente: Un rey moro que habitaba en la agreste Alpujarra y que, en medio de las comodidades de muelle y regalada vida, sintió que el alma se le sumía en doloroso hastío, se enamora, para liberarse de éste, de la beldad ideal que su propia alma ha concebido. Las hadas, con su poder mirífico, dan forma sensible a dicha belleza. Pero Cide-Yahye se enamora de Fátena, es decir,

De la beldad angélica, nacida  
del impulso de su alma enardecida,

con torpe amor de los sentidos, en vez de gozar de aquel amor suprasensible, si bien revestido de corpórea forma para hacerle más real y verdadero, como gozó Dante del amor de Beatriz, o como Petrarca del de Laura. Después de innumerables peripecias, incluso de la muerte de los héroes, que caen abrazados al fondo del mar, el poema habría concluido con la ascensión victoriosa de las almas de Fátena y de Cide-Yahye hacia aquella región ultraideal donde toda belleza, todo bien y toda verdad tienen su asiento.

El presente asunto, más metafísico que poético, sorprende por su originalidad, pero adolece del mismo defecto que las abstracciones antipoéticas de Voltaire, más propias de un tratado de filosofía que de un poema.

Diose en don Juan, hasta cierto punto, el milagro de Moisés, de hacer brotar el agua de la dura roca. Suple nuestro autor la ausencia de verdaderos dones poéticos, como el entusiasmo, la pasión, el sentimiento, con una fantasía nada vulgar; pero que en vez de enlazarse, en indisoluble maridaje, con el corazón, propendía a aislarse en las árticas regiones del



intelecto. ¿Qué lírico desorden, ni qué subjetivos desahogos habían de venirnos de un poeta en el cual la inteligencia predominaba sobre el sentimiento? ¿Qué sonoro y vibrante clangor había de lanzar a los cuatro puntos cardinales la trompa épica en manos de don Juan? Y, sin embargo, la crítica de Valera, que por tocar todos los temas imaginables, trajo a examen lo mismo las novelas que los versos de nuestro autor, ¡con cuánta indulgencia, con qué incondicionalidad juzgó estos! Valera hubiese preferido ser ante todo poeta. Le molesta la excesiva severidad de su tío don Antonio Alcalá Galiano, al considerarle bajo este aspecto. Le duele el desvío con que el gran público, acaparado por otros poetas, recibe sus poesías. Le hiere en lo más íntimo de su alma el desamor de la crítica respecto de este lado de su fisonomía literaria. Mas pese a todos los pesares, ni el gran público, con su desvío, cometió un crimen de lesa poesía, ni la crítica, con su desafecto, olvidó aquellos principios de equidad en que habrá de inspirarse siempre para acrecentar su autoridad y prestigio.

La vida longeva de don Juan abarcó todo el tiempo que va de los albores del romanticismo, pasando por la escuela realista de la segunda mitad del siglo XIX, a los prolegómenos del modernismo, que para hacerlos arrancar de fecha determinada, los fijaremos en 1888, con la aparición del libro intitulado Azul, de Rubén Darío. Pero don Juan, a pesar de haber conocido estas tres modalidades literarias, estuvo siempre a distancia de cuantos excesos se cometieron a nombre de ellas.

El temperamento frío y reflexivo de nuestro autor, su cultura clásica, que le dio cánones al gusto para que no se extraviara, le apartaron de aquel lirismo, melancólico unas veces y sombrío otras, de los poetas de 1830 a 1850. Período en que se confunden los acentos más sublimes, más patéticos del alma, con lágrimas, suspiros y lamentaciones inmotivados y sensibleros que entran en el dominio de lo ridículo. Por algo se ha dicho que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Aquellos sepulcros profanados, aquellos fantasmas de ultratumba, aquel dialogar con los muertos, amén de otras lindezas de esta laya, como raptos, crímenes, sacrilegios y envenenamientos en absurdo revoltijo, repugnaban a don Juan, más enamorado de la simetría y del ritmo que del desorden; de la alegría sana, jugosa y exuberante que movió la pluma de nuestros clásicos, que del pesimista descreimiento del autor de El Diablo Mundo. El fino sentido estético de Valera le salva de igual modo de la hedentina del naturalismo. Le gusta la realidad; mas con su cuenta y razón. Una realidad limpia, aljofarada de ideales irisaciones. Entendía Valera que la imitación de la naturaleza no ha de ser servil ni prosaica copia o traslado. Que si la belleza es un pacto entre lo ideal y lo real, como quieren algunos estéticos, el arte consistirá en presentar las cosas por tal manera que, sin dejar de ser ciertas, parezcan soñadas.

A estos principios de Estética, a esta dualista concepción de lo bello, subordinó el autor de Pepita Jiménez su actividad de poeta y novelista. En cuanto al modernismo, don Juan no hizo otra cosa que desconfiar de él. Hay la misma diferencia entre los anhelos renovadores y el prurito de destruir para edificar de nuevo, que entre el agua mansa que refresca y rejuvenece las flores y el granizo que las destroza y arrasa. Valera se dio cuenta del hecho y dudó de los resultados del modernismo. No se equivocó, por

desgracia.

Pero este apartamiento de las normas que las citadas escuelas estatuyeron, motivó la enemiga, o al menos el desvío de los partidarios de las mismas, que miraron a Valera como a persona extraña. Fue, pues, don Juan un poeta clásico. Clásico en el fondo y en la forma, si bien no se mostró indiferente a las modas métricas de su tiempo. Pero a los poetas no se les mide por la menor o mayor cantidad de filosofía que encierren sus versos; ni por la elegancia estatuaria de la forma, si bajo ésta no hay calor, imaginativa, sentimiento. ¿No dijo Demócrito que el poeta debía tener algo de loco? ¿No se creyó en la antigüedad que la inspiración era una especie de vesania? Redúzcase ésta al viril ardimiento del espíritu creador, para no caer en los excesos que condenara el poeta latino, y habremos logrado escalar la cumbre del monte Parnaso. Pero los versos de Valera, si de una parte son elegantes y nítidos, como las estatuas labradas en mármol pentélico, de otra les falta el ardor y emoción que la sensibilidad y la fantasía prestan, de consuno, a la obra de arte.

#### Capítulo IV

##### El buen gusto y el sentido común

No es cosa fácil abarcar en un libro de estas dimensiones, además de los rasgos más fundamentales y vigorosos de la fisonomía literaria de don Juan Valera, la multitud de matices y tornasoles de espíritu tan rico y vario como el suyo. Si tuviéramos que determinar, dentro de las particularidades de Valera, las que más hieren nuestra atención, las que aparecen en él de modo más genuino, expresivo y elocuente, proclamaríamos sin titubear estas dos: el buen gusto y el sentido común. Cualidades que se prodigan bien poco, por cierto, en la universal república de las letras. De no carecer de ambas condiciones o de no sufrir al menos, eclipses frecuentes de una y otra, el glorioso autor de *La leyenda de los siglos*, ¿cómo habría escrito aquello de que el caos es «huevo negro del cielo», la hidra «crisálida del ángel» y el defecto «ombligo de la idea»? El inmortal Víctor Hugo, inflamado sin duda por la vesania o furor sagrado que los antiguos atribuían a los poetas en el momento más culminante de su estro, era una imaginación a la deriva sin el gobernalle del buen sentido. Convenzámonos, sí ya no lo estuviésemos, de que los extravíos y las rarezas provienen de una razón indolente y blanda que no les opone el tamiz de la dialéctica. Quizá por ser tan necesarios en estas actividades del espíritu el sentido común y el buen gusto, se prodigan poco dichas cualidades. De lo contrario, el firmamento del arte estaría cuajado de astros de primera magnitud y no de corpúsculos luminosos, que es lo que somos en su mayoría y por desgracia cuantos borrajemos cuartillas.

Donde aparecen con más regularidad y precisión estas dos condiciones de la mentalidad humana es en los períodos clásicos de la literatura o en aquellos de clásico abolengo. En cambio, el romanticismo, como un movimiento literario más súbito e intuitivo que progresivo y racional, ofrece con aterradora abundancia desvaríos, rarezas y testimonios de mal gusto. No sé hasta qué punto, sin incurrir en error, se puede clasificar en el casillero romántico a Goethe, Schiller, Byron y Hugo Fóscolo, que, aunque florecieron en pleno apogeo del romanticismo, son clásicos así en su aspecto fundamental y psicológico, como en el formal o externo. El sentido humanista del arte que transpiran las obras de estos altísimos poetas conspira perpetuamente contra esa clasificación circunstancial. No fueron románticos más que en el nombre. La medida exacta de las cosas, la elegancia y sencillez del estilo y la imperturbable serenidad del espíritu creador están bien presentes en cada uno de aquellos vates para que pongamos en duda su clásica raigambre.

Si encerrásemos en un mismo compartimiento al autor de *Las afinidades electivas* y al de *El año terrible*, se morderían y arañarían como perros y gatos. Los separa un abismo en la concepción del arte, y, aunque tanto uno como otro lleguen al ápice de lo sublime, ¡de qué diferente manera llegan! Todos los ríos desembocan en el mar, pero ni es idéntico el trazado de su recorrido, ni las márgenes aparecerán vestidas de los mismos encantos naturales. El arte clásico es más severo en sus líneas y más preciso en su contorno. Está troquelado en vasija de oro, no en puchero de Alcorcón. El romántico se rebeló muchas veces contra la lógica y el buen sentido. Nació de un acto libérrimo de la imaginación creadora sin el contrapeso o piedra de toque del sentido común, ni las normas eternas e invariables que al espíritu opone el buen gusto. Prescindir en la elaboración de la obra de arte de estos dos excelentes consejeros es renunciar de antemano a la armonía y coherencia de cuantos factores psicológicos y formales intervienen en el acto de crear. El buen gusto toma parte en todas las manifestaciones promovidas por la sensibilidad, distinguiendo el metal verdadero del falso, es decir, lo perfecto y hermoso, de lo feo y contrahecho. Representa, con relación a los actos de la sensibilidad, el mismo papel que el sentido común respecto de los intelectivos. El buen gusto es como un golpe de vista para apreciar súbita e instintivamente la belleza, como el buen sentido es la piedra de toque donde experimentamos el valor real de nuestras afirmaciones. Arribar sin estos dos colaboradores al dilatado ámbito del arte es tan peligroso como cerrar los ojos al andar. Cuando el buen gusto y el sentido común adornan y realzan la fisonomía espiritual del artista, seguros podemos estar de que ni el absurdo ni la extravagancia aparecerán en las creaciones de su mente; por el contrario, será más visible y manifiesto el orden y trabazón de las partes, más elegantes y sutiles las líneas y contornos de las cosas, y de todo esto nacerá un conjunto agradable y bello que nos deleitará y emocionará dulce y suavemente.

Valera ni como poeta, ni como novelista, ni como pensador, ni como crítico cayó en la extravagancia ni en el absurdo. Vigilante su buen juicio y embridada la fantasía por la razón, le veremos siempre prohijar aquellas fórmulas estéticas que son universalmente estimadas. Sus lucubraciones en el orden filosófico preséntanle a nuestros ojos como un espíritu cauto y

reflexivo poco dado a la afirmación rotunda y dogmática. No perderá nunca el tino al interpretar el significado de las cosas. Su inteligencia observadora, aguda, penetrante, buscará el por qué de tales o cuales hechos, mas no se dejará deslumbrar de la propia luz que sobre los mismos proyecte y se fiará poco del valor de sus apreciaciones. Valera no es un escéptico empedernido que niegue la evidencia de aquellos fenómenos psicológicos sobre los cuales no debe admitirse disputa alguna. Su escepticismo es amable y elegante, un arma terrible, a pesar de todo, para defenderse de los tentáculos de determinadas escuelas y doctrinas. Ahondará en los temas más abstrusos con una excelente disposición del ánimo para tocar el fondo de las cosas, pero le veremos salir indemne y sin bagaje ninguno: complacido e inconquistado. Esta independencia respecto de los sistemas filosóficos que pretenden darnos una interpretación del universo y de su primera causa, esta esquivez e incontinencia con que los aborda, le permite asomarse a todas las hondas simas del pensamiento metafísico sin sufrir las ansias del vértigo, sin dejarse sojuzgar ni apresar. Porque el escepticismo, cuando es recatado y prudente, tiene el valor de cierta inmunidad espiritual contra las tentaciones del alma de encontrar, en su infatigable peregrinación por las regiones de la metafísica, un punto de apoyo definitivo y eterno. La curiosidad impenitente de Valera le pincha como aguijón de tábano. Pero no le engatusará ni esclavizará ninguna sistematización, por brillante que sea, del pensamiento filosófico. Entendámonos. No hay posibilidad de que nuestro sentido íntimo, nuestra conciencia, se desentienda de la llamada filosofía primera, como nos desentendemos de una preocupación o inquietud que, ciertamente, no ha de torcer el camino de nuestra vida. El alma, de modo imperioso, irresistible, busca la satisfacción de sus dudas. Por imperativo de nuestro propio ser anhelamos descifrar el por qué de las cosas. Esta es la ley de atracción del espíritu, el cual, como los cuerpos respecto de la tierra o de los astros que giran y gravitan en el espacio respecto de su centro, también se siente vigorosamente atraído por el fondo de las cosas. Propendemos, pues, a buscar la salida del laberinto en que nuestra razón, débil e inerme, porfía por atrapar la verdad absoluta. No fue Valera en este sentido -ya lo hemos dicho al mencionar su escepticismo- un espíritu indiferente a esa íntima satisfacción que buscamos a nuestras ansias de liberación y señorío respecto de la duda. En el espíritu de don Juan el estudio y la meditación forjaron un estado de conciencia filosófica que fue tomando forma sensible en razonado discurso, más bien fragmentario y como por accidente que respondiendo a cierta disciplina y orden. Es decir, que don Juan fue un pensador pero no un filósofo que, al propugnar tal o cual interpretación del Universo y de Dios, coordina y agrupa sus ideas hasta constituir un verdadero cuerpo filosófico de doctrina. No desparramó sus pensamientos al buen tuntún, como esas imaginaciones brillantes y desordenadas que salpican sus escritos de frases agudas y profundas; pero tampoco dio a sus lucubraciones en el orden especulativo la cohesión y ensambladura de los sistemas filosóficos. Reconocía paladinamente la necesidad de la metafísica. Su actitud frente a los problemas de la conciencia no era la de un incrédulo inaccesible a las ideologías de pensadores y metafísicos, sino la de un espíritu enamorado de su albedrío, poco propenso a dejarse

coger en el trasmallo de tal o cual doctrina, y que si por otra parte le tiente irresistiblemente la voluptuosidad de filosofar, no se siente con ánimos de sobra para crearse él mismo una metafísica. A veces piensa si habría sido mejor renunciar a esta tentadora e insatisfecha curiosidad de su alma, que no columbra por ninguna parte el resplandor eterno de la verdad absoluta y descubre, por el contrario, las antinomias más graves que inevitablemente surgen del contraste de los sistemas filosóficos, y entonces se apodera de nuestro don Juan la zozobra de esta disyuntiva: crearse un sistema propio que, al dar solución a los problemas del espíritu, aquiete su conciencia, o abandonar el campo de la especulación filosófica y consagrarse por entero a las actividades útiles y positivas. Demos por hecho el propósito, no de renunciar a la metafísica, sino de cultivarla como el más noble y elevado ejercicio del alma, e incluso como su goce más supremo, y asistiremos a cada paso al espectáculo desconsolador de sus dudas respecto a la posibilidad de forjar una filosofía condigna de su objeto.

Aun admitidas como inconcusas ciertas verdades que pudieran ser punto de coincidencia de «entendimientos sanos», algo así como esa filosofía perenne que atisbó Leibnitz, estima que la metafísica pertenece más al porvenir que al pasado. «Yo creo en la filosofía -dice en sus diálogos sobre el Racionalismo armónico (1873)- o para concretar más, en la metafísica; pero más creo en que está por venir que en que ha pasado.» Y en el Fundamento filosófico de los partidos (1863) había afirmado también: «en el orden dialéctico la creo la ciencia primera (a la filosofía), en el orden cronológico la creo la ciencia última». ¿No es esto una repudiación de cuantas construcciones filosóficas pretenden darnos la explicación de todo lo que existe en el orden suprasensible y en el de la materia? A lo largo de la obra de Valera y en aquella parte de la misma que pertenece al campo especulativo, encontraremos, con cierta frecuencia, estas contradicciones. Son síntomas muy significativos de la versatilidad de su pensamiento en esta disciplina. Y si no de la versatilidad, que supondría un espíritu frívolo y poco consecuente, de la inseguridad de sus ideas. De un lado considera nobilísima ocupación de la mente estos ejercicios graves, hondos y arriscados, y, de otro, afirma su ineficacia. Valera, como todos los ingenios agudos y ágiles que se mueven desenfadadamente en cualquier terreno a que se los llame, cultivó la paradoja.

Algunos críticos han insinuado o proclamado abiertamente esta propensión de don Juan, el cual, en posesión de un gran talento y asistido de dos notabilísimos colaboradores: la cultura y la maestría de saber decir las cosas, gustó muchas veces de jugar con las ideas más antagónicas, pretendiendo conciliarlas en unos casos o prohijarlas alternativamente en otros. Siente la complacencia de la contradicción. Sin ser, sobre todo desde el promedio de su vida, un crítico dado a combatir, diviértele menoscabar las ideas de los demás por el artificio de enaltecer las opuestas. Debido a esta inclinación se malquista con las, al parecer, más hondas convicciones suyas y declara intangibles las del campo contrario, como hizo en su réplica al discurso de Núñez de Arce en la Academia Española. Es decir, que muéstrase liberal y casi librepensador frente a la bravía e irreducible actitud de un ultramontano, y conservador y juicioso amigo de la tradición ante el exotismo y la anarquía de un espíritu

innovador y evolucionista.

Pero este filósofo desengañado y escéptico, que asiste al drama de nuestra conciencia inquisitiva con la indiferencia de un espectador, cuando se recoge en el íntimo santuario de su alma y se embebe en las reflexiones metafísicas, buscando satisfacción y aquietamiento a las ansias del espíritu, es el más puro y honesto pensador que puede darse sobre la amplia faz de la tierra, por cuanto desdeña y aun proscribiera toda filosofía utilitaria que venga en socorro y como justificación de negocios e intereses de la vida terrena. La metafísica pierde todo su valor y trascendencia desde el momento que acude en defensa de aquellas posiciones morales y materiales que el hombre ha conquistado en su lucha dramática por la existencia. Esta filosofía práctica se despoja de su aparato solemne y grandioso. Es como si dijéramos una filosofía de bolsillo donde encontraremos, prestamente, el fundamento de nuestros intereses y negocios. Pensemos en una moral convencional, acomodaticia, que disculpe las torpezas y debilidades de nuestra voluntad en vez de sancionarlas y corregirlas, o en una política liviana y relajada, hecha a medida de nuestros caprichos y ambiciones. ¿Qué moral y qué política serían éstas? ¿Quién se daría por satisfecho al poseerlas y tomarlas por norte y guía de sus actos? De aquí, precisamente, que Valera haga tabla rasa incluso de la existencia de Dios y proclame que el temor de no hallarle, y más aún el de negarle, dificulta el camino que en el orden filosófico hemos de trazarnos para dar con Él.

No se mostró muy propicio don Juan con la tendencia, notablemente manifestada en la segunda mitad del siglo XIX, de dar a los partidos políticos un fundamento filosófico. En esto, como en otras muchas cosas, probó Valera su buen sentido. La filosofía alemana del yo soy yo, de el ser es el ser, de la idea es la idea y de la intuición o percepción del yo, había penetrado en España como una tromba. El más escuchimizado escritor tenía por filósofo y dábale a buscar, incluso a las cosas más distantes de la llamada ciencia primera, su razón de ser. Contra este tropel de pensadores de tres al cuarto, alzose, flagelador e inexorable, el ilustre egabrense. Los partidos políticos no dependen de tales o cuales sistemas filosóficos, son más bien «un producto natural, instintivo, espontáneo». Como las leyes, las constituciones y los tronos son obra de la colectividad popular que, divinitus erudita, los crea y transforma. Estas afirmaciones de Valera nos parecen juiciosas y discretas. ¿Qué filosofías necesitó saber Trajano para revelarse excelente emperador? ¿A qué escuela filosófica corresponde el impuesto de derechos reales, el servicio militar obligatorio y, el sistema de jubilaciones y pensiones? Todo esto provendrá, en último caso, de una metafísica intuitiva o de sentido común. Claro que si nos ponemos a filosofar, no habrá nada que no sea susceptible de la metafísica. ¿Pero qué gobernantes ha habido que sean verdaderos filósofos, ni qué filósofos han sido gobernantes? Salomón fue un rey sabio, mas de modo providencial o infuso. Eucrates vendía estopa, Spinoza pulía vidrios y Boehm hacía zapatos. No se podrá negar la influencia remota de los metafísicos en el gobierno del mundo y de las sociedades, pero los que intervienen con inmediato ascendiente en los negocios e intereses del Estado «nada suelen tener de filósofos». En las colectividades, ya sea la humanidad entera, ya parte de ella, hay una

fuerza providencial, «una ley ineluctable y divina». Los filósofos, que no dan esta ley, podrán justificarla, de igual modo que «la astronomía puede explicar el movimiento de las esferas celestes, pero no imprimir y mandar este movimiento». Y por si estas afirmaciones no convencieran a los impugnadores de don Juan, acude nuestro autor al testimonio irrecusable de un filósofo, de Hegel, el cual «asegura que las ciencias todas, incluso la política, se cultivan con celo y autoridad en los países donde no hay filosofía».

En la famosa polémica que sostuvo con Castelar acerca de la doctrina del progreso, negó que el cristianismo, en su sentido estricto, fuese una doctrina política y social. Por el hecho de profesar esta creencia religiosa, ni son ni han sido progresistas los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los de siglos después, ni los de hoy. Si existe una política cristiana y una economía del mismo nombre no obedece a que estas ciencias nazcan de modo legítimo e inmediato de la moral y dogma cristianos, sino de que los tratadistas de las mentadas ciencias profesaban el cristianismo y tenían buen cuidado de no desviarse del dogma, ni de la moral establecida por Jesucristo. Por ser el cristianismo doctrina moral y religiosa y no política y social, están separados los poderes temporal y espiritual, y en aquellos Estados donde no existía esta división, ni la Iglesia ni el gobierno mostráronse florecientes y prósperos. Más adelante niega Valera la infalibilidad de la Iglesia en cuanto toca al poder político que en otros días se atribuyó y ejerció, y que aun hoy puede arrogarse, y le niega dicho atributo porque el Espíritu Santo ni la ilumina ni la inspira en el orden político.

En torno a la democracia ha discurrido también Valera con singular fortuna.

Dudaba éste de que la hora de la democracia pudiese llegar alguna vez. Si es cierto que basta la fuerza para lograr el poder, también es verdad muy grande que sin la inteligencia no es posible mantenerse en él. Pero la inteligencia de la colectividad, «la razón impersonal de la plebe, esa especie de voz divina e infalible», no llegamos nunca a percibirla «clara y distintamente». Valera desconfía de que, sin variar en su raíz el estado de la sociedad, nos sea permitido cambiar radicalmente el estado político. ¿Y de qué modo cambiar aquél si equivaldría a transformar el estado natural, lo que sólo a Dios es hacedero? Colige de todo esto nuestro autor que «en la esencia... es imposible el advenimiento de la democracia», y que en cualquier instante en que ésta advenga al poder será para que un tirano, en su nombre, venga al pueblo o le haga justicia. Como la inteligencia es hasta ahora patrimonio de una minoría -la clase media-, la cual aumentará al propio tiempo que progrese el linaje humano, preciso será entregarle el gobierno. Y añade, como si la política socialista no estuviese entonces más o menos abocada a un ensayo, sino que hubiera fracasado rotundamente: «Uno de los signos de la inteligencia y de la capacidad es y será la riqueza, signo que irá siendo cada vez menos engañoso y manifestará mejor que, en efecto, es más inteligente y capaz el que le posee, y a quien da poder y predominio en el mundo»<sup>97</sup>.

Propugnador entusiasta de la unión ibérica, sintió la más viva antipatía respecto del regionalismo político y principalmente del catalán, por ser el más exaltado y pernicioso. Reconoce Valera lo diligente e industriosa

que es esta región, la brillantez de su literatura, el rango nada común de su historia particular e incluso considera el catalán, no como un dialecto, sino como una lengua. Pero rechaza de plano las aspiraciones secesionistas, torpemente disimuladas bajo el disfraz de un régimen autonómico. No soporta don Juan, a pesar de su propensión a la benevolencia, el engreimiento y la soberbia en que se fundan las pretensiones autonomistas de esta comarca. Sin negar la individualidad catalana, estima «rara y aun cómica pretensión» que los naturales de allende el Ebro se crean una excepción en la general decadencia española, como si dentro de la península fueran ellos los únicos que, además de merecer el nombre honroso de europeos, ofrezcan preciosas aptitudes para todo y que el resto nada represente ya, si alguna vez representó algo. No titubea, pues, en llamar «engendro» a este linaje de regionalismos. Por otra parte, la limitación fatal que los hechos reales oponen al desarrollo y conquistas de la lengua vernácula, conviértela en regional, sin que los primores y excelencias de su literatura puedan ser gustados, sino por reducido número de lectores<sup>98</sup>.

De ser Valera testigo de la flamante desmembración acordada por la segunda república española, ¿qué desencanto habría sufrido? Nuestros políticos actuales, ignorantones e improvisados en su mayoría, con un sentido histórico arbitrario o subjetivo, al menos, han resuelto el problema catalán cortando por lo sano, como vulgarmente suele decirse, y sin oír la voz, apremiante y patética, de la conciencia nacional. La disgregación no trae consigo sino la impotencia, o si esto pareciese excesivo, la disminución de nuestra virtud expansiva y dinámica. Esas manchas lechosas que se extienden en el espacio sideral y que despiden una luz suave y difusa fueron sin duda, en otras edades remotas, astros hermosos y fulgurantes que giraban en el cielo como individualidades estelares<sup>99</sup>.

He aquí las reglas que sobre el arte de gobernar formuló don Juan en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: Restablecer la subordinación y respeto a la autoridad. Afanarse por el florecimiento de la hacienda pública, pagando las antiguas deudas y no ocasionando otras nuevas. Procurar que el Gobierno sea duradero, ya que los gobiernos efímeros, por mucho que valgan, poco o nada han de conseguir. No suscitar cuestiones que nos lleven a la discordia. Ser sobrios en las reformas, principalmente en las que se denominan sociales. Encomendar a Dios la resolución de determinados problemas pavorosos, para que no nos parezcamos al aprendiz inhábil que rompe la máquina en su afán de componerla. Legislar con mesura. A fin de no competir con la iniciativa de cada uno, ni amedrentarla, ni incapacitarla o destruirla con impuestos y gravámenes, fabricar y comerciar solamente en lo que corresponda al Estado de modo inexcusable. Eludir o disimular, hasta donde permita nuestro decoro y propia estimación, los desdenes y ofensas que por nuestra debilidad no podamos repeler ni reivindicar. Y, por último, tener las mejores relaciones con los países y gobiernos extranjeros, pero cuidando de no contraer comprometidas alianzas.

No pasemos más adelante sin hacer esta advertencia. Valera -ya lo hemos dicho- no fue un profesional de la filosofía, sino un pensador como Quevedo, Gracián y tantos otros, los cuales, sin haber llegado a construir un cuerpo científico de doctrina, propendían a explicar y determinar la



naturaleza de las cosas, examinadas desde un punto de vista elevado y trascendental. Síguese de aquí que no habiendo método en la exposición de las ideas filosóficas de don Juan, malamente puede haberlo al pretender nosotros, con la timidez de los profanos, analizar y comentar aquéllas. Salta a los ojos, primeramente, el ardentísimo afán de Valera de conciliar las doctrinas más opuestas. Aunque abominase de las tentativas estériles de Víctor Cousín y demás filósofos eclécticos, Valera fue un proseguidor de tal empeño. Puede ser que esta inclinación a armonizar las ideas filosóficas menos afines y coincidentes proviniera de su indiferencia, o si se quiere, neutralidad ideológica. Don Juan se resistió toda su vida a encasillarse en esta o aquella escuela. Sus escritos muestran bien a las claras lo poco propicio que estuvo a profesar una determinada filosofía. Puede decirse que le gustaban todas y no le gustaba ninguna. Reconocía que hay muchos puntos de contacto entre los sistemas más generalmente estimados; que existe cierto número de verdades evidentes, «una metafísica llana y de sentido común». Pero, ¿qué filosofía es ésta si no va más allá de cuanto nos dicta el buen sentido? ¿Es que los gravísimos problemas que tiene planteados el hombre desde que vino a este mundo y sintió en lo más íntimo, callado y recóndito de su alma el lancetazo de la duda, pueden resolverse con solo la ayuda del sentido común? Menguada filosofía ha de ser aquella que, como la escocesa, no adopte más instrumento de conocer que éste. ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué es la materia? ¿Cómo conocemos? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué el espacio? ¡Ah!, para dilucidar todo esto no basta tener a mano el buen sentido. «Nada más triste -exclama Valera por labios de Filaletes- que la pretensión de algunos de fundar, con el mero sentido común, una metafísica, una filosofía del sentido común»<sup>100</sup>.

Decíamos que Valera se sustrajo, con grande desembarazo, al poder de captación de los Sistemas filosóficos más en boga en sus días. «Yo soy fácil de convencer -afirma en sus diálogos sobre el Racionalismo armónico-, aunque nunca me convenzo sino a medias». Esta independencia con que se movía en el frondoso bosque de la metafísica y su irresistible prurito de filosofar, incitaronle al eclecticismo, si no deliberadamente, puesto que reconoció en sus artículos filosóficos y religiosos el fracaso de Cousín, Saisset, Simón y Jouffroy, de modo instintivo. El considerar que hay una filosofía perenne, un punto de convergencia en que determinadas verdades inconcusas se juntan y abrazan, es ya un paso importantísimo para conciliar los sistemas filosóficos. Esta tendencia inconsciente o deliberada arrastrole a proclamar innumerables veces las afinidades entre nuestros místicos y los filósofos alemanes. «Los atrevimientos de expresión y las sublimes especulaciones de nuestros místicos de entonces no distan tanto de los atrevimientos y especulaciones de los filósofos alemanes.»<sup>101</sup>. Pero pese al espíritu conciliador y sincrético de don Juan, nos parece aventurado proclamar la semejanza de doctrina entre nuestros místicos y los panteístas y panenteístas alemanes.

No sienta nuestro ilustre autor dicha afirmación de manera gratuita, sino que, temeroso quizá de que la invalide la falta de autoridad para hacerla, ya que en todo momento se llama aficionado a la filosofía, pero no metafísico, procura apuntalarla con transcripciones de determinados

pasajes de nuestros místicos. Como don Juan es habilísimo dialéctico, a primera vista nos parecerá muy en su punto y razón la consecuencia que obtiene del cotejo de textos, y nos faltará el canto de un duro para tener por artículo de fe casi todo lo que nuestro admirado egabrense diga de esa pretendida semejanza entre fray Luis de León y Hegel, pongo por caso. Pero como argüiría cualquier escolástico de la época de don Juan, no es lo mismo ser que estar, ni la substancia única fue postulado de la filosofía cristiana ni nuestros místicos más encendidos y ardorosos identifican la naturaleza con Dios ni aspiran a fundirse con el Ser supremo. No ha de colegirse de la plenitud de ser que atribuimos a Dios, de la afirmación de que el Ser infinito contiene en sí todo el ser y todas las perfecciones que existen y las que son posibles, que todas las cosas son Él, o en Él y según Él. Para refutar estas ideas hegelianas y krausistas bastará determinar la naturaleza de las cosas creadas. No pudiendo afirmarse de éstas que alcanzan la perfección absoluta, puesto que son mezcla de ser y no ser, y establecido que Dios, como ser infinito, simplicísimo y absolutamente perfecto, rechaza la idea de no ser, que presupondría contingencia, mudanza y limitación, ¿cómo identificar con Dios a la naturaleza y al hombre, si no es de ese modo superior y eminente en que los teólogos lo hacen? Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Lo que no haya de contradictorio en los seres creados respecto de la perfección y simplicidad del ser infinito, podrá embeberse en la naturaleza de éste con lo cual no habrían de pugnar los atributos de Dios, ya que de esta manera y sólo así han de juntarse o unimismarse aquellas perfecciones que, salvada la distancia o proporción debida, no repugnan la substantividad de los seres finitos ni la del Ser supremo. No se olvide tampoco que nuestros místicos eran excelentísimos poetas y cuando discurrían filosóficamente empleaban más el lenguaje poético, con todos sus recursos y licencias, que el metafísico, inflexible y severo. La imaginación creadora de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa y de los dos Luises, inflamada en la llama del amor de Dios, recreábase honesta y delicadamente en divinizar las cosas, en exaltarlas e idealizarlas, viendo en ellas la obra del supremo artífice, el destello cegador de su omnipotencia, pero sin que pasase por la mente de los místicos, abismada de ordinario en la contemplación y el éxtasis, que las hierbecillas del suero eran de la misma substancia que Dios, y el agua de los regatos, y la luz de los astros que giran en sus órbitas celestes.

Son tan radicalmente, tan esencialmente distintas las especulaciones de nuestros místicos de las de los filósofos panteístas y panenteístas, que sólo a título de paradoja se puede afirmar lo contrario. En primer lugar, las fórmulas de expresión que adoptan los metafísicos alemanes no son nada frecuentes en nuestros teólogos y místicos; pero, admitido el caso de que algunas veces se sirvan de ellas, la interpretación ortodoxa de dichas locuciones dista mucho de la que Valera les da. Procuraba don Juan, al atribuir el mismo alcance a unas y otras, defender a Sanz del Río y demás discípulos españoles de Krause, de las reconvenções de los críticos católicos, y con tal de sacar a aquéllos indemnes de la disputa entablada, dióse a leer toda clase de libros devotos y a concretar parecidos de lenguaje, tomando en sentido excesivamente literal algunas frases cuyo alcance difiere, en lo psicológico y fundamental, de la exégesis de

nuestro autor. Así, cuando el Apóstol afirma «que en Dios nos movemos, vivimos y somos» y San Agustín, que las cosas son algo porque Dios les da el ser que tienen, porque le tienen a Él, y no son nada porque no son lo que Él es, se sobrentiende que las cosas o los seres finitos están en Dios, como virtualmente está el efecto en la causa. No es lo mismo identificar la esencia divina y la esencia humana, fundir en una sola substancia lo ideal y lo real, el ser y el no ser, el sujeto y el objeto, el espíritu y la materia, que considerar como embebidas y sumidas en la naturaleza divina aquellas perfecciones de los seres creados que no repugna la substantividad del ente teológico. En el primer caso caeremos en el panteísmo alemán, impío y racionalista, y en el segundo habremos sentado una doctrina impecable desde el punto de vista de la filosofía cristiana.

Vivo sin vivir en mí,

exclama, arrebatada y extática, Santa Teresa de Jesús, porque está tan absolutamente desposeída de sí misma, tan totalmente desasida de la vida terrena, que ansía se rompa cuanto antes el tenue y sutil hilillo que la une aún a este mundo, y tan alta vida espera, que muere porque no muere. En el arrobamiento de su alma, facie ad faciem Dios, si esto es posible, no aspira a otro bien que a embeberse y sumirse en Dios, de la manera eminentísima en que, según los teólogos, puede verificarse esta unión. Pero no pensó la Doctora mística que Dios y las criaturas mortales eran de la misma substancia, indeterminada y universal la una, y determinada y particular la otra, como pretenden los panenteístas; que el mundo está en Dios, como la parte en el todo: afirmación a que llegan los filósofos alemanes al considerar la inmanencia de la esencia infinita. Nuestros místicos, consecuentes con el teísmo cristiano, reconocían la diferencia de substancia -puesto que Dios es quid implicissimum- y lo finito y limitado del mundo y de la vida terrena, que tuvieron comienzo, como todas las cosas creadas e independientes, de la eternidad y simplicidad de Dios.

Aunque Valera no se diese a partido en lo tocante a la filosofía, substrayéndose al poderoso atractivo de determinados sistemas, es lo cierto que la portentosa construcción metafísica de Hegel, fascinadora y deslumbrante cual ninguna, aunque producto de su imaginación poética más que de la razón severa e inflexible, le atrajo y cautivó tanto, que sin perder la independencia de su espíritu, diose a armonizar las doctrinas hegelianas con el pensamiento filosófico de nuestros místicos y teólogos, sin comprender que el propósito era temerario e irrealizable. No olvidemos tampoco ese panfilismo con que Valera asistió al espectáculo patético de las contradicciones que tanto abundan en el campo de la especulación filosófica, y nos explicaremos más fácilmente las denodadas tentativas conciliadoras y eclécticas de nuestro don Juan.

La corriente impetuosa del materialismo filosófico se estrelló contra el

espíritu aristocrático de Valera. Aun en el caso de que la escuela positivista se adueñe del mundo entero y la metafísica sea «tan enteca, fea y mísera» que los mismos materialistas tengan «vergüenza de verla» se volverán de espaldas a su empirismo y harán salir «del caos el cosmos, del desorden la armonía, de la tiniebla la luz» ... Admitido como tesis o como hipótesis el transformismo de Darwin o Haeckel, diputaría delirio poner la inteligencia al fin, pero le seduciría ponerla al principio, como una facultad «eterna, increada y creadora». Nuestra inteligencia, participante de la inteligencia absoluta, vino al cuerpo humano cuando estaba éste en disposición de recibirla y había de servirle de elemento para sus actos. Aceptada la existencia del alma y antes de procurarnos un sistema filosófico que aclare y establezca la razón de ser de todas las cosas, será preciso examinar los medios con que contamos para conocer, ya que el análisis detenido, profundo, de las facultades intelectivas nos proporcionará ancha y firmísima base sobre la que edificar después. «No creo que haya sana filosofía -arguye Valera en sus cartas a Campoamor acerca de su ideísmo- sin que le sirva de cimiento, de nociones preliminares, de propedéutica, si usted quiere, una psicología»<sup>102</sup>. ¿De dónde obtener si no los llamados primeros principios, esas verdades indemostrables de las cuales hemos de partir forzosa e irremediamente en nuestras especulaciones? «Toda metafísica no vulgar es mística, al empezar al menos, y es, por consiguiente, psicológica, así como toda buena mística requiere para punto de partida una sutil psicología»<sup>103</sup>. Para don Juan toda filosofía que renuncie al método psicológico tiene que ser sensualista. Si en la antigüedad era posible establecer una ontología, sin el concurso de una psicología anterior, hoy no sería posible. El mismo Sócrates, aunque procediese «con menos reflexión y cautela» que las de hoy, formuló el principio de nosce te ipsum como teoría del conocer. «El principio de todo saber está en la conciencia.» De aquí precisamente el subido valor de las sentencias: Pienso, luego soy; Todo está en el Yo y todo lo crea el Yo. La conciencia, para don Juan, es la fuente de donde mana la verdad, el tabernáculo donde reside la idea que tenemos de Dios, y por la que nos elevamos, mediante la fe y la gracia, dones sobrenaturales, o mediante el discurso y el estudio, a la contemplación y conocimiento del Ser absoluto. ¿Cómo se llega a este conocimiento de Dios? La conciencia no puede demostrar a Dios a priori, ya que de ser así se presupondría alguna causa más alta que Él, sino a posteriori, por el análisis de sus obras y efectos.

Pero no prosigamos sin determinar antes cómo están en el alma las verdades primeras. ¿Aparecen en el seno apartado y recóndito de la conciencia individual por sí mismas, como algo inmanente, de natural y espontánea elaboración, o son más bien reflejo de esa sabiduría infinita que llamamos Dios o Absoluto? «Todo primer principio -dice Valera-, toda afirmación imperativa, no ha sido creación del alma, ni está inmanente en el alma, porque es superior y mayor que el alma; luego ha venido al alma de un modo inmediato, de algo que llamamos lo absoluto o que llamamos Dios»<sup>104</sup>. Veamos ahora cómo llega don Juan al conocimiento del Ser supremo. Para conocer a Dios pueden seguirse dos caminos distintos, y tanto uno como otro erizados de gravísimas dificultades. La fe y la gracia con que los místicos emprenden el maravilloso viaje, que tiene como término feliz la

visión o intuición de Dios, aun siendo armas poderosas con que triunfar de todos los impedimentos, sólo después de rudas penalidades logran el sobrenatural e inefable espectáculo. Pero los mismos teólogos, que buscan a Dios por el camino de la verdad revelada, admiten esa otra intuición de Dios a donde nos lleva la razón y el discurso. Valera, que no fue un santo precisamente, y que se lamenta alguna vez de haber perdido la gracia<sup>105</sup>, con la que ansía hacerse de nuevo, tenía que buscar a Dios con la ayuda de la propia conciencia; pero valiéndose de la doctrina expuesta por los místicos. Primer grado: conocer a Dios fuera de sí, esto es, por la contemplación y examen del Universo, que es tanto como conocerle por sus obras y efectos. Segundo grado: dentro de sí, que es el verdaderamente psicológico; y último grado: sobre sí. Este tercer modo de conocerle es tan altísimo y maravilloso, que está fuera de la filosofía. Don Juan aspira a formarse concepto de Dios por medio racional y discursivo, y para alcanzar el segundo grado de conocimiento estudia estas tres ideas fundamentales con que se revela lo absoluto en nuestra conciencia: lo verdadero, lo bello y lo bueno.

El psicologismo de don Juan, que ya advirtió, y muy discretamente por cierto, el señor Zaragüeta en su opúsculo *Don Juan Valera*, filósofo (Madrid, 1930), aparece constantemente en los artículos metafísicos de nuestro autor.

Aunque de los tres mentados modos en que podemos conocer a Dios, el segundo es el psicológico, en fin de cuentas lo son los tres, ya que dentro de mí, son en todo momento, el fuera de mí y el sobre mí. ¿Por qué? Veámoslo de manera sucinta. La naturaleza que contemplamos y sobre la que ponemos a Dios, está en nuestro interior; así como también está en nuestro yo, en nuestra conciencia, la idea de lo divino que ponemos sobre nosotros. «Vengo, pues, a crear lo sobrenatural sobre la naturaleza -remata don Juan su pensamiento- y lo sobrehumano sobre mi ser humano; pero los creo dentro de mí; lo sobrenatural y lo sobrehumano son conceptos míos»<sup>106</sup>. Y más adelante declara que no hay procedimiento metafísico que no sea psicológico. En el largo lapso de muchos siglos, la filosofía no llegó a tener conciencia absoluta de que la verdad residía en el alma, por donde la especulación filosófica era directa y no refleja. Con Kant, y antes con el *nosce te ipsum* y el *cogito, ergo sum*, la metafísica se hizo psicológica.

Considerada la naturaleza como el conjunto de todas las cosas, equivale a un universo, mundo o cosmos. Sin embargo, el sentido más apropiado de la palabra naturaleza no es el antes atribuido a esta palabra, sino el conjunto de leyes que constituyen, rigen y ordenan el universo. El pensamiento del hombre ha de buscar, por fuerza, la causa primera de cuanto contempla en torno suyo. De aquí que, desde la edad más remota, el pensamiento humano haya puesto en una sola persona, de hechura rudimentaria o indistinta, esa voluntad e inteligencia que nos gobierna. Cuando el discurso del hombre no había concebido aún el conjunto de leyes que dirigen y coordinan las cosas creadas, «cada fuerza o virtud aislada» apareció como voluntad e inteligencia diferentes. La idea de Dios se multiplica, dando origen al politeísmo. Los pueblos antiguos divinizaron la atmósfera, las fuentes, ríos y mares, la fecundidad de la tierra, la mutua atracción amorosa de los animales, e incluso la muerte. El panteísmo

vino a ser el resultado inevitable y fatal de las religiones politeístas. Unificada la naturaleza, desaparecieron las religiones naturalistas. Pero, ¿qué poder oculto daba «origen, ser y vida» a las cosas creadas? Tales atribuyó al agua esta facultad de crear. Anaxímenes, al aire, y ambos elementos tuvieron además un sentido simbólico, mítico. «Eran la causa única de la mudanza, de la transformación de las cosas, considerada la naturaleza como variedad y fundamento»<sup>107</sup>. Expoliada de su significación simbólica esta filosofía, surge el llegar a ser, de Heráclito; mas «contra el perpetuo fluctuar de los seres» se alza el Uno inmutable, de Parménides. De la tentativa de coordinar estos dos sistemas «nace el teísmo filosófico, en Europa, si Pitágoras no lo entrevé antes». El teísmo reduce a unidad las cosas, aun admitida su diversidad y contingencia, y pone la virtud o fuerza suprema en el amor, con Empédocles y en la Inteligencia, con Anaxágoras. Pero los no conformes con esta conciliación de las escuelas jónica y eleática, desembocan en el sofisma y el ateísmo. Todo este resumen de Historia filosófica de lo antiguo encamínase a demostrar que la ausencia de método psicológico dio ocasión, en filosofía, a todos los extravíos, errores y sistemas que cabe imaginar.

El origen y el ser del mundo, dada la manera en que lo concebía el pensamiento humano, sólo podía explicarse por medio de fábulas poéticas o de mitos. La «pura filosofía» era ontológica. Si bien Pitágoras es, cuando hace del hombre «la medida y regla de todas las cosas», casi un precursor del Dios-Yo, no se llega, ni con mucho, al Dios-Yo, «profundo y dogmático», porque faltaba la introspección sistemática o introversión, como llamábanla los místicos, por donde vendríamos al análisis de nuestra conciencia, como camino previo para llegar al Yo-divino.

Todo cuanto hemos expuesto en cifra y resumen, y con la contrariedad de no haberlo podido reproducir literalmente para que el lector se hubiera recreado en la prosa elegante, cristalina y castiza de don Juan, lleva a éste a la conclusión de que «el método psicológico es el más seguro método de filosofar».

Digamos ahora algo, muy poco, que el tiempo apremia y el espacio en que hemos de movernos tampoco es holgado en demasía, acerca de cómo busca Valera a Dios en el fondo de la conciencia.

Los axiomas filosóficos son la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Este resplandor, sin embargo, ni lo conocemos en su esencia, ni lo vemos directamente. Son las cosas, las que iluminadas por él, nos lo muestran. Pero si esta luz está en todo lo que nos rodea, también está de modo eminente en la conciencia humana, aunque no la veamos más que a la manera que se ve una imagen en un espejo. Por eso, al formar concepto de Dios en nuestra conciencia, «magnificando su imagen», lo que reproducimos, para crear la idea de Dios, es ese mismo destello divino en que se baña nuestra alma. «Si no -se pregunta Valera- ¿de dónde habríamos de sacar perfecciones de que carecemos?» Síguese de todo esto que el concepto de Dios es en el hombre «progresivo y sin término»; que cuanto más impoluta y hermosa sea la imagen de Dios en el espejo de la conciencia humana, más deseará y podrá adelantar en su perfección el hombre, puesto que su ilusión es acercarse y parecerse a Él, que es modelo o arquetipo, mejor aún, de todas las virtudes y excelencias imaginables, y de otras que ni imaginar podemos.

Dios está en nuestra alma; mas ésta, si le descubre y comprende, es a través de las cosas creadas. ¿No se elevaba desde ellas, precisamente, a la contemplación de la bondad suprema el glorioso autor de la Introducción al Símbolo de la Fe? El alma llega a Dios de modo inductivo, a posteriori como del efecto a la causa, y de lo particular a lo universal, mas empleando aquellos instrumentos de conocer que llevan en sí el sello imborrable y perenne de lo absoluto, de lo que no tiene fin.

Y puesto que incidentalmente hemos tocado lo infinito -tema muy debatido por cierto-, vamos a ver lo que ha pensado Valera sobre punto tan trascendental y abstruso.

Si lo absoluto, a juicio de don Juan, existe objetivamente, lo infinito, en cambio, no rebasa la esfera de lo ideal, viniendo a ser «como la idea incompleta de lo absoluto que reside en nuestro entendimiento... como la forma bajo la cual el entendimiento humano acierta a columbrar lo absoluto»<sup>108</sup>. Para don Juan hay en lo infinito algo de finito y limitado, ya que es un ser imperfecto y mudable quien lo concibe, y algo de inmutable y perfecto, puesto que lo concibe la conciencia humana, bajo la luz o resplandor del ser absoluto. «Lo infinito aparece como la negación de lo determinado.» Frente a la idea de lo absoluto, es decir, de lo invariable, de lo inmutable, de lo que constituye en todo momento la unidad idéntica a sí misma, surge lo infinito como constante «devenir», como lo indefinido y variable, con variabilidad sin remate ni término. Si lo infinito fue en el pensamiento de Valera la forma bajo la cual la mente humana acierta a vislumbrar lo absoluto, es también «como una forma superior del entendimiento, dentro de la cual concebimos todo lo finito». De donde resulta que si lo infinito es punto de apoyo desde donde se eleva la mente a considerar y abarcar lo absoluto, es también como continente de lo finito y limitado. «Lo infinito de cualquier duración finita -prosigue Valera- es el tiempo: lo infinito de cualquiera extensión finita es el espacio.» Y arguye más adelante: «El tiempo, el espacio y todo aquello que presupone un conjunto infinito de unidades, es subjetivo, no tiene realidad fuera de nosotros»<sup>109</sup>. ¿Ni como determinación inherente a las cosas? De ser así, ni Kant ni Hegel tendrían, de seguro, reparo de clase alguna en subscribir esta afirmación de Valera, ya que convienen, si bien por caminos distintos, en negar al tiempo realidad objetiva, considerándole como forma ideal de nuestro sentido interno.

Abandonemos estas sutilezas y abstracciones de la filosofía pura en obsequio a la amenidad de este capítulo.

Sobre la psicología del amor y con ocasión de unos comentarios discretísimos a la obra de igual título del señor González Serrano, discurrió Valera con singular fortuna. La primera manifestación del amor, considerado como energía de nuestro ser, es el amor a nosotros mismos, es decir, el amor propio. No hay ser que, dotado de vida, no tienda de modo instintivo y por irresistible propensión a conservarse y perfeccionarse. Esta fuerza y virtud del alma es razón y base de todos los afectos. El altruismo, que aparece en las personas como forma o modalidad del amor, contrapuesto al amor propio, es tan sólo, a poco que meditemos, la expansión, más o menos imperiosa del egoísmo. Del amor que nos tenemos y de la parte que de él damos a los demás seres que, como resultado de nuestro afecto hacia ellos, vienen como a incrustarse en cada uno de

nosotros, nacen la hermosura y concierto universales. «Nada sería ni permanecería lo bastante para cumplir sus fines -observa don Juan en sutil y poético discurso- si no tuviese el egoísmo ciego o inconsciente de mantener su ser; ni nada nuevo saldría sin ese mismo ser, que por egoísmo han conservado las cosas, si ese ser no se vertiese devotamente con efusión generosa y en desinteresado sacrificio, ya en el seno del amor, ya en el seno de la muerte, su hermana. Ciertamente que hasta las piedras, sin sentido y sin vida, observan estas dos leyes opuestas, y ora ligadas y en equilibrio mantienen la hermosa fábrica de una soberbia torre, ora movidas por el amor de la tierra, que a su centro las llama, ceden al fin a su peso, que es amor y atracción misteriosa, y vienen a derrumbarse y a convertir el edificio en ruinas y en escombros»<sup>110</sup>. Notemos, pues, cómo estas contradictorias manifestaciones de nuestro afecto, la egoísta y la altruista, están, con el rango de ley universal, en todos los seres, ya que en sentido figurado, la fuerza atractiva de los astros, las afinidades químicas y la instintiva simpatía de los animales, es amor, si bien el alcance y significación estrictos de esta palabra atribúyense al entendimiento que apetece, tras de conocidas, cosas que pueden ser objeto y fin de aquél. Si examinamos el impulso de nuestra alma, que nos lleva a buscar el bien, tendremos la psicología del amor, que será ciencia primera, teología o cosmología si analizamos ese bien que apetece y que está por cima de nosotros.

Al considerar Valera el alma, como los místicos y escolásticos, en sus tres modos o grados, y subir al último, esto es, al alma espiritual, en la que la verdad y la hermosura se abrazan y confunden hasta constituir una misma cosa, ¡qué oportuno correctivo pone a esa filosofía fisiológica o patológica, mejor dicho, tan en boga aún, que, miope para descubrir la altísima razón de ser del amor místico, coloca a Santa Teresa en el casillero de la dinamogenia o erotismo imaginario! Los juiciosos y sutiles argumentos de que se vale don Juan para echar por tierra tan vulgar teoría -vulgar a pesar de su aparato científico-, nos mueve a creer que Hahn, Novoa Santos y demás seguidores de esta grosera creencia, estudiaron el misticismo de la Santa de Ávila de igual modo que un maestro de obras puede examinar el Partenón. Valera, impulsado por su fe y por el arte de la Santa, percibe toda la grandeza y sublimidad de este ardentísimo amor, forjado por la inteligencia pura y recogido en el centro del alma espiritual, que es propugnáculo invulnerable, no ya sólo a las operaciones del alma inferior o sensitiva, sino también a las imágenes que el alma racional elabora y plasma.

De todos los aspectos que constituyen la fisonomía literaria de Valera, quizá sea la crítica el más interesante. No fue un censor adusto y esquinado, como Clarín y Revilla. Prefirió a la palmeta del dómine esa benevolencia aristocrática con que los seres superiores, que no están descontentos de la vida, miran lo que tienen en torno. Como buen diplomático y hombre de mundo gustaba de las crudezas de pensamiento; de aquí que ataviase primorosamente, incluso la censura y el desfavor. Bajo el guante blanco de sus comentarios hay un ariete que derriba y hunde lo que sólo en la apariencia es meritorio. Salvador Rueda sintió en su nombradía el impulso arremetedor de don Juan. ¿Qué tremendo correctivo hubo de poner éste a las obscenidades y descocado naturalismo del Himno a



la carne!<sup>111</sup>. Valera no desentonará nunca, ni prohijará expresiones acerbas e hirientes. Su crítica es meliflua, sin que llegue a empalagarnos. Pero a través de la dulzura de la frase descubrirá el punto flaco, la parte vulnerable de la cosa juzgada. Y sobre todo, discurrirá con tal juicio y con tan buen gusto respecto de las cuestiones más difíciles de estética y preceptiva; brotará de su pluma, como de vena inagotable, de inexhausto manantío, tal serie de reglas sobre el arte, que aprenderemos, sin sentir, cuanto de filosofía de lo bello debe conocer el hombre de letras.

¡Qué placenteros están en sus artículos de crítica literaria el buen gusto y el sentido común! Todo lo que, desde el ámbito señorial de la literatura clásica, se ha escrito de arte poética, ha sido divulgado con elegante sencillez por nuestro ilustre autor. Nunca le veremos titubear en la elección de modelo. Irá en derechura a la sana doctrina estética, al canon universalmente aceptado. Su cultura clásica, su dominio y señorío de las letras griegas, le depara en cada momento un firmísimo puntal de sus apreciaciones críticas. El tino, la certera puntería con que afirma o niega está avalada y robustecida por esa erudición humanista que Cejador, con imperdonable ligereza, llamó de «segunda mano», y que a mí me parece de la mejor ley. No olvidemos los años pasados en Nápoles, en contacto diario con los poetas y escritores del Renacimiento y estudiando griego antiguo y moderno en la amorosa compañía de Lucía Paladi. Tengamos presente que los viajes de Valera al extranjero proporcionaron a su espíritu un amplio y ecuménico sentido del arte, y que el conocimiento y posesión de las principales lenguas europeas facilitáronle el arribo a las literaturas occidentales.

La mentalidad española, muy rica en variantes y destellos, pocas veces tiró a especializarse en las múltiples disciplinas del saber. Hemos combinado las artes y géneros más contradictorios, cediendo así a la rebeldía y libertad del espíritu español, acostumbrado a ganar batallas cualquiera que sea el campo donde se libren. Viose, pues, arrastrado nuestro autor por esta propensión a dispersarse y atomizarse. Carácter y temperamento latinos, inteligencia aguda y pronta para penetrar el arcano de las cosas, pero ganada unas veces por la indolencia y otras por un impulso súbito y ciego. Encasillarse en tal o cual modalidad presupone una dirección fatal e irrevocable del espíritu, el tesón admirable de la voluntad al tomar la línea recta como norma de sus actividades y operaciones. Valera, sin orden ni concierto, mariposeó de unas disciplinas en otras, mas las adquisiciones de la mente se coordinaron al aquietarse y posarse, y lo que fue logrado de manera arbitraria, tuvo por último cuerpo proporcionado y armónico.

Poseía don Juan, además, brillantes facultades nativas para oficiar de crítico. La ponderación de su alma, la sensibilidad muy despierta siempre para impresionarse y emocionarse al contemplar la hermosura, el buen gusto; la razón, calculadora y fría, y un sentido común alerta y vigilante en su atalaya. Inclinado a la indulgencia por optimismo y bondad naturales, le veremos pasar el rasero, como él dice, y suprimir eminencias. De aquí que no condene, como Horacio, a los poetas medianos y que encuentre siempre en los libros alguna virtud para no echarlos al fuego, como hicieran el Barbero y el Cura con la mayor parte de los que

figuraban en la biblioteca de Don Quijote.

Reconoce Valera que es más idólatra que iconoclasta, proviniendo de esta circunstancia, sin duda; la fama que tenía de tolerante, bondadoso y optimista. Si la justicia y la verdad en su sentido estricto, riguroso, quedaron malparadas con ciertas ocasiones, no fue, precisamente, por negar o regatear méritos, sino por concederlos en demasía. Para mí lo bueno está por cima de lo verdadero. La verdad es función del entendimiento y está atada a principios y leyes inexorables. El bien es irresistible prurito de toda voluntad sana y perfecta, y está alentado por nuestro corazón, que se huelga y recrea con el amor de las cosas creadas.

A mi modo de ver, la virtud más eminente de Valera está representada por el caudal de sabia doctrina estética que administra con sumo tino sus trabajos de crítica literaria. Se podrán discutir otros aspectos de su labor de crítico, pero es indisputable la liberalidad y munificencia con que derrocha, el buen gusto, la pureza y el oro de muchos quilates, de sus opiniones sobre lo bello. Este recto juicio en el orden estético aparece en don Juan desde sus primeras aportaciones al acervo de nuestra literatura. Con ocasión del poema *El Proscrito*, de García de Quevedo, muestra Valera el buen gusto y la sana doctrina. En primer término niega la posibilidad de que en la época presente se pueda escribir una epopeya que abarque la civilización de nuestros días, como *El Ramáyana*, la oriental, y *La Iliada*, el ideal clásico. ¿Quién encontrará hoy una fórmula suprema, una idea que encierre o contenga en sí todas las demás ideas, sentimientos y fantasmas que están en nuestro espíritu? Triunfante el cristianismo sobre la civilización antigua y adueñada del mundo la teología, pudo surgir una nueva epopeya; pero Dante llegó con indudable retraso. Después, la diversidad de acontecimientos que registra la historia del mundo: el Renacimiento, la Reforma, la filosofía con sus múltiples sistemas, los inventos maravillosos, las discrepancias irreconciliables en moral, política y arte poética, hacen imposible la concepción de un vasto poema humanitario. Valera sostuvo idéntico punto de vista al juzgar el *Fausto*, de Goethe.

Acérrimo defensor del principio estético del arte por el arte, sostendrá en todo momento que el poeta ha de procurar el deleite de quien le lea, sin preocuparse de enseñarle nada. Una poesía didáctica ha de producir tedio por fuerza, y cualquier cosa menos poesía. En la llamada Edad de Oro, los poetas y los maestros cambiaban muchas veces sus papeles, metiéndose a enseñar los unos y a poetizar los otros. Se aprendía la ciencia de modo súbito e infuso. El poeta era, además, adivino y sacerdote, y las leyes adoptaban el lenguaje rítmico para comunicarse y extenderse de unos a otros. De los turdetanos se ha dicho que ponían en verso sus leyes, y en verso también hablaban las Sibilas. Pero la ciencia y la poesía son por naturaleza inconciliables. La una nace de la reflexión y del empirismo, y la otra es instintiva, producto de la fantasía y del entusiasmo. Valera piensa con Plutarco que la poesía debe ser fabulosa y embustera. Quien escriba versos ha de cuidar de la forma, ya que por ella, y solamente por ella, serán inmortales. No es la verdad que contienen, la virtud y la fuerza que nos mueven a leerlos, es la hermosura y primor del molde en que encerramos aquella verdad. Eche, pues, el poeta la enciclopedia lejos de sí y procure conmovernos y enternecernos,

inclinarnos al bien y despertar en nuestra alma los afectos más puros, nobles y elevados. La ciencia, que es naturalmente antipoética, cuando no afirma, niega. El poeta que yerra y se extravía en la selva de la ciencia, puede con su imaginación poderosa y su estro vibrante ir más allá de lo explorado y descubierto. En virtud de esta facultad o poder le está consentido hacer penetrar a Beatriz en la Gloria, o, como Orfeo, descender al infierno y hasta poblar el espacio, y las selvas, y los ríos, y las entrañas de la tierra, de silfos, brujas, hadas, sátiros, valkyrias, ondinas, sílfides, apsaras, peris, gnomos y otros personajes míticos, forjados quizá de materia tan sutil, que pasan inadvertidos a nuestros ojos. Lo maravilloso y sobrenatural no debe desaparecer de las representaciones estéticas. El corcel de la fantasía no admite otro freno que determinadas leyes de conveniencia y de lógica. No hay que confundir la verosimilitud prosaica y la científica con la estética. La verdad poética engendrada por nuestra imaginación y depurada por el buen gusto, nada tiene que ver con las verdades del mundo real. De aquí que la Historia pinte las cosas como son en realidad, y que la poesía las presente no como son, sino como debieran ser. Aristóteles deduce de cuanto va dicho, que la poesía, por ir más allá que la historia, es más filosófica que ésta. La extensión y elasticidad de las facultades del hombre no están limitadas en ningún tratado de fisiología o psicología. Mientras no estemos en posesión de la verdad absoluta y falten por descubrir leyes y principios de la naturaleza, y exista un universo por conocer y explorar, ¿en nombre de qué razón ha de renunciar el artista, dotado de pujante y excelsa fantasía, a poblar ese mundo incógnito y misterioso de seres imaginarios que recreen nuestro espíritu con su hermosura o poder sobrenaturales? En la superficie de las cosas creadas hay una verdad que nos es conocida; mas en lo íntimo de su naturaleza está el arcano que permite al poeta forjar maravillas.

Partidario entusiasta Valera de la sublime inutilidad del arte, sorpréndele que haya quienes lo tomen, no como fin, sino como medio para realizar otros fines. Por eso se muestra implacable impugnador de toda doctrina literaria que tienda a convertir la novela, la poesía y el teatro en tribuna moral, política o sociológica. Y cuando se le presenta ocasión de censurar tales yerros, arremete, bien provisto de razones y derrochando buen gusto y espiritual donaire, contra los que propugnan tan desacertada teoría. No busquemos, pues, en el arte otro objeto que el de realizar la belleza. La poesía no es arte útil y servil, sino liberal y desinteresado. Procura distraernos y emocionarnos, eleva y purifica nuestro pensamiento y le penetra y envuelve como raudal de luz increada. El artista que ha conseguido encadenar nuestra atención e impresionarnos hasta en la raíz del alma, sobrecogida y subyugada, ya puede darse por satisfecho y no aspirar a otra cosa que no sea el logro de tamaño hechizo, de tan sorprendente maravilla. Porque una vez realizada la hermosura, como único fin del arte, se desprende de ella todo bien y toda verdad, con lo que el espíritu se eleva y ennoblece y los hombres se perfeccionan y mejoran. De donde inferimos fácilmente que las bellas artes enseñan, sin proponérselo de modo deliberado y reflexivo, y poseen la virtud necesaria para trocar en buenas e inmejorables, incluso, las almas rudas y vulgares. Quien logra el ápice de lo sublime al transmitirnos por medio de la palabra la ternura

de su corazón y el fuego en que se abrasa su alma, sobresaltada por un sinnúmero de emociones y sentimientos, verá abrirse de par en par las puertas de la gloria y tejer a un tropel de ángeles y serafines la corona de rosas con que se adornará su frente.

Conocidos los puntos de vista más importantes de Valera en el orden estético, y enunciados aquellos preceptos de arte poética por que se gobierna el juicio de don Juan, no habrá de sorprendernos la actitud que adopta nuestro autor al juzgar la novela naturalista. ¡Con qué donosura, chiste y garabato, además de la fuerza suasoria de sus argumentos, se burló de los pujos científicos y experimentalistas de Zola y de sus ciegos discípulos de aquí y de allá! La controversia que se originó con tal motivo dio lugar a una colección de artículos muy interesantes, recogidos después en un libro, bajo el título de Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas<sup>112</sup>.

Combatió don Juan denodadamente a los novelistas que, tomando por irreprochable modelo al pontífice del naturalismo, arrastraron el arte por mancebías, hospitales, cloacas y suburbios de las ciudades populosas, y trajeron al ámbito de aquél casos clínicos y teratológicos, como si la bella literatura no tuviese ahora otro objeto que asquearnos y horrorizarnos, llenarnos de pústulas y de pus. Sube de punto esta literatura espantosa cuando se decide por la forma rítmica, como en Baudelaire y Rollinat.

El valor y la excelsitud del arte aumentan en razón directa de su inutilidad. En una obra pueden juntarse lo moral y lo verdadero, mas no porque estuviesen en el pensamiento del autor de modo deliberado y reflexivo, sino porque, cuando el arte llega a su ápice y cumple así su objeto, lleva en sí la misma esencia del bien y de la verdad, que se derrama por toda la obra, ungiéndola y magnificándola. A Valera repugnábale el precepto de Horacio: *Lectorem delectando pariterque monendo*. No se avenía a que el artista invadiese el terreno del moralista, ni del pedagogo, ni del hombre de ciencia. La actitud de Valera nos parece irreprochable. A nadie se le ocurrirá aprender historia y geografía en la *Cyropedia* y en el *Persiles*, respectivamente. Quien tenga cabal su juicio estudiará patología o sociología en las novelas naturalistas de allende el Pirineo, ni ciencias naturales o físicas leyendo a Verme y Salgari, ni teología en *La Divina Comedia*, ni las propiedades y aplicaciones de la electricidad en *La Eva futura*, de Viliers de L'Isle. Cualquiera tratado de estas ciencias, por modesto y rudimentario que sea, enseña muchísimo más de sus leyes, principios y cualidades. La poesía o bella literatura huye de la utilidad y del positivo provecho y se considera bastardeada y corrompida cuando se la saca de su propia órbita y se la destina a usos y oficios que se dan de cachetes con su esencial naturaleza.

No estuvo menos remiso al censurar las extravagancias de nuestros románticos, a quienes llama «secta quejumbrosa», y de cuya ignorancia -de la que hicieron alarde- se chanceó con singular desenfado. Condena la palabrería hueca de Zorrilla, el negro pesimismo del autor de *El Diablo Mundo*, así como la falta de orden de este poema y el batiborrillo de sus escenas y episodios, algunos indecorosos y patibularios. No es más benévolo con las rarezas del *Fausto*, de Goethe. Reprocha a Víctor Hugo las excentricidades y desatinos que desparramó, con desmedido afán de

singularizarse, en sus poesías, por otro lado hermosas, e incluso sublimes, y persigue sin saña, pero con firme resolución, la manía fúnebre, el sentimentalismo enfermizo, la tendencia misantrópica y antisocial, y la impiedad y el sacrilegio de los poetas románticos. Valera fue un clásico en cualquiera de sus actividades literarias. Lo mismo cuando compone versos, escritos muchos de ellos en el hervor del romanticismo, que cuando escribe novelas, pensadas y desarrolladas con sujeción al principio estético del arte por el arte, que cuando juzga las obras de los demás y se rige en sus juicios por la cultura clásica de que se ha nutrido su mente. Pero este clasicismo, que proviene de la educación y temperamento de Valera -tal como se entiende hoy esta última palabra- hizo a nuestro autor formular ciertas afirmaciones, en mi humilde sentir, poco atinadas. Reconoce Valera como verdad evidente, relevada de toda demostración, el progreso científico de nuestros días, mas niega de modo rotundo que hayamos adelantado lo más mínimo en el arte. Y puesto a considerar el fundamento que tenía Pompeyo Gener para profetizar la próxima aparición del superhombre sobre la tierra, niega que Alejandro fuese inferior a Napoleón, Aristóteles a Hegel, Píndaro o Isaías a Víctor Hugo, y Fidias a Canova y Thorwaldsen. La réplica que nuestro autor da a la profecía de Gener la tengo por afortunada y discretísima. Está además avalorada por cierto tono irónico y zumbón que sienta bien al propósito impugnador de Valera. De todos modos, tan exagerado nos parece el anunciar el inmediato advenimiento del superhombre, como negar el progreso del arte.

En primer término, el adelanto de la ciencia se produce escalonadamente. Huarte con su Examen de ingenios y los psicólogos místicos con su localización de las facultades orgánicas en una parte del encéfalo, fueron precursores de los modernos frenólogos. No habría existido Linneo, como naturalista, seguramente, sin las obscuras aportaciones de Álvarez Chanca, el notable estudio del jesuita José de Acosta y otros meritísimos trabajos que precedieron a aquél. Sin descubrir la electricidad no sería posible el teléfono, ni las industrias movidas por fluido eléctrico, y sin el vapor aún emplearíamos la diligencia y la vela o el remo. La ciencia es reflexiva y racional, no se posee de golpe como la infusa; sólo después de mucha vigilia, estudios y experiencias llegamos a establecer leyes y principios que permanecían ignorados. Pero el arte se origina de manera intuitiva y providencial, esto es, por inspiración, y cabe que en épocas de incultura, de escasísimos inventos o incluso de absoluta cerrazón para la ciencia, se den obras de indiscutible mérito. Ni el teléfono, ni el aeroplano, ni la televisión existían cuando se compuso La Iliada o el Mahabharata. A mi modo de ver, la inventiva de los grandes poetas se desenvolvía más desembarazadamente en épocas en que las ciencias físicas y naturales estaban, como si dijéramos, en mantillas. Hoy sería imposible el poema de Valmiki, que sólo puede darse en época de primitivo candor, porque las objeciones y reparos que formula la mente humana a la imaginación provienen, sin duda, del refinamiento de la inteligencia, de la mayor severidad de sus normas discursivas. Y todo esto es el resultado del progreso social. Los grandes poetas alemanes construyen sus poemas con sujeción a reglas predeterminadas. Por eso carecen de la agreste lozanía de la poesía antigua. La razón se ha erigido en juez inapelable de

nuestros pensamientos y actos, y, en su virtud, la fantasía ha plegado las alas. Así y todo no me atrevería yo a negar el progreso del arte. Lo que sucede es que el genio literario no toma cuerpo y realidad en manifestaciones aisladas, no se limita a un número reducido de figuras representativas que asumen la facultad de crear y se encaraman al pináculo de la gloria. El arte parece como si se hubiera democratizado y universalizado. La poesía, la novela y el teatro se nutren de una pléyade de brillantes ingenios, y surgen multitud de obras que prueban cómo la llama sagrada de la inspiración resplandece en el tabernáculo del alma colectiva. No es sólo Grecia la que llena de fulgores de su espíritu al mundo entero, son doce o quince pueblos, encendidos y exaltados por la rivalidad y la emulación, los que proyectan en torno los destellos de su genio artístico; es el ansia fecunda de concebir, revelada a través de diversas psicologías y temperamentos.

Para hacer más fácil nuestro discurso vamos a servirnos del siguiente paradigma: La riqueza de cada país no está integrada hoy por el patrimonio fabuloso de varias familias. Como las sociedades evolucionan en el sentido de repartirse su economía, lo cual es signo elocuente del valer individual, de las aptitudes y merecimientos de cada uno, la cifra total de bienes aparece formada por una serie casi infinita de sumandos, que representan a otros tantos capitalistas o propietarios. De igual manera concibo el arte de nuestro tiempo, como una suma de esfuerzos parciales y múltiples, como el resultado de una potencia creadora que se escinde en sinnúmero de factores. Fuera de que existen vigorosas individualidades que nada desmerecerían en su comparación -si no fuese odioso el comparar- con los modelos más excelentes de la literatura griega.

Respecto de la música, que es quintaesencia del arte, ya que expresa ideas y sentimientos vagos e inefables que no encuentran acomodo en las palabras, el progreso está fuera de toda discusión.

El valor polifónico de nuestras obras musicales, los orfeones, orquestas sinfónicas y concertistas o virtuosos, como hoy se los llama, representan un adelanto evidente. Ni los cantos de boda, que acompañados de la forminge o cítara, entonaban los mozos en el acto nupcial, ni los que interpretaban los campesinos en obsequio de Hylas o de Bormos, con motivo de la recolección de las mieses o de la vendimia, podrían rivalizar con nuestros músicos y ejecutantes. No seré yo quien dude del sentimiento y bríos de los rapsodas cuando festejaban a Minerva en las Panateneas, ni del arte que ponían en sus tocatas los tañedores de flauta, mientras los danzarines, bajo la égida de sus armaduras, simulaban la lucha de la diosa con los titanos. El primitivo candor de esta música divina y la maestría y gusto de sus intérpretes debieron impresionar hasta en la raíz del alma a la multitud que los aplaudía con fervorosa unción. Pero tengo mis temores de que el mismo Marsias, vencido por Apolo en el indeleble torneo, habría sido derrotado también en nuestros días por cualquier mortal, virtuoso de la flauta, sin el peligro, además, de ser descuartizado.

El clasicismo de Valera y su sentido aristocrático de la vida y del arte, le arrastraron a establecer algunas afirmaciones, en mi modesto sentir, equivocadas. En su discurso de ingreso en la Academia se menosprecia la poesía popular y se sostienen puntos de vista por demás aventurados. Valera, debido sin duda a su gusto alambicado y sutil, no se detuvo a

paladear el panal de rica miel de la poesía anónima y colectiva. No achaco yo el desvío a falta de estudio para sentir y comprender el tesoro de ternura, bizarría y espontaneidad de los poetas populares. Procede este desvío de la psicología y de la educación social de nuestro autor, de sus naturales inclinaciones por lo clásico y lo erudito, del elemento en que se desarrolló su espiritualidad. En todos los actos y pormenores de su vida resplandece el buen gusto, con propensión a aristocratizarse. El alma de Valera se siente atraída por un tipo de belleza ideal, sin las deformidades o lunares, al menos, con que surge, de las rudas manos del pueblo, la hermosura. El arte para él ha de estar vertido en esplendente copa, labrada por sutil orfebre. No fue otra la causa de su desamor respecto de la musa innominada y colectiva. Por eso nos parece crítica deslenguada e incivil la que hace Cejador de este yerro de don Juan. Conformes en el fondo con el ilustre comentarista de *La Celestina*, discrepamos en cuanto a la manera de exteriorizar su pensamiento. Parecería lógico que don Juan, en las postrimerías de su vida longeva y al igual que otros críticos, cuyo disentimiento de las normas y gustos de la última generación literaria de ellos conocida se revela con el desvío, incluso la animosidad respecto de la misma, parecería lógico, decíamos, que nuestro autor hubiese visto mal las nuevas orientaciones del arte, y por tanto a sus figuras más representativas. No hubo tal cosa. La crítica de Valera acogió con lisonjas y ditirambos cuanto había de bueno en los libros de fines del XIX y principios de la actual centuria. No le faltó el optimismo, ni la benevolencia señorial en aquellos postreros momentos de su vida en que tanto habían de pesarle los años, la falta de luz en sus ojos y la pérdida -de todo rescate imposible- de seres muy queridos. En las colecciones de sus artículos de crítica literaria abunda el examen liberal y juicioso de muchos autores de hoy, consagrados por la fama o relegados a una aurea mediocritas. Salvador Rueda, Baroja, Cavestany, Palau, Danvila, Reyes, Icaza, Marquina, Benavente y otros, han movido la pluma de Valera, y en no pocos casos, en sentido elogioso. Quiere esto decir que no se enquistó, ni anquilosó -valga la metáfora- el espíritu de don Juan; que estuvo siempre atento a las nuevas creaciones de nuestro genio literario y que las juzgó de modo comprensivo, sobreponiéndose en muchos casos a la influencia de los principios, connaturales unas y adquiridos otros, a que se atuvo en todo instante en sus juicios y comentarios. Fue, pues, en los últimos años de su vida, un crítico acogedor y expansivo, una especie de Mecenas o Luis de Baviera, y que si no abría su escarcela a cada paso, por estar exhausta, prodigaba, en cambio, el precioso metal de sus alabanzas. Hay críticos que a cierta edad se hacen rijosos y gruñones; también los hay que para ser así no necesitan llegar a viejos. Don Juan fue en todo momento liberal, desprendido, no escatimó el aplauso; si pecó de algo, por exceso fue, no por defecto.

Otra faz muy interesante de la crítica de don Juan es aquella que se refiere a la interpretación y comentarios de nuestra literatura clásica. Como no es posible que examinemos uno por uno Y con la atención debida todos los trabajos que dedicó Valera a nuestros clásicos, nos limitaremos a exponer, entreverados de algunos juicios personales, los puntos más notables que abarcan sus comentarios al Quijote.

Dos importantes trabajos de Valera versan sobre nuestro libro inmortal.

Uno corresponde a los primeros años de académico de la Española, y el otro fue también leído en ésta, y en acto memorable, días después de ocurrir el óbito de don Juan I 13. El Quijote, como todas las grandes obras, ha sugerido multitud de opiniones, favorables y admirativas las más, y adversas, en parte, las menos. Quiénes se han detenido a espigar el léxico y la mejor o peor gramática de Cervantes, y han visto semejanzas entre ciertos pormenores pueriles de la famosa novela y otros, no menos insignificantes, de los libros de caballerías; quiénes descubren el sentido esotérico del Quijote y sostienen, entre otros absurdos, que los tres vestidos de Vicente de la Roca representan el misterio de la Trinidad o, haciendo de esta obra complicado acertijo, afirman que el licenciado Alonso Pérez de Alcobendas es, en anagrama, Blanco de Paz, y Sancho Panza, fray Luis de Aliaga; ora se supone que el Quijote es una sátira despiadada contra Carlos V o Felipe II; ya se da por hecho que Cervantes se burló del Santo Oficio, de los clérigos, de San Jorge y de Santiago, nuestro patrón, cuando ve en estos últimos ciertas virtudes caballerescas.

Contra estos extravíos de la crítica se alza Valera, aniquilando con su buen sentido y sin tener para ello que torturarse el entendimiento, toda esta serie de desatinos y mentecateces. El Quijote a juicio de don Juan, es una parodia de los libros de caballerías. Pero considerada la parodia, en su sentido más profundo. Generalmente, el objeto de la parodia, si el autor de ella es altísimo poeta, se presenta a sus ojos como un ideal hermoso que le cautiva y subyuga, y que arrebató incluso su entendimiento, mar de cuyo ideal, por anacrónico o por ilógico, se siente divorciado. Que éste es el caso de Cervantes lo demuestra el hecho de que, en el Quijote, el espíritu caballeresco antes resultó confirmado que negado. Cervantes se propuso concluir con él, pero «la inspiración inconsciente» del genial novelista se sobrepuso a su facultad discursiva, y la burla se circunscribió a cuanto hay de amanerado, extravagante y vicioso en los libros de caballerías, salvándose, en cambio, el sentir caballeresco, la sana hidalguía, el amor súbito y constante de los héroes de esta literatura. Pierde el tiempo quien vea otra cosa en la inmortal novela. Cervantes no pretendió menoscabar ni el ideal político de la España de entonces, ni el sentimiento religioso, ni la fama de tal o cual rey. Menos aún burlarse del espíritu español en lo que tiene de ambicioso y ecuménico. Las tristes andanzas del primer novelista del mundo, los desdenes de la fortuna, que tan esquiva le fue, nada o poca cosa influyeron en el plan y desarrollo del maravilloso libro. Se equivocan de medio a medio los que le atribuyen un sentido tétrico y pesimista. Cervantes cerró los ojos a lo feo y los tuvo bien abiertos para contemplar la hermosura de todo lo que es noble y bueno. Don Quijote, despojado de su «graciosa locura», es un caballero en quien concurren las prendas más altas y estimables: moral sin tacha, claro entendimiento, trato urbano y gentil. Sancho no es, como se pretende por algunos críticos, la antítesis de Alonso Quijano, sino su complemento. El prurito filosófico de los escritores de hoy presenta a estas dos figuras con un sentido simbólico que no les dio Cervantes. Se ha intentado ver en el Quijote el antipodismo de lo ideal y de lo real. El poderoso incremento de la filosofía en el siglo XIX arrastró a la crítica a establecer afirmaciones y corolarios que, si son buena prueba del agudo y perspicaz sentido de pensadores y



comentaristas, están bien lejos de la verdadera significación del Quijote, si nos atenemos al propósito del autor. Era éste hombre de escasas letras, como se desprende de sus yerros y distracciones, de las faltas gramaticales que comete y de las citas equivocadas. Cuanto escribió fue fruto de su inspiración semidivina, de la intuición súbita de su alma, hermana gemela, salvada la distancia y modo, de aquellos grandes poetas de la literatura clásica, que obraban instintivamente, arrebatados por una inspiración inconsciente e irreflexiva. Don Quijote es, de su época, el arquetipo del hidalgo español, y Sancho, el rústico ideal. El carácter egoísta y rencoroso de nuestro tiempo propende a complicar todas las cosas, a ver mala intención y torcidos propósitos donde sólo hay buena fe y un poco de chiste. Si descubrimos en una obra cierto sentido chancero y satírico, la chanza es sangrienta y la sátira venenosa como picadura de áspid. Que el objeto de un autor enamorado del arte e infatigable perseguidor de la belleza es distraernos y emocionarnos, no faltará quien porfíe que su intención es la de probar esta o aquella tesis y conseguir, bajo el disfraz de novelista, fama de filósofo, pedagogo o de hombre de ciencia. El Quijote fue un libro ameno y hermoso, sin filosofías ni logogrifos, que no estaban en el espíritu sencillo y poético del que lo escribió. Cervantes no dio forma humana y tangible en Sancho a las ordinarietas e impurezas de la realidad. Bastará recordar que Don Quijote le llama «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». Hay tal rectitud en su juicio, tal buena fe y mansedumbre en su simpática persona, tal inocencia en su malicia y discreción en sus resoluciones cuando gobernaba la ínsula, y por último, tanta sencillez y naturalidad en sus sentencias y actitudes, que sólo un sentido común malquisto con la razón puede atribuir a Cervantes la idea de encerrar en la ingenua figura de Sancho cuanto hay de grosero, vulgar y odioso en la vida. Siempre brilló el buen sentido de Valera en todos sus trabajos filosóficos o literarios; pero en estos dos bellísimos discursos académicos de que venimos tratando, se pone más de realce el tino con que interpreta y apostilla la genial novela.

Sólo a título de meticolosos citaremos, como de pasada y refilón, algunas impropiedades, descuidos y contradicciones de don Juan.

Incluye don Juan, equivocadamente, a Copérnico entre los sabios y hombres de ciencia del siglo XVII (Obras Completas, tomo I, página 61) y da por hecho, cuando la crítica sabia no ha dicho aún sobre este punto la última palabra, que el Abencerraje es de Villegas (Obras Completas, tomo XXVI, página 8); La tía fingida, de Cervantes (Obras Completas, tomo I, página 107), y el poema Alexandre, de Lorenzo de Segura (Obras Completas, tomo I, página 73), si bien lo más probable es que el tal Lorenzo de Segura fuese un mero copista, como lo fue Per Abbat del Poema del Cid y el Turolde, de Roland.

En el volumen XXXVI de sus Obras Completas, página 61, trastrueca el sentido de cierta atrevida ocurrencia de Voltaire y dice tomarla de El hombre de los cincuenta ducados, apareciendo por el contrario en el Micromegas, con alcance diametralmente distinto del que le asigna nuestro autor.

Existe una contradicción evidente entre lo que afirma Valera sobre el Santo Oficio (Obras Completas, tomo I, página 105, y tomo XXXV, página 15)

y la tesis que sostuvo en su réplica al discurso de recepción de Núñez de Arce en la Academia Española (Obras Completas, tomo XXXV, páginas 267-305). Circunstancia que viene a corroborar nuestra idea de que don Juan era muy propenso, por el prurito de discutir, a variar de parecer con tal de invalidar y destruir el del contrario. Esta inclinación es muy frecuente en las personas que están seguras de sus armas y aptitudes polémicas.

Y por último -pues no es nuestro propósito traer estas distracciones a la colada, sino probar la atención con que hemos leído las obras de Valera-pone éste (Obras Completas, tomo XVI, páginas 19 y 20) en labios del personaje Francisco de Cuéllar una afortunada frase de Santa Teresa; pero lo más probable es que la santa no hubiese pronunciado aún, en los años en que se desarrolla la acción dramática, tales palabras. Desde luego podemos asegurar que no se habían escrito. Las obras de Teresa de Jesús, que no se publicaron por primera vez hasta 1588, no habían sido escritas en 1542, en que se supone ocurre la fábula. Además, ni las costumbres de Cuéllar, ni los lugares que de ordinario visitaba, abonan la creencia de que la aludida frase, de estar ya dicha por la Santa y de andar de boca en boca, como golosina que era muy preciada, fuese de aquél conocida. Estos descuidillos, muy frecuentes en nuestro teatro clásico, son menos disculpables en un crítico de la altura de don Juan.

Aunque parezca insondable la mente de Valera y sin término conocido su saber, si el que le lea, lee como nosotros sus obras de cabo a rabo y sin entreverar la lectura con la de otros libros, hallará innumerables reincidencias de pensamiento, instintiva propensión por determinadas citas y repetidos recursos dialécticos. Esta experiencia nos impulsa a aconsejar, respecto de todo escritor fecundo, prolífico, que se le lea con altos e interrupciones, alternando la lectura con la de otras obras, pues pienso de esto lo mismo que de los hombres célebres con relación a sus ayudas de cámara. Si aquí es la familiaridad lo que resta esplendor y brillo a la fama de aquéllos, en la lectura, de corrido, de un autor, es la permanencia del contacto con él, la razón de que descubramos los defectos mentados, que en fin de cuentas, nada deslucen ni menguan el resplandor de su gloria, pero sí dejan en nuestro espíritu como la sombra, casi imperceptible, de una pequeña desilusión.

## Capítulo V

### El teatro, el periódico y el cuento

#### I

La poesía y el teatro fueron las primeras tentaciones del ilustre

egabrense. El ser poeta en aquellos días de fiebre romántica daba a la persona cierto realce y brillantez, difíciles de lograr por otro lado. Las profesiones liberales eran escasas y producían exiguos rendimientos. Para hacerse notar, e incluso para encaramarse al pináculo de la fama, zahareña y esquiva a nuestras solicitudes, no había más que dos caminos: la política o la literatura, en sus principales modalidades, es decir, la poesía y el teatro. Tampoco estos gloriosos oficios o actividades del espíritu proporcionaban la holgura y bienestar a que aspira el hombre por modesto y sencillo que sea. Daban en todo caso, y con manifiesta parvedad, días de gloria que, como no es materia sonante y contante, en poco se estimaba. En El Parnasillo de la calle del Príncipe se reunía la flor y nata de nuestras letras, «desde Ferrer del Río hasta don Eusebio Asquerino». Era lo que hoy, en lenguaje despectivo, se llamaría un cafetín. Angosta sala sin pretensiones en el mobiliario ni en el decorado, tétrica durante el día e iluminada desde el atardecer por una lámpara de candilones. En este sombrío habitáculo se discutía lo humano y lo divino, lanzábanse epigramas que eran dardos venenosos; la envidia, el mal humor, el pesimismo escéptico y la blasfemia de la herejía y de la incredulidad encontraban fácil asiento entre sus cuatro paredes. Al Liceo no solía ir nuestra high life, por considerarlo punto de reunión de lo más bajo y plebeyo de la sociedad madrileña. Se bailaba y discreteaba de lo lindo en casa de Montijo, Frías y Pérez Seoane. Y como a don Juan, muy mozo a la sazón y poco contagiado de la tristeza y misantropía imperantes, gustábale sacar de las cosas el mayor partido, divertíase y aprovechábase de todo, claro es que haciendo los equilibrios y combinaciones a que se veía obligado por la situación bastante crítica de su casa. Había, pues, que salir a todo trance de aquella especie de marasmo espiritual en que estaba sumido, lanzarse a la conquista de algo, fama o dinero, y a ser posible ambas cosas, que entonces es, precisamente, cuando nos tenemos por dichosos y afortunados. La poesía, ni aun en lo más alto del Parnaso, donde se hallarán sin duda los elegidos de Apolo y de las Musas, proporcionaba bienes materiales; en cambio, el teatro, debido a la protección del conde de San Luis, que se había dado maña a arrancar a los autores dramáticos, de las garras de las empresas y de las compañías, daba algo, aunque, si bien se mira, una miseria. Pero las tentativas dramáticas de Valera redujéronse a poca cosa; al propósito de escribir, en colaboración con Baralt, un drama, cuyo héroe sería don Juan I de Aragón, que, a juicio de nuestro autor, era «una especie de Sardanápalo de buena ley». Consultáronse pormenores sobre el asunto en la Biblioteca Nacional. Mas lo cierto es que la idea quedó sin realizarse y que tendremos que esperar un buen puñado de años para que resuciten aquellas pretensiones dramáticas.

Es en 1878 cuando despierta su afición de nuevo. Procuraba Valera hacerse autor popular, bien porque desconocido del gran público buscase el estímulo y halago de sus aplausos, bien por conseguir compensación pecuniaria a sus actividades artísticas, tan pobremente remuneradoras hasta entonces. Ganada su voluntad de esta idea aventurose a escribir una zarzuela titulada *Lo mejor del tesoro*<sup>14</sup>, y cuyo argumento está tomado de *Las mil y una noches*. Pensó Valera muy satisfecho que el fácil parto de su ingenio reunía cuanto era de apetecer en esta índole de creaciones: sal

ática, versificación elegante y espontánea y algunos ribetes de jocosa ironía. Deseoso de confirmar en opinión de los demás los méritos que creía advertir en la zarzuela, sometióla al dictamen de aquellas personas<sup>115</sup> que por su pericia y autoridad en la materia podían emitir su parecer sin equivocarse; mas fue éste adverso. Ni en la obra había chiste, y si lo había, tan oculto y recóndito, que sería menester desenterrarlo y sacarlo a luz, como hiciera don Nicolás Díaz de Benjumea con el sentido esotérico y misterioso del Quijote, ni los primores que don Juan atribuía a su zarzuela existían fuera de la imaginación del autor. Además, el montar la obra, como ahora se dice, habría costado varios miles de duros, y no era cosa de lanzarse a ello, tenidos en cuenta los reparos y tildes que los peritos en el arte escénico habían formulado.

Graciosísima y desenfadada es la explicación que Valera da de todo esto en la dedicatoria de sus obras teatrales a la marquesa de Heredia<sup>116</sup>.

De igual época son *La venganza de Atahualpa* y *Asclepigenia*. Si no supiésemos hasta la saciedad, dada la reiteración con que nos lo ha dicho Valera, lo enemigo que fue de apartar al arte de sus propios fines, veríamos en la primera de las obras citadas el propósito de condenar la irreflexiva y antipolítica resolución de Pizarro respecto del inca Atahualpa. Mas como don Juan arremetió inexorable, en cuantas ocasiones se le presentaron, contra los que consideran que el teatro es escuela de moral, hemos de pensar tan sólo que Valera se propuso, por medio de una fábula dramática bien ideada y pulcramente escrita, llevar al terreno del arte aquel dicho de Gomara que encabeza la lectura del drama, sobre el fin expiatorio sufrido por cuantos tomaron parte en la muerte del famoso indio.

De *Asclepigenia* ya hemos dicho cuanto convenía a nuestro objeto al tratar del humanismo de Valera. Más que una tentativa dramática es un primoroso diálogo de filosofía erótica. Como cierto biógrafo de don Juan afirma, que el diálogo está «cargado de transparentes alusiones madrileñas»<sup>117</sup>, quisiéramos formular unos reparos a dicha manifestación, mas sin pretensiones de haber resuelto este punto, en mi sentir, algo confuso. Debíó de fundarse el aludido biógrafo en estas palabras de Valera: «... en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interés de actualidad». Pero si seguimos leyendo notaremos que la actualidad a que alude don Juan tiene un alcance exclusivamente filosófico. Más adelante afirma nuestro autor que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, excepto Eumorfo y Crematurgo, y que ha puesto grande cuidado en conservar el carácter con que en la historia aparecen. De ninguna de estas afirmaciones ha de inferirse, a mi ver, que el lindo diálogo que nos ocupa contenga transparentes alusiones madrileñas. Ni el padre Blanco García, ni Gómez de Baquero han advertido estas alusiones. ¿No es natural que siendo el primero de estos críticos coetáneo de Valera hubiese descubierto, de existir, ese alcance alusivo, cuando habría que suponerle perfectamente enterado de la vida y milagros de la sociedad madrileña en aquellos días? Por otra parte, don Juan, desde el momento que combatía con singular denuedo a los eruditos que, a fuerza de zahoríes descubrían en algunas obras del pasado un sentido oculto y jeroglífico, habrá que suponerle refractario a escribir obras de clave.

Haya o no tales alusiones, ningún valor darían al diálogo, cuyo mérito

principal y único está en el estilo y en las ideas. Que este o aquel personaje sean representaciones, más o menos exactas, de otros de verdad; que determinados tipos de las novelas de Valera, como insinúa el señor Juderías, hayan existido en Cabra, Doña Mencía o Baena -todavía existe en Doña Mencía una Juanita la Larga, nieta o bisnieta de la protagonista de la novela de este mismo nombre-, en nada aumenta el arte de sus creaciones, que no tienen otro mérito que el que les da el autor al concebirlas y desarrollarlas. Verdaderos y no fingidos, ni disfrazados o disimulados siquiera, son el Carlos V y el Juan de Austria, de Zapata y Juan Rufo, respectivamente, y por falta de briosa inspiración y espíritu creador en sus cantores aparecen desgachados y confusos.

El prurito filosófico de Valera y su conformidad con la vida muévenle a burlarse de la sombría y absurda concepción que del universo se forjó Schopenhauer, y de otras teorías, como el espiritismo, muy en boga a la sazón.

Gopa (1880) es un diálogo filosófico en el que don Juan se ríe, sin hiel ni prejuicio alguno, de la simpleza del príncipe Sidarta (Budha), cuando renuncia a su adorable mujer y a la vida hermosa y esplendente que le rodea. Enamorado Valera del mundo y de sus hechizos y encantos; consecuente con su naturaleza optimista y jocunda, búrlese, de muy lindo modo, de los filósofos que, al cabo de tantas conquistas y sucesos de universal memoria, se retrotraen a las doctrinas brahmánicas y presienten en el aniquilamiento de la humanidad -digna de mejor suerte, sobre todo si hemos de tener nuestro tránsito por esta vida como camino de prueba y perfección para alcanzar la celestial bienaventuranza- el anhelado término de nuestro destino y la compensación de cuantos dolores acibararon y abatieron nuestro espíritu<sup>118</sup>.

Compuso don Juan, además, el monólogo Los telefonemas de Manolita (1896); el comprimido dramático Estragos de amor y celos (1898), escrito con arreglo a ciertas condiciones impuestas por uno de sus intérpretes y representado en el teatro improvisado al efecto en casa de don Fernando Bauer, y Amor puesto a prueba (1903), linda comedia de trama y corte clásicos.

El mismo don Juan reconoce su falta de aptitud para cultivar con éxito el presente género. Carece de la fuerza sugestiva y cautivadora de los autores dramáticos, de la fantasía constructiva y de la facultad de concretar los sentimientos e ideas que han de atribuirse en la farsa a los que en ella intervienen. Comprendió, sin duda, las magnas dificultades de que está erizado el arte escénico, cuando no se propuso cosa de mayor empeño que las obritas que acabamos de enumerar, las cuales son a mi ver entretenidos quehaceres en que se ocupó, gustosa y propicia, la mente de don Juan, de suyo inquieta.

## II

Si el título de periodista corresponde a todo el que con cierta

regularidad escribe en los periódicos, nadie tendrá más derecho que don Juan a ostentarlo. Sus trabajos literarios aparecieron primeramente, en su mayoría, en periódicos y revistas. Tengo yo, sin embargo, una idea más restringida del presente oficio. El periódico se distingue por su labor anónima. Ni el llamado artículo de fondo o editorial, ni las informaciones y reseñas, ni las gacetillas y sueltos sobre tal o cual acontecimiento, llevan la firma del autor. Aquello que es, como si dijéramos, la médula de su ideología, el testimonio permanente y específico de su orientación, circula y se diluye por el periódico sin que aparezca, aunque se suponga, el nombre de quien, de modo directo o a través de redactores íntimamente identificados con él, da vida propia y carácter distintivo y peculiar a la publicación. Las firmas vienen después como valiosa añadidura, como arrequite o adorno. Pero estos colaboradores que prestan singular atractivo a la hoja impresa, en mi sentir tienen más de literatos que de periodistas. Escasamente intervienen en aquella labor interna y caracterizante que proporciona vida substancial al periódico. Tratan las cuestiones de un modo científico y dogmático o comentan con frívolo desenfado el último suceso político; fantasean lo que les viene en gana y aspiran más o menos a la supervivencia, a la posteridad, por cuanto recogen en elegante volumen los artículos dados a luz en la prensa. En cambio, el verdadero periodista es un mártir de su oficio, renuncia a la inmortalidad e incluso a un modestísimo sobrevivirse. Su trabajo es oscuro y deslucido, porque, como Trofonio, se entierra y esconde. De una efímera duración cuanto sale de los puntos de su pluma, por bien cortada y discreta que sea. Son los trabajadores de la gloria ajena. Con su benevolencia cimentan la nombradía de los demás. Contribuyen a aupar a osados zarramplines, que encuentran en su misma ingravidez cierta facilidad para encumbrarse. Claro que no siempre aúpan y jalean, pues el periódico es poderosa, temible arma de dos filos. Hay ocasiones en que no es miel, sino veneno, lo que corre por sus venas. La admiración del público respecto de la verdadera labor periodística no halla objeto personal a que dirigirse. Se me podrá argüir que Burell fue periodista y académico. Efectivamente. Pero ya se ha dicho por alguien, y si no se ha dicho lo diremos nosotros, que Burell hacía la misma falta en la Academia Española que Jesús en Fornos.

Establecido este punto de vista, las anónimas actividades periodísticas de Valera poco o nada han de influir en la valoración de sus méritos. La irresistible atracción que la prensa ejercía sobre don Juan queda probada con decir que no contaría éste quince años cuando dio sus primicias de poeta a El Guadalorce, de Málaga, y trasladado a Granada para seguir los estudios de Leyes, colaboró en El Pasatiempo, La Distracción y La Alhambra. En estos años de furor romántico, Valera no sabe por qué camino decidirse. Tiéntale, de una parte, la actualidad literaria, representada por escritores y poetas que habían conseguido grande celebridad, pero de otro lado le retiene su sentido clásico del arte. De todas maneras, y pese a esta inclinación ingénita al clasicismo y a los héroes paganos, bullían en su mente las ideas e inquietudes en que tan pródigos fueron los poetas románticos. Desesperábase y prorrumpía en quejas y lamentaciones como cualquiera autor de la época. En los versos de aquellos días, según propia confesión, hay «pájaros de mal agüero, brujas y bultos con negro capuz».

El buen gusto y el sentido común sobrepusieron a esta floración romántica, y los estudios clásicos, bien dirigidos por los canónigos don Baltasar Lirola y don Juan Cueto, despertaron su sensibilidad y la encaminaron a gustar más finos y delicados manjares.

Pero en estas tentativas literarias a que le empuja una vocación tornadiza, es el escritor o el poeta y no el periodista el que comienza a perfilarse. Verdaderamente, su periodismo, tal como nosotros lo entendemos, aparece de modo esporádico y con trazos poco vigorosos. En 1859, y con la ayuda de Alarcón, que abandonó el puesto en seguida por marchar a la guerra de África, Maldonado y Macanaz y Santos, Álvarez, dio a luz La Malva, que lo hacía solo por fas o por nefas, ya que los otros dos colaboradores andaban solicitados por apremiantes ocupaciones ajenas al oficio de periodista o ganados de la desidia. En las páginas de este «periodiquín», como él lo llamaba, arremetió, en burla, contra la filosofía krausista, en artículos titulados El Dios Yo, La carta de Roque a Petra y otros.

Al año siguiente de aparecer La Malva escribió con Antonio María Segovia El Cócora, donde con el pseudónimo de El Rancio reanudó sus chanzas respecto de la filosofía alemana. Entró a formar parte de la redacción de El Contemporáneo al iniciar, también por esta fecha, su vida de político activo, y dirigió El Progreso en 1865. La labor anónima por él llevada a cabo en estos periódicos fue difusa y accidental.

Los artículos de colaboración escasamente remediaban los apuros económicos de don Juan. En un país tan pobre como el nuestro, la literatura, cualquiera que sea el vehículo que adopte para llegar al público, ha de estar por fuerza mal retribuida. La Ilustración Española y Americana debía de ser de los pocos periódicos que pagaban con cierta liberalidad a sus colaboradores. Sin embargo, firmas tan prestigiosas como la de Castelar y la de Cañete no recibían más de veinte duros por cada trabajo. Y si se trataba de composiciones líricas, acogíanse al criterio, bastante cómodo, de que una poesía de este género o carece de valor en absoluto o no tiene precio, con lo cual resultaba gratis la colaboración en verso, de no tratarse de algún cuento o romance de regular extensión. Infiérese de aquí que don Juan no percibía la más mínima retribución pecuniaria por sus poesías líricas, y que sólo las narrativas o la prosa era pagada por el Señor De Carlos a veinte duros, como queda dicho.

También es extraño que los artículos que Valera escribía en la plenitud de su renombre literario durmiesen el sueño de los justos en la redacción del periódico o revista a que se destinaban, y que hubiera que recordar al director de la publicación el envío. Pero así sucedía, según refiere el ilustre humanista en sus cartas a Menéndez y Pelayo.

Sirva de consuelo este hecho a tanto aprendiz de literato, impaciente de no ver aparecer el fruto de su ingenio en letras de molde.

La publicación de El Centenario, encomendada a don Juan, ya en el declive de su vida y con motivo de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, costó a Valera, no sólo contrariedades y disgustos de orden moral, sino buenas pesetas de su propio bolsillo ya que la subvención del Estado -la revista tenía cierto carácter oficial- y los ingresos de la misma no llegaron a cubrir gastos. De aquí que nuestro glorioso escritor tomase aborrecimiento a las cosas de América, como

declara con notable desenfado en sus epístolas al conde de las Navas, por las que sabemos también cómo terminaron las amistosas relaciones de don Juan y un eximio compañero de humanidades, santanderino por más señas, con quien había sostenido copiosa correspondencia.

Valera no fue nunca un escritor sintético y preciso, enamorado de la concisión. Para ser periodista le sobraba lastre erudito. Nadie como don Juan tan propenso a dilatarse en sus artículos. Era un escritor de revistas, donde siempre hay más holgado sitio para explayarse. En la prensa diaria se siente cohibido e incómodo. Su profundo saber no le dejaba constreñirse en sus trabajos, que, dadas sus proporciones habituales, desentonarían del ritmo y de la medida que convienen al periódico. Valera lo reconocía así, cuando es muy frecuente que se disculpe de la largueza y prolijidad de su pluma. «Sentimos dilatarnos demasiado en estos artículos -dice en su réplica a El Pensamiento español-, que alguien calificará de impertinentes e impropios de un diario»<sup>119</sup>. Discrepaba abiertamente de los que tiran a ser sucintos y lapidarios. La abundancia de ideas y la vasta cultura que poseía obligábanle a extenderse en la exposición de sus juicios y apreciaciones. Si alguien sostiene<sup>120</sup> en las postrimerías del siglo XIX que las lecturas deben tender a la brevedad porque así lo requiere la época, redargüirá que en estos días ha aumentado el saber enormemente y de igual modo el deseo de saber, y acudirá al testimonio irrecusable de buen número de escritores que se prolijean y dilatan en sus escritos. Nunca estará justificado el poner tasa a la pluma si hay que decir algo de nervio y substancia, y mucho menos en una época en que el caudal ideológico y erudito, acrecentado con las aportaciones de la ciencia moderna, más que un estuario tiene todo el aspecto de un mar inmenso.

Deduzco yo de aquí que Valera fue la antítesis del periodista; que no había en su idiosincrasia de escritor nada que se adecuase y conformase con el modus operandi de aquél y que le venía estrecha esta actividad, debido a su facundia y al tesoro fabuloso de sus conocimientos<sup>121</sup>.

### III122

Se ha pretendido ver en don Juan, como cuentista, cierta semejanza con Voltaire y Swift. No será cosa fácil establecer puntualmente esta afinidad. Ni el escepticismo, amargo y sacrílego del autor de Micromegas, ni el carácter orgulloso y apasionado de Swift se avienen con la elegante incredulidad y el natural bondadoso y optimista, de Valera. Los cuentos de Voltaire tienen una intención aviesa y desilusionante, hieren nuestras creencias y repugnan a nuestra alma porque ponen en duda sus afectos más caros. Swift, con la flema propia de su país, en un estilo adusto y sencillo, indiferente a las inclinaciones propias del arte, es decir, a conmover, distraer y agradar, va a su objeto, proclama brutalmente las verdades que le apasionan o convienen, y sin inmutarse lo más mínimo, pasa de lo pueril a lo trascendental, como si en su sensibilidad apareciesen



las ideas y las cosas medidas por el mismo rasero. Don Juan es un cuentista ameno, divertido, en el que las negaciones irreverentes de Voltaire se convierten en amable escepticismo, y la intención malévola en picardía, y el rencor y el orgullo de Swift, en bondad y candor. Más cerca está de Perrault y Grimm, por la propensión al arte quimérico e idealista, con sus príncipes, hechiceros, brujas y otros personajes fabulosos e imaginarios, aunque nada afín en el primitivo candor de estos cuentistas, ya que las narraciones de Valera son intencionadas y atrevidas. Quizá sea en los cuentos donde don Juan muestra con más vigor y bizarría su espíritu poético. Aunque la tendencia descaradamente positivista de aquella época se compaginaba muy mal con las incursiones en el mundo soñador de la fantasía, Valera no quiso renunciar a las fábulas donde interviene lo maravilloso y sobrenatural. La ciencia con sus diarias conquistas había ahuyentado de la mente humana a esta muchedumbre de seres invisibles que pueblan el aire, el agua, los bosques y el oscuro seno de la tierra. El avisado espíritu de una sociedad corrompida y materialista no encontraba placer alguno en dichas ficciones poéticas con su estol de hechicerías, magia, encantamientos y extrañas metamorfosis. Pero Valera tenía en su alma un venero de poesía y a él acudió muchas veces, desoyendo los apremiantes requerimientos del espíritu de la época. Los héroes de sus narraciones son más idealistas que reales, están hechos de esa materia tan sutil que escapa a la comprobación de nuestros sentidos. Príncipes hechizados, como el de El pájaro verde (1860); muñequitas que, como la del cuento de este mismo nombre, poseen la virtud de trocar en oro lo que es ruin y maloliente desperdicio de su cuerpo; sabios como Parsondes (1859), de insondable sabiduría, que se convierten en unos vividores; árboles que tienen, por hojas, esmeraldas, y rubíes por fruta, y peces con las escamas de plata y de oro la cola.

No será difícil deducir de estos partos de la fantasía algunas enseñanzas. Aunque Valera no se propusiese probar nada ni en sus novelas ni en sus cuentos, porque devoto del arte no le atribuyó otros fines que los suyos propios -ut pictura poesis-, ¿cómo dejar de ver tal o cual moraleja, lección o filosofía? Parsondes, lo mismo que Pepita Jiménez, Asclepigenia y Gopa, proclama una doctrina a cuya práctica y realización propendía con mal disimulado ímpetu el alma de don Juan. La naturaleza epicúrea, optimista y pagana de nuestro autor tiene explosiones súbitas, que toman forma visible en estas obras de entretenimiento. El triunfo de la vida, la conformidad del espíritu con las cosas que le rodean y solicitan, eso es, hecho realidad objetiva, el arte de Valera.

Remontó don Juan la corriente del naturalismo y la curiosidad de su espíritu le empujó hacia el nirvana, plácido y nemoroso, como bosque de corpulentos cedros que nos embriagaran con su aroma y nos adormecieran con el acompasado murmullo de las ramas... De su inclinación a gustar voluptuosamente los arcanos de la filosofía oriental tenemos más de un testimonio, ya sea en la crítica con El budhismo esotérico (1887), ya en la novela con Morsamor, cuando no en los cuentos, como La buena fama y Garuda o la cigüeña blanca.

En la primera de estas dos lindas narraciones interviene lo maravilloso. Es una historieta que dice don Juan haber oído de los labios del vulgo y que él hermosea con las mejores prendas de nuestra habla ejemplar y

refiere de modo en que entran por igual el candor y la malicia. A pesar de lo sencilla que es la fábula, hay episodios e incidentes que nos atraen y encantan. Calitea supera, a mi juicio, a cualquier heroína de Andersen o Perrault, porque la idealidad en que aparece envuelta está entreverada de cierto hechizo real y picaresco, que no hallaremos nunca entre las brumas de la poesía nórdica, por ser aquél producto que sólo se da en la tierra del salero y de la guasa fina. Además, el elemento maravilloso que tuerca en el relato tiene el mismo origen chungón, y aquellas parrafadas que tan por lo serio lanza el doctor ante la sonrisa incrédula de Calitea, contrastan graciosamente con el chiste de la narración en lo que a su desenlace toca.

No se queda atrás el segundo de los cuentos mentados, donde también interviene lo maravilloso o fantástico, con parecido e ingenioso fin, ya que aquel brahmán, nababo o príncipe indio que la soñadora Poldy se había forjado para joven esposo, resulta ser el mejor chamarilero de Viena, y judío por añadidura, si bien converso. Valera hace honor a su natural optimista y en vez de sucumbir ante el hecho fatal, idea una ingeniosa treta para que triunfe el amor y, de grata y apacible manera, termine el cuento.

No se puede discutir a don Juan su arte de narrador. Debido precisamente a esta maestría se le perdonan, de muy buena gana, sus defectos. Las derivaciones constantes a lo erudito, que en cualquiera otro escritor serían insufribles y nos parecerían pedantescas o, al menos, inadecuadas, en nuestro don Juan vienen a ser adorno y primor del cuento. Para mí el secreto de todo esto está en la simpatía que transpiran las obras poéticas de Valera. Falta en don Juan el sentimiento arrebatado y febril, el calor humano en que se temple e inflama, por último, nuestra mente. Ni lo patético ni lo sublime son elementos consubstanciales a su ingenio literario. Pero si no nos sentimos atraídos por la fuerza dramática, nos seduce lo sosegado y bello de la ficción, la elegancia y donaire del narrador, que procura divertirnos y regocijarnos y, sobre todo -como una cúpula que coronase la hermosa fábrica de su arte-, la salud del espíritu.

## Capítulo VI El novelista

### I. Antecedentes

Prolijo sería traer aquí para su contraste las opiniones sustentadas por la crítica acerca de las novelas de don Juan. Pero no quisiera omitir aquellas que, más dispares entre sí, nos dan una idea exacta y cabal de lo

discutido que fue el autor de Pepita Jiménez como árbol de tales frutos. Quiénes ven en sus novelas un realismo y amor a la forma excesivamente exagerados; quiénes tienen por endeble y raquítrico este realismo; ya se mide a Valera con el módulo de los grandes novelistas, haciéndole de la talla de Pereda y de Galdós, por cuanto se considera a aquél digno de figurar al lado de éstos; ya se le reprocha la variedad e inconsistencia de sus personajes. No estuvo, pues, de acuerdo la crítica al juzgar a don Juan como novelista.

El principal defecto que descubren sus comentadores, con sobrado rigor censorino, es la condición plástica o estatuaria de los personajes, a los cuales se les reprocha también que sean «discretos, elegantes y cultísimos» y que tengan «en los labios el idioma de los héroes y de los dioses»<sup>123</sup>.

Desde el punto de vista del realismo, tal como lo entendieron en el último tercio del siglo acaso resulte algo extraño ver a los personajes de Valera discurrir con tanto juicio, expresarse con tal corrección y donaire; puede que nos sorprendan sus agudezas sofisticadas, sus silogismos o la ciencia infusa de que están dotados; pero es que don Juan no profesó nunca ese realismo que priva a los tipos novelescos de la palabra elegante y pulcra, de la discreción y de ciertas aficiones a la filosofía. Valera es lo que pudiéramos llamar un realista de guante blanco, que sólo se apoya en la realidad con la punta del pie, que para no caer, como él mismo dice, «en la servil, prosaica y vulgar representación de la vida humana», pinta las cosas «no como son, sino más bellas de lo que son, iluminándolas con luz que tenga cierto hechizo», y que está tan encariñado con los personajes de su invención, que les da todo cuanto tiene a mano: sus ideas, su cultura y su lenguaje.

Alguien ha dicho, y esto sí que es una gran verdad, que Valera es don Luis de Vargas, Pepita Jiménez, el doctor Faustino, doña Luz, el padre Enrique y el comendador Mendoza. Detrás de cada uno de éstos está don Juan. Es él el que habla, el que discurre sobre cuestiones de amor, de moral o de filosofía. No se contenta, pues, con imprimir a la fábula su donosura espiritual, su gracejo andaluz, la alegría cósmica que nace de su natural optimismo, no en la medida y generalidad que cree la crítica, dicho sea de paso, y el sentido epicúreo de la vida, al que no falta cierta levadura escéptica, sino que ha de hablar también por labios de sus personajes. Así y todo no me parece que éstos pierdan la autonomía que corresponde a todo ser creado.

¡Cuántos tipos de novela que alardean de carácter propio y original no son sino calcos, peor o mejor hechos, de otros verdaderamente ejemplares! La protagonista de *El primo Basilio*, de Eca de Queiroz, ¿qué es sino una caricatura, casi, de madame Bobary? Y el marqués de Bradomín, ¿no parece un frustrado Casanova? Sin embargo, andan por ahí sin que la crítica, de un modo colectivo, les pida la cédula de identidad. Don Juan, en cambio, creó tipos más o menos trascendentales y vigorosos; pero no se permitió transfusiones de sangre. Pepita Jiménez, que yo sepa, no tiene antecedente alguno en la literatura occidental, pues aun cuando cierto crítico<sup>124</sup> ha pretendido ver una afinidad entre esta novela y *Volupté*, de Sainte-Beuve, es tan vago el parecido, que sería injusto pensar que Valera tuvo en cuenta aquella obra al escribir la suya.

No diré yo que el afán analítico, eso que ahora se llama, con un término robado a la cirugía, disección espiritual de los personajes, no sea el mismo en Valera que en Sainte-Beuve. Pero si limitamos el parentesco literario de ambos escritores a esto sólo, también pudo Stendhal y otros novelistas psicológicos influir en Pepita Jiménez. Además, Sainte-Beuve, como la mayoría de los escritores franceses, no supo sustraerse al deseo de moralizar en sus novelas. ¿Qué moraleja, en cambio, se deduce de Pepita Jiménez, si no es el triunfo del amor y de la vida, simbolizado en la irresistible atracción de la viuda y en el fracaso de un misticismo, que por ser contrahecho y débil no era susceptible de otro desenlace? Únase a esto la distancia que media del romanticismo plúmbeo y lacrimoso del autor de los Retratos de mujeres al ático donaire y la gentil desenvoltura de don Juan, y veremos esfumarse la pretendida analogía de ambos escritores. El Doctor Faustino, aunque hermano menor, según declara el mismo don Juan, del Doctor Fausto, está arrancado de la cantera del siglo XIX; es un hijo de aquella época escéptica, sensual y materialista. No hubo, pues, más que echarse a la calle para encontrarle. ¿Que Valera no es un novelista genial? De acuerdo. Mas si a todos nuestros noveladores les exigiéramos tan alta categoría, yo me quedaría sólo con Cervantes, que concibió su obra inmortal entre relámpagos de intuición maravillosa. Nadie que tenga ojos en la cara puede negar a don Juan sus dotes de novelista. El arte de narrar, los primores de estilo, la gentileza y discreción de sus héroes, la tendencia al análisis psicológico y hasta el intento nunca frustrado de distraer al lector con una fábula amena e interesante. Bastará leer Pepita Jiménez para convencernos.

## II. «Pepita Jiménez»<sup>125</sup>

Surgió el asunto de esta novela en la mente de don Juan del modo más peregrino. Las acusaciones lanzadas por el partido clerical contra Sanz del Río, como introductor del krausismo en España, decidieron a don Juan a salir en defensa de este señor y de cuantos comulgaban en el mismo credo filosófico. Empeñábase Valera en demostrar que si el sabio catedrático y sus discípulos eran panteístas, nuestros filósofos místicos de los siglos XVI y XVII lo eran también. A este respecto hubo de dedicarse, durante algún tiempo, a la lectura y estudio de cuanto libro español, devoto, ascético y místico, vino a sus manos<sup>126</sup>. Del contacto con tal clase de literatura, surgieron el seminarista don Luis de Vargas y la cautivadora Pepita Jiménez.

Esta incursión en el campo de los ascetas y místicos ¿podía dejar profunda huella en quien, como el autor de Parsondes y Gopa, estaba más cerca de Epicuro que de San Juan de la Cruz? Si el Cantar de los Cantares, cuya alegoría o simbolismo significan, según nuestros teólogos, las nupcias de la Iglesia y de Jesucristo, no era para don Juan sino un coloquio erótico, en que los amantes se dicen toda suerte de dulces y expresivos requiebros<sup>127</sup>, no creemos que la lectura de nuestros místicos y ascetas le

hiciese abjurar de sus principios, ni que rectificase, en lo más mínimo, su naturaleza literaria. Enamorado don Juan de la forma, como artista educado en las letras clásicas, tomó de los místicos el ropaje e infundió en Pepita, como veremos después, el alma de Cloe, y moldeó la figura del incauto seminarista don Luis de Vargas como si hubiera tenido delante de los ojos al protagonista de las Pastorales. A esto se redujo su misticismo.

A nadie le cogerá de sorpresa que aquel don Luis que, a los comienzos de la narración, pinta con tanto detalle a Pepita por dentro y por fuera; que compara sus ojos con los de Circe, disculpa, con el ejemplo de Santa Teresa, el esmero que pone en el adorno y atavío de su persona, y dice de sus manos que son «casi diáfanos como el alabastro», ahorque los hábitos, pese a todos los razonamientos ascéticos y protestas de amor a Dios con que se hurta a la habilidad discursiva de la viuda, a las flechas que, con la puntería de un consumado arquero, le dispara ésta en el curso de la entrevista, cuando, haciendo como que abandona el campo, se lleva tras sí, prendido del perchel de sus alicientes espirituales y físicos, al inexperto seminarista.

Cierto que la fábula carece de aventuras y complicaciones, que el diálogo se administra con alguna tacañería, y que está ausente del libro la nota patética y sublime que da subido valor a otras producciones de este género; mas condiciones son éstas que no se echan de menos en el curso de la lectura, puesto que hay un tema grave y trascendental, vestido de una prosa elegante y bella, que satisface al gusto más depurado.

Como por los días que salió a luz esta obra se cultivaba el arte docente, diéronse a pensar los críticos qué tesis o tendencia al menos se desprendía de la lectura de Pepita Jiménez. Si éstos veían en la novela como una enseñanza de los resultados que producen las vocaciones de mentirijillas y la imperfecta beatitud, a aquéllos les parecía la apoteosis de la sensualidad y del materialismo, frente a la práctica de la virtud ascética.

Este alambicar de los críticos persiste aún, no obstante haber confesado Valera que al escribir Pepita Jiménez, no tuvo otro propósito que el hacer una obra de entretenimiento. A mi modesto juicio, Pepita Jiménez, mutatis mutandis, reproduce el cuento o novela corta atribuida, a Longo.

Don Luis de Vargas es un místico en la forma, en el lenguaje, y un pagano, más o menos velado, en el fondo, en lo íntimo de su espíritu. Valera al escribir Pepita Jiménez, tomó de sí mismo lo más mudable, eventual y transitorio: su fervor por las lecturas místicas y su sentido epicúreo de la vida, su paganismo, que era en él lo inmutable y perenne. De aquí la tenuidad de la vocación de don Luis. Porque el candoroso seminarista, por mucho que se empeñe en disimularlo, es un pagano, si no de modo deliberado y reflexivo, de manera inconsciente e instintiva. Ahí están el entusiasmo que pone en el examen y pintura de Pepita, los elogios que hace de su belleza, las razones con que disculpa el acicalamiento de la viuda, y el esmero, más idolátrico que cristiano, que muestra al describirnos la naturaleza, como prueba al canto. Pero es tal el arte del narrador, los primores de lenguaje, tan sutiles y etéreos los pensamientos que se cruzan entre don Luis y Pepita, que apuramos la lectura de la obra sin caer en la cuenta de sus defectos.

Con ser Pepita Jiménez la menos autobiográfica de sus novelas, ¿quién que conozca a su autor, aunque sea muy superficialmente, no ve en esta obra la traducción, por decirlo así, fidelísima de su vida, gustos e ideas? El concepto optimista que del mundo se forjó don Juan, toma en Pepita Jiménez forma corpórea y sensible. Para Valera el mundo está muy bien organizado, pues, como él mismo asegura, «hasta sus defectos son perfecciones si se atiende al enlace y trabazón con que van encaminados y convienen a la universal armonía». Esta sana y risueña noción del universo, cuando sale de la esfera de las cosas abstractas y se materializa, engendra a la viuda y al pacato seminarista, para concluir inmolando a éste, como víctima propiciatoria, en el altar de Venus. Natural y súbita explosión de los sentidos, aunque constreñida, adecentada y hermosea por virtud del arte, que acude, comprensivo y presuroso, a desvanecer de la pasión su triunfante estallido.

Pepita Jiménez es, pues, la victoria de la vida del amor. Un amor que, aun sublimado intelectualmente, no puede disimular su origen erótico. Nuestro novelista, entre Beatriz y Friné, preferiría esta última; entre la condesa de Gelves y Thäis, optaría, a ojos cerrados, por la cortesana de Alejandría. El amor de don Juan no es ideal, vaporoso y etéreo. Al dispararse ha puesto su punto de mira en lo real y tangible, sin perjuicio de sutilizarse en el alambique de su pensamiento. Y sin perder del todo este hechizo ideal, especie de transparente y luminosa clámide de que se cubre y adorna, acuérdase de su origen profano y vuelve al mundo de donde procede. He aquí el proceso erótico de las novelas de don Juan. No debemos olvidar que Valera fue blanco, numerosas veces, de las flechas de Cupido. Lucía Paladi y Magdalena Brohan, además de otras muchas innominadas, de las cuales tenemos noticias por las novelas y alusiones del copioso epistolario de don Juan, proclaman la estirpe amatoria de éste. Ya se ha dicho de nuestro autor que amó mucho y que si pecó «merece perdón, como la Magdalena»<sup>128</sup>. Quien tuvo tan dilatado campo experimental donde poner a prueba sus artes y habilidades de nuevo don Juan, pero sin escándalo ni fanfarronería, ha de desenvolver el tema erótico con dominio absoluto. Deducimos, pues, de todo esto, que Pepita Jiménez es síntesis, cifra o compendio de la doctrina que, respecto del amor y de la vida, profesó Valera.

### III. «Las ilusiones del doctor Faustino»<sup>129</sup>

De Pepita Jiménez a las otras novelas que vinieron después, hay notable diferencia. El mismo don Juan reconoce la superioridad de aquélla sobre las demás. Las ilusiones del doctor Faustino no mereció buena acogida por parte de la crítica. No negaré yo los defectos que algunos señalan a esta obra, pero acaso las censuras fuesen más allá de lo conveniente y contribuyese a esta demasía la índole de la novela, que, por poner en la picota del ridículo al hombre del siglo XIX, había de hacerse más antipática y aborrecible a los escritores de dicha época. El doctor

Faustino, como dice Valera, «es un doctor Fausto en pequeño, sin magia, ya, sin diablo y sin poderes sobrenaturales que le piden auxilio»<sup>130</sup>. Representa el espíritu de su tiempo, la desproporción entre las ambiciones y los medios con que realizarlas, el escepticismo, la impiedad, la presunción; en una palabra, las torpezas y errores de un siglo materialista, sensual, positivo.

Se apunta como defecto capital de esta obra la vaguedad e inconsistencia de su protagonista, y tengo yo más bien por mérito tal circunstancia. A mi entender, el propósito de don Juan no fue el forjar un carácter que rivalizara en bríos y pujanza con Pedro Crespo, y en sentido simbólico con Segismundo, sino que personificase la psicología de la pasada centuria. Cortado el doctor Faustino por este patrón, con idea de burlarse de tanto filósofo racionalista a quien le venía ancho el sayo de pensador; de tanto poeta lírico, dramático y épico frustrado; de tanto aristócrata o aspirante a serlo, de tres al cuarto, hay que admitirle en el campo de la novela como trasunto, copia y retrato del natural, sin pretensiones de inmortalidad, pero sí con vida menos efímera de lo que se creyera por la crítica descontentadiza.

Otros lunares tiene la obra y no éstos. Valera, que no puede renunciar a ciertas disquisiciones filosóficas, ni a su erudición, disertará más de la cuenta sobre temas metafísicos, poblará de citas y alusiones de todo linaje el relato, y hasta se introducirá en la fábula, con voz y voto, en vez de limitarse a traer y llevar a sus personajes por el escenario de la acción.

Giran en torno del doctor Faustino tres mujeres enamoradas de él. Constanza, más tarde marquesa de Guadalbarbo, que de natural interesado y egoísta, renuncia al amor de su primo Faustino. Rosita, la hija del escribano de Villabermeja, apasionada, carnal y vengativa. Y María, la amiga inmortal, prendada del protagonista con amor que todo lo fía a una mejor vida futura donde encontrarse más tarde; pero que pese a este concepto platónico del amor y por convenir, quizá, a los planes del novelista, sucumbe en brazos de su amante. El infortunado doctor Faustino, que al perder sus ilusiones ha enterrado con ellas los uniformes de maestrante y de lancero, el bonete y la muceta, los vestidos de majo, amén de haberse desprendido de Respetilla, su espolique o escudero; de la jaca y del podenco Faón -bautizado, como vemos, con el nombre del amante de Safo-, muere, por último, como morían todos los héroes de la literatura pesimista.

Si esta novela está escrita en lenguaje menos elegante y primoroso que el de Pepita Jiménez, digno este último de los mejores prosistas del Siglo de Oro, y queda también por bajo de aquélla en cuanto a la trascendencia del asunto, es, en cambio, de más tramoya y movimiento, circunstancias nada comunes en la producción novelesca de don Juan.

Dos años después de aparecer *Las ilusiones del doctor Faustino*, salió a luz *El Comendador Mendoza*, peregrino personaje de quien ya se tenía noticia por citarle Valera en la primera de estas obras. Había sido trazado el plan de *El Comendador Mendoza* en noviembre de 1876. Con esta advertencia, de la que nada dicen los críticos, debido sin duda a que se estampase por primera vez en las últimas ediciones de la mentada novela, elude don Juan aunque no sea éste su principal propósito, cualquiera imputación de plagio, imitación o remedo que pudiera hacersele, y la hipótesis aventurada -Revilla y Clarín no lo suponen, sino que lo afirman, al juzgar la obra desde las columnas de *La Revista Contemporánea*, de 30 de julio de 1877, y en *La Literatura* en 1881, respectivamente- de que tal novela se escribiese para contradecir la tesis que propugna don José Echegaray en su famoso drama *O locura o santidad*. Quiere decir todo esto, que Valera y Echegaray coincidieron en la elección del asunto, sin que el desenlace de ambas concepciones sea el mismo, dado que el dramaturgo, de un grave daño, cual el cometido inconscientemente por su protagonista, pasa a otro más grave y tremebundo, y el novelista resuelve el caso de conciencia con tal sigilo y recato, que se repara el mal sin escándalo ni perjuicio de nadie.

La fábula de *El Comendador Mendoza* no puede ser más sencilla, aunque el Padre Blanco García la considere de alguna complicación y repute tal circunstancia, si no de mérito insigne, infrecuente, al menos, en Valera<sup>132</sup>.

Don Fadrique López de Mendoza, llamado de ordinario el Comendador, tuvo relaciones ilícitas en su juventud con doña Blanca Roldán, esposa a la sazón del hacendado don Valentín de Solís. De estos amores criminales nació una niña llamada Clara. En edad de contraer matrimonio, su madre, doña Blanca, quiere remediar de algún modo el desliz cometido en su mocedad. A este efecto concibe dos soluciones: Primera, que se case su hija con Casimiro, próximo deudo de don Valentín, para que la fortuna de éste vaya a quien corresponde.

Frustrada la solución por la natural repugnancia de Clara a unirse para siempre a la estantigua de Casimiro, que abraza la vida monacal. A estos planes, que si reparan el daño es a cambio del sacrificio de una joven inocente, más propensa a quemarse en la llama del amor humano, por estar prendada del apuesto y elegante don Carlos, que en la del amor divino se opone el comendador Mendoza, rescatando a su hija de hábil e ingeniosa manera. La hacienda de don Fadrique, con su numerario, pasa a manos de don Casimiro, sin que éste acierte a comprender el verdadero móvil de tan espléndida donación. Clara, libre y redimida en virtud de una casuística más hábil que severa, celebra sus desposorios con el gentil don Carlos. He aquí, en síntesis, el argumento de la novela, cuyos trances difíciles hacen discurrir al autor de tan alto modo, que no falta al logo, en algunos instantes, el tono patético y sublime.

Con ser el Comendador un carácter bien estudiado, donde se dan las condiciones del hombre volteriano de aquellos días -último tercio del siglo XVIII- sin que el corazón se inhiba del todo frente al espectáculo de la vida, es de más recia estampa, de más honda psicología y de trazos más vigorosos, doña Blanca Roldán. De estos dos temperamentos antagónicos, irreconciliables, forjado el uno en la virtud cristiana, en la moral más



austera, y contaminado el otro del virus escéptico que a la sazón se enseñoreaba de Europa, surge el interés dramático de la novela. Como todas las obras tienen lunares si se las mira con los ojos escrutadores de la crítica, El Comendador Mendoza también tiene sus defectos, aunque no tan grandes que haya necesidad de detenerse a señalarlos. De todos modos indicaremos los dos más importantes a nuestro entender: El autor no justifica convenientemente el percance ocurrido a doña Blanca en su juventud, puesto que inmolar su fama de mujer honesta para salvar de la impiedad al escéptico don Fadrique, es sacrificio que repudia de plano la moral cristiana. Tampoco puede admitirse en buena lógica la precipitación con que se revela el amor de don Fadrique a su sobrina Lucía. Ni el ejemplo de Clarita, ni la apacibilidad y el concierto que la naturaleza muestra en torno de ellos, cuando se dirigen a casa después de ser testigos de la ceremonia nupcial, disculpan determinación tan inesperada. Proviene este descuido, sin duda, del optimismo de Valera, que siempre que puede alfombra de flores, como buen discípulo de Epicuro, el camino de sus héroes.

#### V. «Pasarse de listo»<sup>133</sup>

Sin ser don Juan un novelista de tesis, ni de tendencia siquiera, puesto que abogó siempre por el principio del arte por el arte, no hay obra suya de la que no se desprenda ésta o aquella máxima. De un ejemplo podríamos valernos: Existe la misma distancia de Valera a sus coetáneos en el género novelesco, que de La Fontaine a los demás fabulistas. Pero ni nuestro autor se muestra indiferente a los corolarios que pueden inferirse de la narración, ni el émulo de Esopo se aparta del todo del sentido utilitario de las fábulas o apólogos. Hay que distinguir la novela de tesis de la novela simplemente artística. Aquella supedita el arte a la idea, se sirve de él, no como de un fin -la realización de la belleza- sino como de un medio; la novela artística no admite más soberanía que la de su propia naturaleza, como tal obra de arte. Pero esto no quiere decir que no enseñe, que no aleccione también. El mismo Valera ha dicho que «la creación de la belleza, y su contemplación una vez creada, elevan el alma de los hombres y los mejoran, por donde casi siempre las bellas artes enseñan sin querer, y tienen eficacia para convertir en buenas y hasta en excelentes las almas que por su rudeza y por los fines vulgares a que antes se habían consagrado, eran menos que medianas, ya que no malas»<sup>134</sup>. La novela corta Pasarse de listo, salvados algunos defectos que señalaremos después, sería una estimable narración de cierto tono poemático y sublime. Pretende demostrar el peligro que corre quien, arrastrado de su espíritu razonador, analítico, acierta a ver más allá de la realidad de las cosas, adoptando como verdades inconcusas lo que no es sino hipótesis o suposición más o menos aventurada. Nada de esto se prueba en la obrita, porque si don Braulio, víctima de sus reflexiones, se considera indigno del amor de su mujer, a quien supone enamorada del conde

de Alhedín, motivo había en la conducta de doña Beatriz para sospechar de su fidelidad conyugal. Pero lo sorprendente del caso es que nada de esto ve don Braulio, a pesar de lo listo que le pinta el autor, y que la sospecha que tiene del desvío de su cara mitad, permanecería latente de no recibir el anónimo que, como arma vengativa, esgrime contra él, sin duda, pues el novelista no lo dice, la celosa Elisa. No nos limitaríamos nosotros a usar contra don Braulio el comentario que a Scipión le inspiró la Muerte de su sobrino Gayo Graco:

«Perezca como él quien imitara su ejemplo»,

ya que si no puede ofrecerse como ejemplar la vida del infortunado don Braulio, tampoco debe imitarse la de doña Beatriz, mujer vanidosilla y liviana, aunque ella se crea más fiel que Lucrecia o Penélope. Exceptuado don Braulio, los demás personajes son contradictorios e inconsecuentes, sin que esta circunstancia les sirva, como a tantos otros -la heroína de Rojo y Negro, de Stendhal, por ejemplo-, de elemento estético. Ni doña Beatriz, que próxima a quemarse, como su homónima la de la obra inmortal, en el fuego del amor platónico, protesta de su fidelidad a don Braulio y acaba casándose con Paco Ramírez; ni el conde de Alhedín, un tenorio inverosímil y extraño, que cuando parece más preso en las redes de doña Beatriz, resulta ser novio de Inesita, la hermana de aquélla; ni Paco Ramírez, que pretende a Inesita y se casa con doña Beatriz, son caracteres bien estudiados, de firmes trazos psicológicos. Novela de enredo -sirviéndonos del lenguaje teatral- parece Pasarse de listo, y es lástima que el autor no sacase del asunto todo el partido que hubiera sido fácil sacar. Circunscribiérase al desenlace más real y patético de quitarse la vida don Braulio por sus sospechas sobre la infidelidad de doña Beatriz, y a verse ésta retratada en el espejo de la culpa, por sus liviandades y natural vanidosillo, y habría ganado la obra un peldaño más en la escala del arte. Pero la inverosimilitud o caprichosa terminación de la novela, hace desmerecer su conjunto, y la crítica tendrá que reducir sus loanzas al carácter de don Braulio y a la admirable, emotiva carta, que el desgraciado esposo dirige a Paco Ramírez.

## VI. Caracteres distintivos entre «Doña Luz»<sup>135</sup> y «Pepita Jiménez»

Aunque la crítica, atenta más bien en este caso al estudio de los corolarios que puedan inferirse de la narración, que a deslindar los caracteres y modo de obrar de los personajes, considera a Doña Luz como ensayo más atrevido y del mismo asunto de Pepita Jiménez, vamos a ver nosotros la distancia que hay entre los personajes de la una y los de la otra, y aun a demostrar, o intentarlo al menos, que tampoco se avienen las deducciones que de Doña Luz hacen algunos críticos, con lo que el autor quiso probar por medio de dicha obra.

Pepita es una mujer apasionada, que decidida a conquistar a don Luis de Vargas, esgrime contra él las armas de la habilidad y de la coquetería, no deteniéndose ante ningún obstáculo, incluso llegando a confesarle que no ve su alma, el alma de don Luis, sino al través de su forma corporal. Y proclama todo esto sin escrúpulos, ni rodeos, sin timideces, ni perífrasis, sino con el lenguaje cálido y arrebatado de los sentidos. «Yo no concibo a usted sin usted -dice-. Para mí es usted su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos; su dulce voz y el regalado acento de sus palabras, que hieren y encantan materialmente mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y a través de la cual, y sólo a través de la cual, se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios»<sup>136</sup>.

Doña Luz, agraviada en lo más íntimo de su pudor por doña Manolita, se pregunta a sí misma: «¿Qué diferencia radical e importante se da entre la amistad más tierna y exclusiva y el amor más puro, más platónico y más sublime?» Dado que no hay ninguna, ¿qué ha hecho ella para inspirar la pasión del Padre Enrique? Y como, dejando a un lado la confusión que surge a lo largo de este camino inquisitivo, de introspección, considera que en sus coloquios con el Padre Enrique hay «algo de ocasionado a perversas interpretaciones», acuerda ser más cauta y menos expansiva en lo venidero. ¿Cabe, pues, mayor distancia de una a otra protagonista? Ambas son cultas, bellas, discretas, atrayentes, amigas de periponerse, de ataviarse, de hacer resaltar su hermosura con artes que en nada infringen las leyes de la honestidad. Pero Pepita, deliberadamente, se lanza a la conquista de don Luis, plaza al parecer inexpugnable, contra la que habrán de concertarse las hábiles y mañosas aptitudes de Eva, mitad ángel y mitad demonio, desde que el diablo la tentara bajo la forma de la serpiente bíblica. Doña Luz, tras de pensarlo bien, pone coto y medida a su intimidad, a su familiaridad con el Padre Enrique. Doña Luz no se enamora del Padre Enrique con amor de los sentidos, sino con otro más sutil y etéreo que se produce en virtud de las conversaciones filosóficas y teológicas que entablan ambos personajes. Aunque este coloquio y el de Pepita y don Luis vayan a parar a un mismo punto, los caminos son distintos.

Igualmente irreconciliables aparecen, a nuestros ojos, el Padre Enrique y don Luis. Ciertamente ninguno de los dos está enamorado con aquel puro y desinteresado amor de Don Quijote a Dulcinea y de Alcedias de Rodas al Cupido, de Praxíteles; pero ¿qué honda diferencia no podría determinarse si examináramos a uno y otro atentamente? Piensa el Padre Enrique al contemplar «la perenne primavera ideal» que descubre en el espíritu de doña Luz, que puede ser él «el medio por donde tanto bien vuelva a Dios». De aquí sus amorosas solicitudes con su linda amiga; sus conversaciones en torno a aquellas ideas que más nos favorecen, que más nos ayudan en nuestra ascensión triunfal hasta Dios. Tiéndese, pues, como pasarela entre lo humano y lo divino; como cauce o álveo por donde «el tesoro de amor» que acierta a ver en el pecho de doña Luz retorne a la «fuente de donde mana». Y es tal el tino de Valera al mostrarnos, de modo irreprochable y bellísimo, las intenciones del Padre Enrique, que hemos de creer en la castidad y alteza de miras en que se fundan, aunque a la postre el propio Padre Enrique confiese, con acentos de amargo dolor y desesperación

extrema, que «la concupiscencia del espíritu es la peor de las concupiscencias... pecado pasado por alambique: extracto, esencia, refinamiento espantoso de lascivia»<sup>137</sup>.

Doña Luz ve la irresistible atracción de Pepita, el filo de sus armas: la coquetería, la habilidad, la discreción, la gentileza, y no piensa en otra cosa que en ponerse a salvo. Pese a su vocación -en que yo no creo- en su formación cultural entran por partes iguales lo sacro y lo profano, las lecturas clásicas y las teológicas y místicas, aunque él pretenda despojarse de las primeras y hospedar tan sólo a Dios en «el centro muy interior del alma», como dijo Santa Teresa. De aquí que no hayan muerto del todo aquellas aficiones de sus primeros años, en virtud de las cuales, las Lauras, Beatrices, Margaritas, Glíceras y Lesbias son ataviadas en su mente con todo arte de ricas preseas y lindas y airosas vestiduras. Ahorcados los hábitos, salen a luz de nuevo con testimonios irrefutables, como las pinturas paganas que adornan el antiguo merendero de la huerta de Pepita, la copia hecha en mármol de Carrara de la Venus de Milo, y hasta los versos de Lucrecio, grabados en el pedestal de la deidad énica:

Nec sine quidquam dias in luminis oras  
Exoritur neque fit loetum neque amabile quidquam.

¿Son de un mismo cuño aquel amor que brota en el pecho de Pepita y en el de don Luis, sin más impedimento que la vocación de este último, próximo a ordenarse; y este otro del Padre Enrique que, por llegar a destiempo, es criminal y alevoso?

De aquí, precisamente, el desenlace optimista de Pepita Jiménez y el doloroso y dramático de Doña Luz. De aquí, también, que de aquella novela puedan deducirse distintos corolarios, según las ideas religiosas del crítico, y, que de esta otra, si hemos de atenernos a la lógica de los hechos, refrendada por Valera en la dedicatoria de Doña Luz a la condesa de Gomar, no se pueda colegir más que una cosa: la condenación, no ya sólo de los frailes, sino por extensión, de todo caballero cortesano, viejo o algo machucho, que se enamora con amor vicioso<sup>138</sup>.

El asunto de Doña Luz ha sido tratado también por Zola, Eça de Queiroz y Leopoldo Alas, que yo recuerde. Pero dichos novelistas lo desarrollaron con menos pulcritud, con menos honestidad que Valera. Les separaba el valladar de los principios estéticos. Don Juan, a pesar de ser un epicúreo, un pagano, estuvo siempre distanciado de la escuela naturalista, de la que abominó, dando ejemplo de buen gusto, en sus Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas. No era, pues, nuestro novelista de los que, arrastrados por la corriente de su tiempo, posponían el ideal a la materia, como si no fuera el hombre un compuesto de ambas cosas. Ni cayó en el uso de la máquina fotográfica y el microscopio que utilizaron los naturalistas de allende el Pirineo, ni desdeñó del todo la realidad, como han creído Cánovas y González Blanco, si bien con miras distintas. Más acertado estuvo el Padre Cejador al notar los toques realistas que abundan

en las novelas de don Juan<sup>139</sup>. Vi lo que había de ver el lector menos sagaz: las descripciones de lugares tan castizos y típicos como Villabermeja y Villalegre; de fiestas populares, bien de orden religioso, bien de orden profano, como la procesión de Santo Domingo de Guzmán y la gira campestre a la finca que en la Nava poseía el escribano de Villabermeja; vio, decimos, a Juana la Larga, a su hija Juanita y a Antoñona, que parecen arrancadas de la sobras dramáticas de Tirso; a escuderos o espoliques, como Respetilla y Longino, cuyos ascendientes pertenecen a la literatura picaresca; amén de otras cosas, como los pipiripaos, ágapes y festines descritos por Valera con tanto arte y propiedad que el mismo Lúculo se chuparía los dedos de gusto; la pintura exacta y cabal del paisaje, y los numerosos refranes -«preciosas reliquias de la venerable antigüedad», como llamaba Aristóteles a la filosofía del pueblo- que exornan la fábula.

## VII. «Juanita, la Larga»<sup>140</sup> y la objetividad

Juanita, la Larga vendrá en socorro de cuanto decíamos en el capítulo anterior. La aguerrida y astuta lugareña que da nombre y vida a la novela, es hija de Juana Gutiérrez y de un oficial de Caballería que, de paso en Villalegre, enamoró y sedujo a Juana. Aunque las personas severas del lugar condenaron el percance, es lo cierto que, al cabo de unos años, se dio todo al olvido y las lanzas se volvieron cañas. La maestría y el arte de Juana, ora confeccionando vestidos que en nada desmerecerían de los cortados por la Doucet en la capital de Francia; ora emulando a Nereo de Quíos en aquellos menesteres de repostería y culinaria que le hicieron notable, granjéanle la estimación de lo más principal de Villalegre. Merced a estas habilidades, madre e hija logran rodearse de cierta holgura y crédito. Como esta última es una real moza, no le faltan cortejadores que la soliciten. Pero, ¿hasta qué punto es honrada y lícita esta pretensión? Ambas Juanas, que llevan el mismo remoquete de Largas, se aprestan a la defensa. Las armas que esgrimen -la picardía y la astucia- son harto peligrosas, como armas de dos filos. Si de una parte hacen frente a los galanteadores, Antoñuelo, don Paco y don Andrés, por el sistema del tira y afloja, de otra resucitan las antiguas habladurías, a las que dan pábulo las trapisondas que madre e hija ponen en juego para ulteriores efectos. Hay aquí, pues, cierto elemento picaresco, cierto celestineo, más simpático que repugnante, que nos retrotrae, a pesar del matiz vagoroso, con que se manifiesta, a *La Celestina*, *La ingeniosa Elena*, *La Niña de los embustes* y otras producciones de este género. Juanita, que es una amazona injerta en lugareña, esto es, una Clorinda o reina Hipólita vestida a la usanza de Villalegre, no se arredra ni amilana ante sus enemigos; y tras las consiguientes peripecias, que no es del caso contar, acaban en la vicaría la intrépida y arriscada lugareña y el camándula y lagartón de don Paco.

Juanita, la Larga es la novela más humana y objetiva, a mi corto entender,

de cuantas escribió don Juan. Rara vez se olvida éste de su papel de narrador. Refiere las hazañas de su heroína sin meterse a filosofar, como otras veces; sin interrumpir el curso de la acción con disertaciones y juicios. Si algún crítico, escalpelo en mano, viera dichos defectos, habría de convenir conmigo que no son tan notorios en esta obra como en las demás. Bien porque están en minoría respecto de otras novelas del mismo autor; bien porque tales defectos quedan anublados ante la abundancia de elementos objetivos, impersonales de Juanita, la Larga. Don Juan, que ha pintado siempre el mismo tipo de mujer, en cuanto se refiere a ciertas prendas personales -la belleza y la discreción están vinculadas en sus heroínas como patrimonio inalienable- otorga a Juanita un ingenio en nada inferior al de sus compañeras, si bien más natural y por eso más humano. Pepita Jiménez y doña Luz, son mujeres de cultivada inteligencia, de sutil y refinado espíritu, cosa poco común en las lugareñas, aunque don Juan intente probar lo contrario valiéndose de pueriles argumentos. Juanita, la Larga está dotada de ingenio natural, de picardía espontánea, de ciencia instintiva, de eso que en lenguaje corriente se llama gramática parda o trastienda. De aquí que nos parezca más humana. Por regla general, las mujeres de Valera se hacen incorpóreas de puro sutiles y adelgazadas. De haber alguna excepción en sus novelas, pienso que ninguna otra tiene tantos títulos como Juanita para ser tal excepción. Mujer anatómica, de carne y hueso, y por ende más palpable y auténtica. La estética de don Juan no ha frustrado ahora la realidad; la ha embellecido.

No desmerecen al lado de Juanita, con ser la figura principal de la novela, ni su madre, tan discreta y habilidosa como la hija; ni don Paco, dicharachero y avisado, que si va con malas intenciones al principio, acaba por enamorarse de la lugareña, con amor de la mejor ley; ni doña Inés, calificada por el autor, con burlona indulgencia, al compararla, aunque sea guardando la debida proporción, con una princesa de Liéven o una madame Recamier aldeana, pero que no desentona, ni mucho menos, en el papel distinguido y señorial que le encomienda el novelista. Los demás personajes, exceptuando el cacique, don Andrés Rubio, cuya intervención en la fábula es más principal que subalterna, pero cuyo retrato es manifiestamente inferior a los modelos de caciques que nos ofreció poco después la literatura regional, son episódicos y secundarios.

#### VIII. «Genio y figura...»141 y el determinismo

Dos años después de darse a la estampa Juanita, la Larga, apareció Genio y figura... A esta sazón, la literatura realista había llegado en España a todo su apogeo: La Regenta (1884-85); El cisne de Vilamorta (1885); La madre Naturaleza (1887); La Espuma (1890). ¿Pudo influir este antecedente literario, esta moda venida de Francia, en la concepción de Genio y figura...? Buena parte de la crítica se escandalizó del asunto de dicha novela, anatematizándola por atrevida e inmoral. Andrés González Blanco,

muchos años después de su publicación, cuando ya había pasado el hervor polémico de los críticos sobre el realismo y el naturalismo, la consideró de una crudeza casi zolesca<sup>142</sup>.

Sorprendido don Juan de los aspavientos con que los aristarcos de la época reciben su nueva obra, aprovecha la segunda edición de la misma para salirles al paso. Grande debe de ser, nos dice, el cambio experimentado por sus compatriotas en cuanto a la severidad moral de sus juicios. De otra manera nadie se explicaría que se sientan tales escrúpulos respecto de Genio y figura... en una nación que cuenta, entre sus poetas, al Arcipreste de Hita; entre sus autores, a los de *La Celestina* y *La Serafina*, amén de otros, como Cervantes, doña María de Zayas, Lope, Tirso y Quevedo, cuyas obras, si no todas, algunas de ellas, serían dignas de iguales anatemas si se las mirase con el rigor y austeridad del moralista.

¿Hasta qué punto la novela de don Juan justifica tan acerbos comentarios? ¿Se trata, efectivamente de una fábula licenciosa y deshonesto? ¿Qué afinidades hay entre esta obra y las de Zola? La protagonista de Genio y figura... es, como todas las heroínas de Valera, una mujer hermosa y diserta, pero de tan pésima educación moral, de tan relajados hábitos, que peca una y mil veces sin que el propósito de enmienda que se inicia en su alma, al verse tan corrompida y encenagada, llegue nunca a buen término. El carácter de Rafaela, sus caídas, tan frecuentes como las de la Magdalena y la comedianta Baltasara en la antigüedad, o Margarita Gautier y Manón Lescaut en la literatura contemporánea, justifican el conocido proverbio castellano que sirve de título a la novela. De aquí que la protagonista pase de unos brazos a otros sin que sienta en ninguno de ellos apasionado y duradero amor. Esta inconstancia o veleidad de su afecto, este impulso irrefragable del sexo, casi rayano en la ninfomanía, constituye el carácter de Rafaela y la distingue de las heroínas de Dumas (hijo) y del abate Prevost, las cuales se redimen, o creen redimirse al menos, con un último y perdurable amor.

Tampoco intenta Rafaela purificarse en la alquitara de la contrición y del arrepentimiento. El recuerdo de su vida abyecta y la creencia de verse despreciada por su hija Lucía, que se encierra para siempre en un claustro, movida de la vergüenza de su origen, la hacen concebir un solo medio de liberación: la muerte. Para Rafaela es empeño vano, anhelo irrealizable «el borrar de sí las indelebles manchas, con cuyo germen al menos nació manchada»<sup>143</sup>.

La obra, como se ve, es digna de un discípulo de Schopenhauer, un ejemplo viviente de la doctrina de este filósofo sobre la invariabilidad de los caracteres<sup>144</sup>. Se trata de una novela determinista, porque determinista, pese a su castizo abolengo castellano, es el proverbio de Genio y figura hasta la sepultura. Mas si se quieren buscar otras afinidades de técnica y de forma con el autor de *Germinal*, perderemos el tiempo. Don Juan abominó del naturalismo de una manera expresa, rotunda y categórica, no sólo en sus Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, como ya dejamos dicho, sino, incidentalmente y como de pasada, en distintas partes de su profusa obra literaria.

Fuera de los reparos heterodoxos que sería fácil poner a Rafaela, que ni se redime con el amor humano, como *La dama de las camelias*, ni con el

divino, como María Egipciaca o la Samaritana, si aquél no fuese lo bastante para redimirnos de nuestros pecados y mudanzas, el asunto de Genio y figura..., a pesar de su índole un tanto escabrosa, está tratado con tal delicadeza, que le sobra razón a Valera al decir, que en el país de La tía fingida, de Cervantes o de quien fuese, y de El prevenido engañado, de doña María de Zayas, no debe producir asombro, ni escándalo su novela.

Fuera de la protagonista, en cuya pintura puso su progenitor más esmero y cuidado, los demás personajes son de poco relieve, ya por no sacarles don Juan de la urdimbre del relato, ya por falta de empaque y trascendencia.

## IX. «Morsamor»<sup>145</sup> y la Teosofía

Corresponde la aparición de Morsamor al año 1899, y acaso por haber en esta obra ciertas reminiscencias de la novela bizantina, haya dicho de ella el atildado y conspicuo escritor don Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio), que es una especie de Persiles moderno<sup>146</sup>.

El cotejo de ambas obras nos llevaría a la conclusión de que no hay tal parecido. Ni el plan, ni la estructura, y menos aún las reflexiones que de una y otra se pueden deducir, corroboran el aserto del desaparecido crítico. Renunciamos a deshacer el error porque tal empeño nos llevaría más allá de los límites que nos hemos trazado.

Miguel de Zuheros es un oscuro fraile de la Orden de San Francisco. Remozado como Fausto y el monje Teófilo del poeta Berceo, no en virtud de las artes del diablo, sino de la alquimia o magia del Padre Ambrosio de Utrera, se lanza a la conquista del mundo, en compañía de su escudero Tiburcio de Simahonda, religioso de la misma comunidad. Las singulares hazañas de Morsamor -nombre que adopta en sus correrías por haberlo usado antes de profesar, como trovador que había sido- tienen ocasión en la época de Magallanes, Hernán Cortés, Balboa y tantos otros navegantes y conquistadores del siglo XVI. Seguir a este Perseo de la Edad Moderna en sus andanzas y proezas, sería el cuento de nunca acabar. Baste decir que marcha primero a Lisboa y desde allí a la India, escenario de sus heroicidades y lances de amor más notables, regresando a la península después de haber medido sus armas con índos y musulmanes, de haberse unido en matrimonio con la bella Urbasi, y de haber penetrado en el país de los mahatmas, cuyas doctrinas teosóficas aprendió o escuchó, al menos, de labios de Sankarachiara. Miguel de Zuheros, desengañado del mundo, de sus pompas y vanidades, torna al convento y en él muere, sin que el autor de la novela nos aclare si es misticismo hipócrita el de sus últimos días o verdadero y de la mejor ley.

El viaje náutico de Morsamor da ocasión a don Juan de lucir sus conocimientos en el arte de la marinería y de la ciencia cosmográfica. Cuando el héroe de la novela, con su espolique y séquito de damas, soldados y marineros, tras de desembarcar en Goa, atraviesa varios países del Oriente, no brilla menos el ingenio del novelista, que pinta y



describe estos lugares, no con la vaguedad con que Cervantes habla del dilatado marco geográfico de su *Persiles*, sino con la firmeza de un escritor moderno, cuya cultura y saber no eran ajenos a la cosmografía. Las enseñanzas que puedan deducirse de esta novela no son las mismas que las que se infieren del *Persiles*. Ni a lo largo de la narración se interpolan las sentencias de oro con las cuales nuestro primer novelista enriqueció y adornó su obra póstuma. *Morsamor*, como varios cuentos o novelitas escritos por don Juan en sus postrimerías, revela la curiosidad con que nuestro autor se había asomado al mundo maravilloso y enigmático de la teosofía. Más de una vez hemos visto cómo llegada la senectud, ciertos espíritus ávidos de descifrar la interrogante del más allá, pululan por estas intrincadas sendas de los mahatmas, iluminados, en parte, con el vivo resplandor de los nuevos hierofantes de la teosofía. Esta taumaturgia, que pretendía conciliar la fe con la razón y destruir las murallas políticas y étnicas que se oponen al abrazo y fusión de todos los pueblos y razas, dispersos desde la llanura de Senaar hace más de cuatro mil años, tenía por su fondo poético y maravilloso tan irresistible encanto, que Valera participó de él sin abjurar en lo más mínimo de sus principios cristianos. De este modo, la religión en cuyas aras sacrificaron sus más dulces ilusiones Elena Blavatsky y Ana Besaut, sirvió a Valera de elemento estético, ya como materia principal o eje alrededor del cual giren las demás cosas, bien como episodio o adorno, solamente. Ciego estaba don Juan cuando compuso las aventuras y prodigios de Miguel de Zuheros. Según nos cuentan sus biógrafos, el autor Pepita Jiménez hacía que le leyesen los poemas de Homero y de Schiller, para que no se apagase el fuego sagrado de la inspiración en el tabernáculo de su alma. En tales circunstancias, colgada la pluma de la espetera, dictó su última novela, cuyo lenguaje, pese al modo de ser compuesta, nada tiene de declamatorio, si bien no alcanza aquella plenitud de irreprochable elegancia de *Dafnis y Cloe* y de Pepita Jiménez. Sin necesidad de arrancarse los ojos, como parece ser que hizo Demócrito para mejor hurtarse a las solicitudes del mundo objetivo, pudo recogerse don Juan, merced a su ceguera, en el grandioso alcázar de su espíritu y tejer en él ese precioso tapiz literario que se llama *Morsamor*.

Además de las novelas que llevamos examinadas, don Juan comenzó y dejó por concluir otras tres: *Mariquita y Antonio* (1856), de algún valor autobiográfico y precursora, en cierto modo, de Pepita Jiménez; *Elisa, la Malagueña*, esqueleto o extracto de una novela histórica, género al que propendía don Juan en los últimos años de su vida, y *Don Lorenzo Tostado*<sup>147</sup>, de la cual, por no haber pasado Valera de las primeras páginas, poco podría decirse.

## X. El retrato de sí mismo

Desisto de buscar en las obras poéticas de Valera el elemento autobiográfico y la pintura de tales o cuales personajes de verdad que

nuestro autor trasplantase de la vida a sus novelas y cuentos. No creo que las comedias de Molière ganasen en estimación tras de precisar algunos críticos, de modo más o menos aventurado, los modelos de carne y hueso que utilizara el famoso comediante para sus obras. Es posible o casi seguro, que los tipos novelescos de don Juan procedan de la realidad. Que Pepita, Doña Luz y Juana y Juanita, la Larga sean seres auténticos, perfilados después, al traspasarlos del mundo o mundillo donde vivieron a las páginas del libro, con arreglo a cierto arquetipo ideal que nos forjamos en el fondo del alma. No niego que algunas pinceladas y rasgos aislados correspondan con exactitud matemática al carácter y a la vida familiar de la madre de Valera. Ni que Mariquita y Antonio, pretenda ser como trasunto literario de aquel episodio erótico de Magdalena Brohan y nuestro novelista. Mas nada de esto nos interesa si no es como pormenor meticuloso. Para mí lo más sugestivo y atrayente es descubrir en cada personaje de don Juan una faceta, un matiz del espíritu de nuestro autor. Por muy objetivo e impersonal que sea un novelista, ¿cómo podrá desentenderse de su psicología, de su yo, al escribir sus obras, máxime si la naturaleza de éstas se presta sin violencia alguna a recoger el rasgo, la pincelada en que nos mostramos en parte? El autor penetra en sus creaciones, o descaradamente, como hizo tantas veces Valera, con disgusto de la crítica, o de modo disimulado, es decir, poniendo sus propios pensamientos en boca del personaje. A mi juicio, esta segunda manera es irreprochable. Sólo nos repugnaría si de esta elaboración o forjadura salen abstracciones mal vestidas de carne y sostenidas de huesos quebradizos. Pero si el autor se da maña a encarnar sus ideas, gustos y tendencias en cuerpos de perfecta hechura, cuyas almas, si no se inflaman de pasión, son cuando menos hermosas y nos seducen apacible y dulcemente, entonces aplaudo lo que haya de autorretrato en la ficción, pues estimo que es preferible infundir nuestra propia alma, si es varia y rica en tornasoles y matices, que crear un alma nueva.

Admitido este fenómeno literario, existe una escala que gradúa el calibre de nuestras íntimas aportaciones. Walter-Scott, por ejemplo, cuando se retrata, lo hace de modo confuso y desvaído. Son rasgos subalternos que aparecen de vez en cuando y que nos hablan el lenguaje de la timidez. Byron, en cambio, se pinta con vivos trazos, los cuales denotan lo que hay siempre de propia sobreestima en cada uno de nosotros. A veces las particularidades de nuestra doble fisonomía se presentan con cierto desorden. Aquí tenemos a Shakespeare o a Cervantes, que desparraman por sus obras estos o aquellos pormenores espirituales y físicos, sin atreverse a fijarlos en un determinado personaje.

También depende de la conformidad o desavenencia que mostremos respecto de nuestras cosas. Hay quien está muy satisfecho de sí, y que sin caer en el narcisismo, se aprecia honestamente. Pero no falta tampoco el tipo opuesto, que está descontento de su persona y que desearía metamorfosearse, si esto fuera posible. A los primeros les vemos seguir la línea recta. Sus gustos y aficiones no varían en lo substancial. Parece como si en el desarrollo y ejercicio de sus actividades respondieran a un trazado previo, a una norma anterior. En cambio, los segundos describen en sus correrías sin ton ni son una línea sinuosa y quebrada. Quisieran transformarse a cada paso, como el camaleón. Abrazan un dogma y ya están

deseando abandonarlo. Vienen a ser como esas personas a quienes un billete les quema las manos y sólo se tranquilizan cuando lo han cambiado. Estas personas acaban por quedarse sin una peseta y aquéllas sin un rasgo propio, genuino, inconfundible. Son de todos menos de sí mismos. De igual forma que las sustancias químicas muestran sus afinidades para combinarse, las personas que no están divorciadas de su físico y manera de ser, buscan su contrafigura. Por el contrario, las que andan malquistadas con ambas cosas les asusta y repele todo lo que puede ser como una prolongación de sí, y buscan su antítesis. Un ingenioso autor de nuestros días, valiéndose de dos términos tomados a la medicina, llama homeopáticos a los hombres rubios y altos que se casan con mujeres altas y rubias, y alopáticos a los que proceden al revés.

No viene toda esta disquisición a humo de pajas, sino a probar cómo nos movemos en cada caso, según nos conformemos o no con nuestra idiosincrasia. Valera no pugnó nunca con la suya. Estaba satisfecho de sí, y desde la concha, como ya se ha dicho, apuntaba a sus personajes. Son éstos, pues, reencarnaciones de su espíritu, variantes de su pensamiento. De aquí que hablen como don Juan y sientan como él, y procedan de la misma manera, sin que esta falta de autonomía les rebaje a nuestros ojos, los cuales siguen atentos, admirados, el curso y destino de cada personaje. No se crea, por lo que va dicho, que cada personaje es un molde donde el autor vacía a manos llenas sus pensamientos propios. Esto equivaldría a un monólogo uniforme y cansado, pues por muy variada y seductora que sea el alma de un novelista, necesitará el claro-oscuro de los contrastes, la disputa y choque de los caracteres, que vienen a ser como el pedernal y el eslabón, de cuya colisión sale la chispa. Si Valera se limitase a plasmar su pensamiento con las palabras de cada personaje, sería él el primer decepcionado. Procura alejarse de este peligro y para ello combina el punto de vista personal con el ajeno, cuidando de que todo esto sea como el friso o bajo-relieve de un monumento cuya idea capital es el triunfo del espíritu de nuestro autor.

Esta propensión a prodigarse en sus obras novelescas denota lo que hay en don Juan de subjetivo y elegíaco. De aquí que estimemos muy juicioso el parecer de Clarín cuando considera al insigne egabrense como un gran poeta<sup>148</sup>. Tiene esta propensión, en mi sentir, el inconveniente de que todos los tipos que Valera trae al mundo de la ficción poética están tallados con el mismo arte, son disertos e inteligentes, y como dotados de natural elegancia. Allí donde las circunstancias típicas del personaje se oponen al talento cultivado y a la cultura adquirida, el autor los provee de ciencia infusa. Ni Pepita, ni Doña Luz, ni Juanita, la Larga, ni Rafaela, desmerecerían junto a madame de Sevigné o madame de La Sablière, tales son sus prendas personales: la penetración, el ingenio nativo y pronto, la gentileza, además de los primores físicos.

A mí no me parece esto un inconveniente. Lo será si juzgamos a Valera con el criterio de un crítico realista, como A. González Blanco; si nos situamos en medio de la corriente impetuosa y ciega del naturalismo; si creemos que el arte no ha de rebasar el límite de la realidad. Claro que a mí no se me ocurre pensar si el modelo que utilizara el autor del Apolo de Belvedere o el de la Venus de Milo sería menos perfecto y hermoso que estas esculturas, por lo que de ser así, el cincel debió reportarse y

constreñirse a los verdaderos términos. Creo, por el contrario, que el arte, al superar la realidad, se hizo más atrayente y bello.

Cada personaje de Valera es como un cofre de oro obrizo en el que nuestro autor ha encerrado un pensamiento capital. En Pepita, el triunfo del amor y de la vida sobre toda resolución del espíritu que trate de apartarnos de estas dos poderosas atracciones. Como don Luis de Vargas representa el amor celestial y divino, y no es ésta, precisamente, la cuerda de Valera, no es el tal personaje de traza tan perfecta como la viuda. Si recordamos los diálogos filosóficos de que está llena la literatura universal, veremos que hay un interlocutor que, por no personificar las ideas del autor, pone menos fuego y bizarría en sus palabras, y muéstrase menos dialéctico y contundente. Es la víctima. Viene a morir tras una lucha desproporcionada. El seminarista de Valera también tiene el mismo fin y presenta, como es lógico, idénticos signos de flaqueza.

Quizá no sea tan fácil determinar en el Doctor Faustino lo que pueda haber en él de trasunto espiritual de Valera. El camino sinuoso que sigue este personaje, sus alternativas y mudanzas dificultan la visión del pensamiento de don Juan. Tendremos que retrotraernos a la juventud de Valera, a aquella florecencia romántica a través de la cual aparece el alma de nuestro autor como cohibida y azorada, porque no siente en lo hondo de ella este arte dolorido y sombrío. En mi sentir, el Doctor Faustino tiene mucho valor autobiográfico. Sería posible señalar en él pormenores, episodios y circunstancias de la vida de Valera, mas diputo arriesgado y dificultoso la pretensión de determinar el alcance de las aportaciones psicológicas del autor en lo que atañe a sus propios pensamientos. El Doctor Faustino es don Juan Valera, y Doña Ana, su madre, y Villabermeja, Doña Mencía, y Respetilla, algún criado de los que estaban al servicio de los Valera en La Paniega o El Alamillo. Pero no atino a ver tan claro la médula del pensamiento de nuestro autor, lo que hay en éste de afirmativo y constructivo. Me inclino, pues, a creer que el Doctor Faustino es una amalgama de elementos autobiográficos y de ideas accidentales y fortuitas de don Juan, ya que ni los pensamientos sombríos, ni los desmayos de la voluntad, ni la tenebrosa y pesimista concepción que del universo tenía el Doctor Faustino, constituyen la esencia y fundamento del alma de Valera. El Doctor simboliza el espíritu de una época, tiene todos sus defectos y extravíos; la novela es una sátira más o menos cruenta de cuanto el héroe significa; pero en nada de esto descubrimos lo que hay de fundamental y permanente en la psicología de nuestro novelista.

No quisiéramos incurrir en expoliaciones enojosas, si bien el propósito que nos guía es aclarar y precisar el juicio anterior.

Hay en nuestro espíritu matices, reflejos o tonalidades que en nada afectan a su naturaleza esencial y que provienen generalmente de influencias externas y pasajeras. Cuando toman forma sensible trascienden a cosa postiza y como sobrepuesta, sin que nos sea posible inferir de todo esto la esencia de nuestro ser, la raíz y tronco de nuestro pensamiento. En cambio, si plantamos en medio de una obra el árbol frondoso de nuestro espíritu, aunque caigan las hojas con las estaciones, que bien pudieran ser las modas en el presente ejemplo, queda la raíz, y el tronco, y las ramas.

Ni Pepita, ni el Comendador Mendoza, ni Gopa, Parsondes y Asclepigenia, en otro plano más modesto, proceden de estados efímeros y circunstanciales del alma de Valera. Son reencarnaciones suyas, variantes formales animadas por un mismo pensamiento. Ahí todo es fundamental y definitivo. Por medio está el tiempo, esta gran piedra de toque donde probamos el temple y duración de las ideas, sin que desde Parsondes a Gopa haya habido mudanza alguna en don Juan.

No diré yo que no haya en el alma del Doctor Faustino algo de la de don Juan. «...Para pintar lo interior del alma de mi héroe -observa Valera- no he tenido más arte que mirar en el fondo del alma de no pocos amigos míos y en el fondo de mi propia alma»<sup>149</sup>. Pero en esta especie de transfusión espiritual iba muy poco o nada de lo que distingue y caracteriza a nuestro novelista. Si aparece éste en la obra, es como una persona que en enmarañado bosque se mostrara y desapareciera, debido a lo anfractuoso y áspero del paraje.

Contrarió siempre a nuestro autor la hipótesis de que el alma pueda adoptar en la otra vida y al revestirse de forma material, distinto sexo del que tuvo en este mundo. Sin embargo, no repugnó Valera el reencarnar en la prima Constancita, pues no es sino el alma de don Juan la que dicta aquella palabrada de crudo positivismo, con que la futura marquesa de Guadalbarbo deja patidifusa a la niña Araceli. Cuanto allí se dice es reproducción o trasunto moral de la carta en que Valera da cuenta a su madre, doña Dolores, del noviazgo en Lisboa con Julia, la hija de la Pacheco.

Aquí sí que está don Juan. Su espíritu frío y calculador sujeta con firme mano al corcel de la fantasía. Habla ahora el buen sentido, aunque nos parezca odioso y prosaico el discurso. La ilusión, es como un espectro que hay que vestir de realidad. Si comprendemos que nuestro esfuerzo ha de ser estéril, que estamos desprovistos de medios con que lograr la realización de nuestro ideal objetivo, mejor será desistir del propósito y buscar ayuda más útil. Es el triunfo de la mente razonadora sobre el espíritu soñador. El corazón de Constancita, derrotado en la disputa con el buen sentido, se resigna y somete. He aquí a don Juan soslayando sus afectos e inclinaciones bajo la férula del raciocinio.

Tampoco está ausente el espíritu de nuestro autor de aquella casuística, más hábil que severa, con que resuelve el conflicto capital de El Comendador Mendoza. Nada propenso don Juan a las truculencias, inclinado más bien al optimismo, que es como calidoscopio a través de cuyos cristales se ven iluminadas y radiantes las cosas, procura decidir, de la mejor manera posible, del destino de sus personajes, y pues que son hijos de su mente y de su corazón, a nadie habrá de extrañar que les alfombró el camino. En cambio, Don Braulio, tímido y circunspecto, sin confianza en sí mismo, ganado de todas las inquietudes y recelos que le acarrea, de una parte su singular psicología, y de otra ciertas circunstancias de su vida, ¡qué lejos está de recordarnos a Valera! Aficionado don Juan a dar forma novelesca a sus opiniones, hase valido de Don Braulio para encarnar su teoría sobre el talento. En el Doctor Faustino había insinuado ya esta teoría, mas no aparece hasta este instante con tan cabal y completo desarrollo. La explicación que el mismo Don Braulio nos da sobre este punto, es decir, sobre los grados de talento

y la desgracia que supone rebasar la línea general del entendimiento humano sin conseguir las cualidades del genio, tiene la debida demostración en la novela.

Como Valera no es un temperamento dramático y su alma tiende más a lo bello que a lo sublime, las obras de imaginación que responden, sin violencia alguna, a su manera de ser, son aquéllas en que la corriente de las cosas discurre plácidamente, con la variedad que los recodos y meandros dan al curso de los ríos, pero sin alborotarse, ni rugir merced a las guijas y despeñaderos del cauce. De aquí que nos parezcan más acabadas y bellas Pepita Jiménez y Juanita, la Larga, en las cuales la medida y ponderación de las pasiones, el desenlace optimista y jovial, y la naturalidad de los personajes concuerdan y se acomodan a la psicología de Valera, a su ser y modo fundamentales. No hay en estas obras nada postizo, ni añadido, ni sobrepuesto. La vida se desenvuelve tal como la ve nuestro autor, sin grandes y extraordinarios acontecimientos, más divertida, alegre y distinta.

## XI. Cómo hay que juzgar a don Juan

Después de cuanto va escrito, ¿es posible negar, ni aun regatear siquiera, como pretendió el malogrado González Blanco, el nombre de novelista al autor de Pepita Jiménez, Doña Luz, y El Comendador Mendoza?

La propensión de Valera al análisis psicológico, la tendencia a bucear en el alma de sus héroes hasta desnudarlos espiritualmente a los ojos del lector, identifica a nuestro novelista, en cierto modo, con los escritores franceses -Stendhal, Sainte-Beuve, Proust, Bourget-, tan aficionados a estas disecciones. Es, pues, Valera, un novelista etopéyico, cultivador de los retratos morales, que no se limita, como otros congéneres suyos, al estudio superficial y somero de los caracteres, sino que va más allá de las primeras capas -valga la metáfora- del espíritu, que penetra en los entresijos del ser, descubriendo con amorosa delectación el panorama moral de sus personajes, los rincones más íntimos, más inescrutables, ignorados del alma humana. Resucita don Juan, de este modo, la novela psicológica, que no se cultivaba entre nosotros, fuera de algunos ejemplos, poco definidos, del Siglo de Oro, desde el tiempo de Rodríguez de la Cámara y Diego de San Pedro, débiles y lejanos precursores de aquélla; pero que, desde ahora, tendrá eco más o menos vigoroso y rotundo en obras de nuestros días.

Frente a esta cualidad imponderable, que entronca a nuestro autor con los grandes psicólogos de la novela, tenemos la falta de sentimiento y de inventiva. Caso vulgar entre los escritores que cultivan la crítica y las obras de imaginación. El crítico es natural que caiga del lado del análisis, ya que éste proviene de la inteligencia, de la razón, facultad propia de la crítica, que es examen y raciocinio. En cambio la inventiva y la sensibilidad son más afirmativas, más creadoras que críticas y propenden a desentenderse de las leyes inflexibles de la lógica.

Sirvámonos del siguiente paradigma: En Voltaire, el entendimiento agudo y penetrante supera al corazón y a la imaginativa. De aquí su idoneidad para la filosofía y su inferioridad para el arte dramático y la poesía. La Henriqueida es un poema de abstracciones metafísicas. Las tragedias, salvo raras excepciones, adolecen de grandes defectos, no de construcción, sino de algo más grave, como la falta de espontaneidad cordial, de sentimientos y de numen poético. El talento no ha suplido en este caso la ausencia de dichas facultades.

Volviendo a don Juan, no es posible pasar por alto sus afinidades con el filósofo de Ferney. En las novelas de nuestro autor hay un sentido del orden y de la simetría contrario a todo apasionamiento, a toda impetuosidad. Valera apenas toca lo patético. Su temperamento frío, su carácter reflexivo y su espíritu ordenado prefieren la belleza a la sublimidad, la armonía a la desproporción, pues en lo sublime moral, intelectual o físico no hay proporción, armonía, ni orden, y si los hay, quedan aparentemente perturbados. ¿Es esto un defecto, un síntoma de inferioridad? A mi entender, no. Valera tiene más entendimiento que fantasía, más fantasía que corazón. Pero lo escasa o secundariamente con que estas cualidades se revelan está compensado, de otra parte, por ese orden, simetría, unidad y proporción a que antes aludíamos y que constituyen los principales atributos de la belleza.

Se nos podrá argüir, que si la novela moderna es traslado, copia o reproducción de la vida humana, ésta deberá reflejarse en las páginas de aquélla, de tal modo, que no falten las luchas, ni las pasiones, la virtud ni el vicio, lo bello ni lo feo, lo cómico ni lo patético, ya que todo esto entra por partes más o menos iguales en la vida de hombre, y las obras de don Juan se descargan de todo cuanto, demasiado humano, material y terrestre, es en las novelas lo mismo que el lastre en las aeronaves: un impedimento para ganar altura.

La vida, sin embargo, no es lo suficientemente hermosa de por sí para que haya que renunciar a embellecerla. Aunque no nos veamos en los libros de don Juan tal como nos vemos en un espejo, ¿qué mujer fea o qué hombre defectuoso no preferiría tener a mano encantado o hechizado espejo donde no sólo pasaran inadvertidas sus deformidades, sino perfeccionadas y hermoseedas sus figuras?

La imitación de la naturaleza debe ser el perenne ideal artístico de todos los pueblos, porque si la Creación, como obra del más supremo artífice, es maravillosa obra de arte, ¿para qué estrujarse el ingenio en busca de otros modos y maneras de realizar la belleza, modos y maneras que, ideados por la limitada inteligencia humana, han de ser inferiores a lo que es obra de Dios? Pero la omnisciencia divina coronó su magistral, su grandiosa obra, desprendiéndose de un destello de su sabiduría infinita y proyectándolo sobre el hombre. Merced a esta circunstancia el hombre se distinguió de los demás seres de la Creación por su inteligencia y por su albedrío. ¿Quién con estas cualidades de evidente superioridad respecto de cuanto nos rodea -los animales, las montañas, el mar, la luz -desistirá de hermoinear, espiritualizar e idealizar las cosas?

Este concepto idealista del arte es lo que separa a don Juan, precisamente, de los demás noveladores de su tiempo. No comprendieron los naturalistas que lo bello radica en el consorcio de la realidad y del

ideal. Un exagerado idealismo, como el de 1830, al divorciarnos totalmente de la vida objetiva, nos extravía del camino, por donde la belleza es más asequible. Del mismo modo que un realismo de atrevidos toques, mejor dicho, de repugnantes brochazos, de morbosas delectaciones, que no conducen sino a la exacerbación de los instintos, nos coloca fuera del arte. Porque el arte, en su sentido filosófico, es la realización de la belleza, y esta hermosa deidad no tiene su templo, de ordinario, ni en los mercados de París -recuérdese *El vientre de París*, de Zola- ni en las tabernas, ni en los hospitales, ni en las mancebías. Cuando el autor de *Germinal* y sus secuaces intentaban erigirle al arte un santuario formado de estos materiales, no hacían otra cosa que reproducir, después de muchos siglos, la frustrada hazaña de Anteo: elevar un templo a su padre con los huesos de los viajeros asesinados en los desiertos de Libia.

El naturalismo, sin tener en cuenta los grandes acontecimientos humanos -el Cristianismo el más principal- que habían cepillado del hombre su corteza primitiva, elevando su pensamiento y bañando su alma en luz ideal, repitió los excesos de la épica griega, transformados en el decurso de los siglos, naturalmente, pero con idéntico fondo de barbarie; y en cambio, no supo envolverlos en aquella primorosa clámide de la forma ática: Es decir, que se olvidaron de tocar este resorte. Precisamente, el que había de abrirles, de par en par, las puertas del cielo del arte. Porque la ejecución irreprochable que el poeta da a su ideal estético la personal belleza de la forma sobreviviendo a todos los cambios del gusto, a todas las volubilidades de la estética, aseguran a las producciones del espíritu gloriosa vida y eterna mocedad. El naturalismo prefirió, en cambio, el lenguaje brutal y grosero con que se exteriorizan la pasión y el instinto de la plebe iletrada. Las palabras no fueron el velo sutil, vaporoso, etéreo en que se ciñen las ideas para presentarse decentemente a los ojos del lector, sino el lienzo de tosca hilaza de que se cubre la verdad para subrayar su ingénita, su nativa aspereza.

No les bastó a los naturalistas cumplir *ad pedem litterae*, el clásico precepto, según el cual, el arte consistía en imitar la naturaleza, sino que reprodujeron de ésta la parte menos agradable y bella. ¿Qué emoción pura, noble, desinteresada podía producir en el alma del sujeto la contemplación de un cuadro cuyos combinados elementos caían más bien del lado de lo feo, de lo deforme, de lo sombrío y de lo horroroso? El secreto del naturalismo consistía en servirse de las cosas más detestables y aborrecibles de la vida: del crimen, de la miseria, del pesimismo, de la concupiscencia. ¿Podía presentarse este espectáculo de tan dudosa edificación bajo el título de bella literatura? Ciertamente que no. Pero los naturalistas no querían hacer poesía, sino documentos humanos, algo así como detalladas, minuciosas hojas clínicas de los males de la humanidad. En cuanto al sentido moral, al alcance docente del naturalismo -si caben estos elementos en el arte, a cuya naturaleza repugna toda tendencia utilitaria- un determinismo, un fatalismo que suprimía los caracteres distintivos entre el hombre y la bestia. Negar el libre albedrío, la responsabilidad humana, burlarse de lo ideal, convertir al hombre en una máquina, hacer del arte un tratado de fisiología o de patología, esto es, preferir la escoria al oro, el cristal al diamante, lo feo y deforme a lo gracioso y bello, lo tosco y grosero a lo alado y



sutil. No fue otro, a nuestro entender, el credo literario del naturalismo. Y perdónesenos la digresión.

A Valera se le ha juzgado con el criterio estético que predominaba en el último tercio del siglo XIX. La moda transpirenaica, con sus figurines más notables, Daudet, Zola, los hermanos Goncourt, Huysmant, se llevó de calle, como suele decirse en términos del vulgo, a nuestros novelistas que, cegados por la polvareda del naturalismo más bien que convencidos del primor de su arte, diéronse a componer novelas al estilo francés. Pero a Valera hay que juzgarle con el criterio clásico y eterno del arte. Don Juan creció en medio de aquel bosque de árboles frondosos, pero de desiguales ramas, de la literatura del siglo XIX, como un arbusto de delicadas y armoniosas proporciones, más digno del jardín de Academio que de la enmarañada selva en que nació. La hechura y modales artísticos de Valera desentonan de ese romanticismo en prosa de la novela naturalista. Sus gustos iban por otro camino. La linfa pura y cristalina donde abrevó le hacía mirar con manifiesta repugnancia las ciénagas del naturalismo. Don Juan abominó de la literatura determinista porque conocía el valor del ser humano, la libertad o independencia espiritual del hombre, en una palabra: el libre albedrío. El naturalismo, con esa ceguera propia de las demagogias literarias, negaba esta específica, distintiva, suprema cualidad del hombre, esta indisputable superioridad que le pone por cima del animal más inteligente de la escala zoológica.

Valera se estimaba demasiado para caer en tal aberración, en virtud de la cual todos estaríamos condenados a leyes fisiológicas, deterministas, fatales; sin que esta substancia suprasensible que llamamos alma, fuera otra cosa que un estado de mayor perfectibilidad de la materia, del organismo humano; pero de ningún modo el soplo divino y sobrenatural con que Dios distinguió al hombre de los demás seres creados.

Una alegría cósmica, además del ingenio retozón y natural optimismo que se le transvasaba a sus obras, tuvieron siempre a don Juan alerta y sobre aviso para desoír las apremiantes solicitudes de la sirena a cuyo engaño no supieron o no quisieron substraerse los demás. Para mí, el principal mérito de Valera, es éste de no haber torcido la ruta de su arte original y personalísimo. Como Molière en medio de los pseudoclásicos franceses, el autor de El bermejino prehistórico, creció y vivió entre nuestros naturalistas: columna enhiesta y aislada, incommovible a los embates de la moda. A medida que pase el tiempo, mejor juzgado será don Juan. Cuando para estudiar sus obras y precisar sus innumerables facetas nos desentendamos de la influencia del momento, trayendo a Valera al ámbito de la luz eterna donde las cosas se desvanecen o agigantan según su mérito, veremos a Pepita Jiménez, Doña Luz y Doña Blanca salir airoso de la prueba.

FIN

#### Bibliografía

- ALCALA GALIANO (A.): Prólogo de Poesías, de Juan Valera. Madrid, 1858.
- ALTAMIRA (R.): Genio y figura..., por don Juan Valera. Revista Crítica de Historia y Literatura, mayo y junio 1897.
- ANÓNIMO: Valera. El Imparcial, 15 abril 1905.
- ARAUJO COSTA (L.): Vida Aristocrática, 15 mayo 1923. (Extracto de una conferencia sobre don Juan Valera.)
- : Don Juan Valera, crítico. Revista Colombo, Roma, 1928. (Discurso leído en la Academia Española el 13 diciembre 1924.)
- : Estudio preliminar a las obras de Juan Valera en la Colección de obras eternas de autores inmortales. Madrid, 1934.
- ARIAS ABAD (FRANCISCO): Las mujeres de don Juan Valera. Andújar, 1935.
- ARTIGAS FERRANDO (M.): Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. Madrid, 1930.
- AZAÑA (M.): Valera en Rusia. Revista Nosotros. Buenos Aires, enero y febrero 1926.
- : Una novela española: Pepita Jiménez. Cuadernos literarios. La Lectura. Madrid, 1928.
- : Prólogo a Pepita Jiménez, en la edición de Clásicos Castellanos. Madrid, 1927.
- : Valera en Italia. Amores, política y literatura. (Biblioteca de Ensayos, publicada bajo la dirección de Francisco Vera, número 14.) Madrid, 1929.
- AZORÍN: Los valores literarios. Madrid, 1921.
- BARBERÁN (CECILIO): «Los amigos de don Juan Valera», en Cabra. El ABC, 9 diciembre 1933.
- BÉNDER (J.): La correspondencia de don Juan Valera. La Lectura, 1913. Tomo XIII, páginas 130-142.
- BLANCO GARCÍA (P. F.): La literatura española en el siglo XIX. Tomo II. Madrid, 1910.
- BLENNERHASSET (L.): Der moderne Spanische Roman: «Fernán Caballero», don Juan Valera, P. Luis Coloma. Deutsche Rundschau, 1895.
- BRUNETIERE (F.): La casuistique dans le roman. Revue des Deux-Mondes, 15 noviembre 1881.
- CAMACHO PADILLA (J. M.): Valera en el Centenario de Goethe. (Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, número 36, octubre-diciembre 1932.)
- CANDELA ORTELLS (V.): El centenario del nacimiento de don Juan Valera. El Mercantil Valenciano, 18 octubre 1924.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO (A.): Prólogo a Pepita Jiménez y El Comendador Mendoza (Colección de Escritores Castellanos, tomo LXV.) Madrid, 1888.
- : Prólogo a Las ilusiones del doctor Faustino (Colección de Escritores

- Castellanos, tomo LXXVIII.) Madrid, 1901.
- CASA VALENCIA (CONDE DE): Necrología del excelentísimo señor don Juan Valera. Madrid, 1905.
- CEJADOR (J.): Historia de la Lengua y Literatura castellana, tomo VIII. Madrid, 1918.
- CERVAENS Y RODRÍGUEZ: Atravez da Hespanha Litteraria. Breves estudos sobre a litteratura hespanhola antiga e moderna. Por to, 1901.
- CLARÍN: Valera. Nueva Campaña. Madrid, 1887.
- : Tentativas dramáticas.- Doña Luz.- Solos, de Clarín, cuarta edición, 1891.
- : Las Novedades, Revista Literaria, Nueva York, 14 marzo 1896. (Juanita, la Larga.)
- : «Los lunes de El Imparcial», 5 abril 1897. (Genio y figura...)
- : «Los lunes de El Imparcial», 19 julio 1897. (A vuela pluma.)
- : «Los lunes de El Imparcial», 7 agosto 1899. (Morsamor.)
- : «Los lunes de El Imparcial», 26 marzo 1900. (Dafnis y Cloe.- Un prólogo de Valera.- El Comendador Mendoza.)
- : Entre bobos anda el juego. (Ensayos y Revistas, 1888-1892.) Madrid, 1892.
- COELLO (C.): Doña Luz y las novelas de Valera. La Ilustración Española y Americana, 8 agosto 1879.
- CUSACHS (C. V.): Notas y crítica a Pepita Jiménez. Edición norteamericana, ¿1910?
- DATO IRADIER (E.): Discurso leído ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1910.
- DESCONOCIDO: Litterature espagnole Critique. Un diplomate romancier: Juan Valera. Revue Britannique, 8 agosto 1882.
- DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO: Tomo XXII. Barcelona, 1897.
- Valera y Alcalá Galiano (Juan).
- DOMÍNGUEZ BORDONA (J.): Centenario del autor de Pepita Jiménez. Cartas inéditas. (Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo municipales, tomos II y III.) Madrid, 1925-1926.
- ENCICLOPEDIA ESPASA-CALPE: Tomo LXVI. Madrid, 1929. Valera y Alcalá Galiano (Juan).
- FESTHINE (EDITH): Don Juan Valera: The critic. 1933.
- FITZ-MAURICE-KELLY (J.): Historia de la literatura española. Madrid, 1926.
- FRANCÉS (J.): Don Juan Valera. La Novela Semanal, año V, 31 enero 1925, número 186.
- FRANCOS RODRÍGUEZ (J.): Valera y el periodismo. (Conferencia leída en la Academia Española el 9 diciembre 1924.)
- GARCÍA DE CASTRO (R. G.): Los «intelectuales» y la Iglesia. Madrid, 1934.
- GINER DE LOS RÍOS (H.): El vocabulario de Juanita, la Larga. El Resumen, febrero 1890.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.): Juanita la Larga. La España Moderna, febrero 1896.
- : La última novela de don Juan Valera. ¿Nuevo Persiles? -El ocultismo en «Morsamor» y en otros libros del señor Valera, La España Moderna, septiembre 1899.

- : Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, formado por don Juan Valera. La España Moderna, agosto 1902.
- : Dos muertos ilustres: Balart, Valera. La España Moderna, mayo 1905.
- : El renacimiento de la novela en el siglo XIX. Madrid, 1924.
- : De Gallardo a Unamuno. Madrid, 1926.
- GÓMEZ CARRILLO (E.): Cuentos escogidos de autores castellanos contemporáneos. Notas literarias y prefacio. París, Granièr Hermanos, 1894.
- GÓMEZ RESHIPO: Las cartas americanas, de Valera. Bogotá, 1888.
- GONZÁLEZ (P. CEFERINO): Historia de la Filosofía, tomo IV. Madrid, 1886.
- GONZÁLEZ BLANCO (A.): Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días. Madrid, 1909.
- GONZÁLEZ LÓPEZ (L.): Las mujeres de don Juan Valera. (Premio Valera, Cabra, 1933.) Madrid, 1934.
- GUARRTERLY REVIEW: Artículo sobre literatura contemporánea española. Junio 1884.
- HART: Introducción a Pepita Jiménez. Berlín, ¿1882?
- HAVELOCK (ELLIS): Juan Valera. La España Moderna, abril 1909.
- ICAZA (FRANCISCO A. DE): Valera y el hispanoamericanismo literario. (Conferencia leída en la Academia Española el día 11 de diciembre de 1924.)
- JIMÉNEZ SERRANO (J.): Prólogo de Ensayos poéticos, de Juan Valera. Granada, 1844, y Obras Completas de Valera, tomo XVII. Madrid, 1908.
- JUDERÍAS (J.): Don Juan Valera. Apuntes para su biografía. La Lectura, 1913-1914.
- : La bondad, la tolerancia y el optimismo en las obras de don Juan Valera. La Ilustración Española y Americana, 1914, tomo LVIII.
- LEÓN MESA (J.): Cartas al señor don Juan Valera sobre asuntos americanos. La España Moderna, julio, agosto, septiembre y octubre 1890 y abril 1891.
- LÓPEZ PERES (R. D.): Críticas y semblanzas. Barcelona, 1892. (Cartas americanas.)
- LOUIS-LANDE (L.): Un roman, de moeurs espagnoles. Revue des Deux Mondes, 15, enero 1875. MARVAND (A.) :
- Don Juan Valera. La Quinzaine, 1905. Tomo LXVI, páginas 386-407.
- MAURA (A.): Discurso del mismo leído en la Academia Española con motivo del centenario de Valera. Madrid, 1925.
- MAZZEI (P.): La lírica di don Juan Valera. Bulletin Hispanique., abril, junio 1925.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M.): Notas al libro de don Juan Valera titulado «Canciones, Romances y Poemas», Madrid, 1886, y Obras completas de Juan Valera, tomo XVIII. Madrid, 1908.
- : Historia de los heterodoxos españoles, tomo III. Madrid, 1882.
- MERCHÁN (RAFAEL): Cartas al señor don Juan Valera sobre asuntos americanos. La España Moderna, abril y mayo 1890.
- MORENO (ENRIQUE): Oro de ley. (Dramatización de Juanita, la Larga. Premio Valera, Cabra, 1934. Estrenada en el Teatro de Apolo, de Buenos Aires, el 23 de octubre de 1934.)
- NAVAS (CONDE DE LAS): Don Juan Valera. Apuntes del natural. Madrid, 1905.
- : Valera, íntimo. Madrid, 1925. (Discurso leído en la Academia Española con motivo del Centenario de Valera.)

OPINIÓN (LA): Número dedicado a don Juan Valera. Cabra, 18 de septiembre de 1927.

OVEJERO (A.): Discurso pronunciado en ocasión de la inauguración del monumento a don Juan Valera en Cabra. La Opinión. Cabra, 1 julio 1928.

OYUELA (CALIXTO): Apuntes de literatura castellana, siglos XVIII y XIX. Buenos Aires, 1896.

PALACIOS VALDÉS (A.): Los novelistas españoles. Don Juan Valera. Revista Europea, abril y mayo 1878.

——: Los oradores del Ateneo. Madrid, 1878.

PARDO BAZÁN (CONDESA DE): Retratos y apuntes literarios. Obras Completas, tomo XXXII. Madrid, 1908.

——: Una polémica entre Valera y Campoamor. Nuevo Teatro Crítico, febrero 1891.

PAZOS GARCÍA (D.): Los ataques que al regionalismo catalán dirige el excelentísimo señor don Juan Valera. La España Regional, octubre 1887.

PELLA Y FORGAS (J.): Los ataques que al regionalismo catalán dirige el excelentísimo señor don Juan Valera. La España Regional, octubre 1887.

PEÑA LÓPEZ (A.): Españolismo de Valera. Cabra. Febrero 1932.

PÉREZ DE AYALA (R.): Don Juan Valera o el arte de la distracción. El Sol, 16, 17 y 18 abril 1925.

PÉREZ RAMÓN (D.): Críticas y semblanzas. Barcelona, 1892. (Cartas americanas.)

PORCHER (J.): Juan Valera. Revue Bleue, 1897. Número 25.

QUESNEL (LEO): La nouvelle revue. (Estudio crítico sobre Alarcón, Pérez Galdós, Selgas y Valera.) París, 1882.

RAMOS LÓPEZ (J.): El Sacro Monte de Granada. Madrid, 1883.

RATAZZI (PRINCESA DE): L'Espagne Moderne. París, 1878.

REVILLA (M. DE LA): Revista Europea, 11 julio 1875. (Las ilusiones del doctor Faustino.)

——: Revista Contemporánea, 30 mayo 1876. (Revista crítica. A propósito de los discursos de Núñez de Arce y Valera en la Academia.)

——: Revista Contemporánea, 30 Julio 1877. (Análisis y ensayos. El Comendador Mendoza.)

——: Revista Contemporánea, 15 julio 1878. (Pasarse de listo.)

——: Revista Contemporánea, 15 octubre 1878. (Disertaciones y juicios literarios.)

——: Obras de don Manuel de la Revilla. (Bocetos literarios: Don Juan Valera.) Madrid, 1883.

RÍOS DE LAMPÉREZ (B. DE LOS): De la mística en la novela de don Juan Valera. (Conferencia leída en la Academia Española el 10 de diciembre de 1924.)

RIVAS CHERIF (C.): Pepita Jiménez. Novela famosa de don Juan Valera, refundida en tres actos de teatro. (Estrenada en el Fontalba, de Madrid, el 13 enero 1929.) El Teatro Moderno. Prensa Moderna. Madrid.

RODRÍGUEZ MARÍN (F.): Don Juan Valera, epistológrafo. Madrid, 1925.

ROMERO MENDOZA (P.): Don Juan Valera. Estudio biográfico crítico. Madrid, 1940. Premio Valera, Cabra, 1935.

RUIZ CANO (B.): Don Juan Valera en su vida y en su obra, con prólogo de A. Cruz Rueda. Jaén. 1935.

SAINZ RODRÍGUEZ (P.): Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. Madrid,

1930.

SÁNCHEZ PÉREZ (A.): La España Moderna, agosto 1889. Cartas americanas. (Notas sobre la primera serio de.)

SANDOVAL (MANUEL DE): Valera, poeta. (Conferencia leída en la Academia Española el 9 diciembre 1924.)

SBARBI (J. MARIA): Revista de Archivos, primera época, junio y julio 1874. (Pepita Jiménez.)

SIBONI (LUIS): Plaza partida. Madrid, 1897. (Genio y figura...

SILVA (CÉSAR): Don Juan Valera. Biblioteca de Dicho y Hecho, volumen IV. (Trabajo premiado por el Concejo de Bellas Letras y Artes en el Certamen del Centenario.) Valparaíso (Chile), 1914.

TANNENBERG (BORIS DE): La poessie castillane contemporaine. (Espagne et Amérique.) París. Librairie Académique Didier.

VALBUENA (A. DE): Ripios académicos. Madrid, 1890. VALERA (J.) : Autobiografía hasta 1863. (Boletín de la Academia Española, año primero, tomo primero, 1 abril 1914. Cuaderno II, página 128.)

——: Carta a don Pedro Antonio de Alarcón. Obras Completas, tomo XXVI. Madrid, 1910.

——: Prólogo de la edición americana de Pepita Jiménez. Obras Completas, tomo IV. Madrid, 1915.

——: Postdata de Genio y figura... Obras Completas, tomo X. Madrid, 1922.

——: Carta a don Marcelino Menéndez y Pelayo. Obras Completas, tomo XVII. Madrid. 1908, y Canciones, Romances y Poemas. Madrid, 1886.

——: Notas del autor. Obras Completas, tomo XVII. Madrid, 1908.

——: Introducción a Cuentos y chascarrillos andaluces. Obras Completas, tomo XV. Madrid, 1908.

——: A la señora condesa de Gomar. Obras Completas, tomo III. Madrid, 1910.

——: Al señor conde de Casa Valencia. Obras Completas, tomo XI. Madrid, 1907.

——: A la señora doña Ida de Bauer. Obras Completas, tomo VII. Madrid, 1907.

——: Al señor marqués de la Vega de Armijo. Obras Completas, tomo IX. Madrid, 1906.

——: A mi querido amigo don Ramón Rodríguez Correa. (Las ilusiones del doctor Faustino.) Sevilla, 1882, y Obras Completas, tomo V. Madrid, 1906.

——: A la marquesa de Heredia. Obras Completas, tomo XVI. Madrid, 1908.

VIDART (Luis): Recuerdos de una polémica acerca de la novela de don Juan Valera «Pepita Jiménez». Revista de España, tomo LIII.

VILLA URRUTIA (MARQUÉS DE): Don Juan Valera, diplomático y hombre de mundo. Madrid, 1925.

ZARAGÜETA BENGOCHEA (J.): Don Juan Valera, filósofo. Madrid, 1930.

---

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como voluntario o donante , para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca Virtual Universal [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente enlace. [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

